



Susana Rubio Girona

# Beauty Too

# **BEAUTY TOO**

by

Susana Rubio Girona

## **Índice**

**Sort**

**Amistades peligrosas**

**No voy a tocarte**

**Desaparecer de tu vida**

**Feliz Navidad**

**Anastasia**

**Madre solo hay una, mamá va por ti**

**De shopping**

**Sebas se confiesa**

**Beautyyyyyy**

**La ciudad que nunca duerme**

**Lucas in extremis**

**No aprenderás nunca, bonita**

**Feliz Año Nuevo**

**Dime que me quieres**

**Un beso esclarecedor**

**Desnúdame despacio que no tengo prisa**

**Tengo miedo y te quiero**

**Píntame lo que quieras**

**Bye bye**

**Hace muchos días que te quiero**

**Feliz Cumpleaños**

**Siempre**

**Epílogo**

**Agradecimientos**

Sort

Eran las siete menos diez de la mañana y estaba en el portal, preparadísima para nuestra escapada a Sort. Miré mi maleta rosa fucsia y automáticamente pensé en Javi. Él me la había regalado al principio de nuestra relación y con ella hice varios viajes; Berlín, Roma, Praga y ¿alguno más? Sí, claro, salidas varias por nuestra hermosa tierra. Habíamos ido a la Rioja, País Vasco, Madrid... Me faltaba París, era mi viaje pendiente. Desde que lo había dejado con él, no había ido a ninguna parte y pensé que era hora de cambiar aquello. Quizás después de Navidades podría irme unos días por ahí... ¿pero sola? Jamás lo había hecho... y no sabía si me sentiría cómoda. Podía proponérselo a alguien...

— Buenos días — Sebas me devolvió a la realidad con su voz grave.

Le di un repaso rápido: vaqueros y sudadera gris. El pelo medio largo alborotado y sus ojos increíbles puestos en mí. Que guapo era el maldito.

— Buenos días — respondí apartando mi vista y mirando hacia la carretera para ver si venía Marco y no alargaba demasiado aquella incómoda situación.

Estuvimos en silencio, como dos auténticos desconocidos. Pensé en que era una lástima estar así con él justo ese fin de semana pero o era eso o acabaría en su cama. Sebas tenía razón en decir que debía aclarar mis pensamientos y quería ser justa y madura. No podía ir dejándome llevar por ellos y justificarme a mí misma con ideas vagas sin sentido.

— ¿Qué tal tu semana? — rompió el hielo y me sorprendió.

— Bien, trabajando...

— ¿Alguna novedad? — le miré a los ojos y vi que lo decía intencionadamente.

¿Hasta dónde debía ser clara con él? Él lo era mucho, no se cortaba cuando me explicaba según qué cosas. ¿Por qué yo no podía hacer lo mismo?

— Lucas quiere dejar a su mujer, aunque va a esperar para decírselo. Así que no digas nada.

Apretó sus dientes y alzó una ceja asintiendo con la cabeza varias veces.

— Así pues, la cosa va en serio.

— No es por mí — nada más decirlo me sonó idiota el argumento.

— Será por mí, entonces — dijo con una notable ironía y me entraron ganas de reír pero me aguanté las ganas.

— Sebas te lo he dicho porque no quiero malos entendidos. Lo sabes, igual que yo, y punto. — ¿no pedía siempre sinceridad? Dos tazas.

— Muy bien. ¿Y ese punto qué significa?

— Que todo sigue igual — le dije, tranquilamente.

Me miró pensativo.

— ¿Vamos a tener que retarnos en duelo?

Lo miré sin poder no sonreír. Menuda tontería...

— Lo digo para ir preparando las pistolas.

Al final no sabía si reír o mandarlo a paseo y opté por lo primero. Sebas también medio sonrió y me gustó que lo hiciera, estar tan serio no le pegaba nada. Su preciosa sonrisa era un rasgo muy característico en él y algo que me dejaba a menudo embobada...

— ¿Bea? — Su voz me sacó de ese estado catatónico.

Afortunadamente llegaron en ese momento Marco y los demás en un BMW enorme y nuevecito. Me senté al lado de Ari y empezó la cháchara nerviosa por el viaje a Sort. Paramos a medio camino para hacer un café y cambiar de conductor. Sebas se ofreció y de ese modo pude ir observando su pose y sus gestos al conducir. Aproveché para analizar sus rasgos y recrearme recordando las veces que me había besado y las cuatro ocasiones que habíamos estado piel con piel.

La primera en mi cocina fue puro sexo, sin más adornos. Aunque sexo del bueno, tenía que reconocer que era un figura en el arte amatorio. No hubo tiempo ni de ir a la cama, fue un pillo aquí te mato pero de diez. Uno de aquellos polvos que recordaría toda mi vida por sexual y morboso.

La segunda en el parking... me provocaba vergüenza todavía; me veía apoyada

en su coche, con el vestido subido y él empujando. Me gustó claro, pero fue algo que no repetiría, creo...

De la tercera habían transcurrido pocos días... Buf, en su cama, y me había hecho el amor, él mismo lo había verbalizado de ese modo. Cada vez lo tenía más claro: yo sentía algo por él. Me mordí el labio al recordarlo. Mi ropa cayendo despacio a mis pies, el olor a sexo en su habitación, piel con piel... todavía oía sus gemidos.

Y la cuarta fue en su cocina, en la silla, y fue solo sexo, sí, pero un sexo cómplice y lleno de confianza. Como cuando tienes pareja y lo haces en plan salvaje, sabiendo que hay un trasfondo en todo aquello.

— Bea, hemos llegado — me dijo Ari dándome un codazo — Deja de babear — murmuró sonriente.

— Muy graciosa — le dije saliendo del coche.

El paisaje había ido cambiando continuamente y ahora estábamos en medio de la naturaleza, repleta de árboles, de nieve y frente a una casa de madera bastante grande y con un tejado de pizarra. La casa estaba rodeada de montañas junto al pueblecito de casas de piedras.

Eran casi las diez y media de la mañana, y un señor nos esperaba para entregarnos las llaves. Le saludamos amablemente, nos dio algunas indicaciones y nos despedimos con ganas de entrar. Su interior no nos decepcionó; el suelo, las vigas, todo era rústico y acogedor. Fuimos recorriendo las estancias y Martina y yo dejamos nuestras cosas en nuestro correspondiente armario. Lo hicimos con rapidez porque la idea era subir a pistas cuanto antes. Nos cambiamos de ropa y Marco y Sebas prepararon su material. Eran los únicos que esquiaban asiduamente y que tenían su propio equipo.

Seguidamente subimos a Port-Ainé, nos sacamos los *forfait* y alquilamos el material necesario. Alejandro y yo, que éramos los que no sabíamos esquiar, decidimos compartir un monitor. Sebas se había ofrecido días atrás pero no me había dicho nada más ni yo hubiera querido tenerlo de profesor.

Con todo, tocamos nieve ya bien tarde, eran poco más de las doce y quedamos que a las dos bajaríamos a la cafetería para picar algo.

El monitor que nos tocó era como todos; muy moreno, con la marca de las gafas en su cara, de ojos azules y muy joven. ¿Tendría los veinte? Era guapillo sí, pero un crío, claro.

— ¿Tendrá la ESO? — le pregunté a Alejandro chismorreando mientras le seguíamos hacia la zona de los aprendices.

— Se ve joven, ¿no?

— ¿Nos fiamos? — nos reímos y el muchacho no dijo nada.

Se llamaba Francisco y juro que a los dos minutos empecé a llamarle “Franco”, la madre que lo parió al enano. Menuda mala leche gastaba y de bromas ni una. Serio como un garrote. Eso sí, después de dos horas duras de batallón con él, Alejandro y yo empezamos a deslizarnos y a defendernos entre la gente en las pistas verdes y azules, lo que era ya un gran logro para nosotros.

Al despedirnos de él, le dimos las gracias.

— Por cierto Bea — le sonreí — Tengo la ESO.

Nos reímos los tres a carcajada limpia aunque yo me puse roja como un tomate, era algo tan común en mí que incluso a veces ya no le daba importancia.

— Perdona Franc — le dije aun riendo.

— Te perdono si me invitas a un café más tarde. — Sus ojos de niño se clavaron en los míos y le sonreí amablemente.

Ostras, con la juventud, cómo subía...

— Gracias pero es que voy con amigos, ya sabes.

— Anda, vamos — me echó una mano Alejandro — Ahí vienen los profesionales.

En aquel par de horas, no nos habíamos visto porque ellos habían ido por pistas más complicadas, las rojas y las negras. Los cuatro sabían esquiar de sobras y venían muy sonrientes.

— Mira que ligarte al monitor Bea — me dijo Alejandro bromeando — Infanticida.

Nos reímos los dos abiertamente. Sebas y yo nos miramos unos segundos largos. Estaba para comérselo; con aquella ropa, con la chaqueta medio abierta, las gafas en ese pelo revuelto, y con las mejillas rojas por el frío. Uf, era como un póster de esos tíos buenos que había en las revistas y lo tenía delante, era real y no podía tocarlo. ¿O sí?

Fuimos a la cafetería, andando con los pies molidos. Aquello era peor que llevar unas Manolo Blahnik de medio metro, lo juro. Que dolor en mis deditos. Nos cambiamos aquellas endiabladas botas por unas de nieve y nos sentamos en la mesa, satisfechos y cansados. La comida fue igual de amena que el viaje, hablando de todo y de nada, y con alguna que otra mirada entre Sebas y yo. Era imposible no hacerlo, me gustaba jolines, me gustaba mucho y lo tenía frente a mí.

Sebas se ofreció para ir a buscar el café y preguntó uno por uno. Cuando llegó mi turno me dijo: ¿lo de siempre? Y le dije un sí con cara de imbécil, o eso me dijo Martina, seguidamente, entre risas.

— Joder, basta de risitas tías. Bastante mal lo paso ya. — les dije quejosa y con voz de niña.

— Pues será porque quieres — me dijo Marco con un guiño.

No había hablado de él del tema pero estaba al corriente por Sebas.

— Ya sé que no es tan fácil — se corrigió antes de que yo protestara — *Sorry*, preciosa.

Le sonreí agradecida.

— Que complicadas sois — Alejandro me miró — Me haces decir frases típicas Bea, pero es que yo veo las cosas tan claras siempre. Vi a Ari y pensé, es “ella”.

Soltamos todos una exclamación bromeando y nos reímos mientras Ari se sonrojaba a la vez que lo miraba cariñosamente.

— Y lo mismo digo con vosotros dos: os vi y dije: ¡aquí hay tema!

— La teoría de Alejandro es que Sebas y yo estamos enamorados. — miré a Sebas que venía hacia la mesa con la bandeja — Pero ¿en nuestro inconsciente o en otra vida? — les pregunté de forma enigmática.



— ¡En otra vida era mío, lista! — soltó Marco riendo y los demás lo seguimos.

— Cuánta risita... — dijo Sebas sonriendo y dejando la bandeja en la mesa.

Miré sus manos pensando lo mucho que me gustaría sentir las de nuevo en mi piel ¡Bea!

Cogimos el café y le dimos las gracias.

— Estamos hablando del amor — dijo Martina y la miré advirtiéndola — ¿Qué opinas Sebas, se puede querer a alguien y no saberlo?

— Por supuesto — afirmó rotundo — Puedes estar confundido.

— Claro, puedes tener una idea equivocada de esa persona y negar que la amas — dije yo sin segundas intenciones.

— O puedes tener miedo — se dirigió en específico a mí.

— ¿A comprometerte? — pregunté fija en sus ojos.

— A ser vulnerable.

El resto nos miraba como si fuéramos un partido de tenis.

— A que te hagan daño — añadió.

— A nadie le gusta sufrir — me justifiqué sabiendo que hablaba de mí.

— En la vida hay que mojarse — dijo más serio.

Oí a Ari que preguntaba algo a los demás.

— Pero es mejor estar seguro de lo que quieres.

— Totalmente de acuerdo — sonrió — Aunque no hay futuro más incierto, que el miedo a todo aquello que podría ser. — tarareó.

Lo miré con la boca abierta y Sebas alzó las cejas un par de veces sonriéndome.

— Sé que te gusta Orozco y el otro día me lo bajé por curiosidad, y esta frase me recordó a ti.

Era una de las últimas estrofas de *Mírate*, una canción que me gustaba

muchísimo y que hablaba del miedo a vivir el amor. El detalle de Sebas se me coló dentro y no pude evitar hacerle ojitos.

Así que pensaba en mí, escuchaba mi música y me asociaba a canciones de amor, ¿eh? Era bonito saberlo y una especie de hormigueo recorrió mi columna, y no era por el frío. ¿Cómo no iba a querer tenerlo entre mis brazos? Lo raro hubiera sido que ante semejante hombre no hubiera querido nada. Y encima el muy “ejem” me cantaba con voz rota a Orozco, ¿era o no era una provocación en toda regla?

— ¿Volvemos arriba? — preguntó Martina cortando mis pensamientos.

Ari y Sebas nos quisieron acompañar a Alejandro y a mí por las pistas azules. No fue casualidad por supuesto. Sebas y yo teníamos ganas de estar juntos y solos. Éramos como las dos caras de un imán que se repele y que se atrae, pero era algo inevitable.

Sebas me iba dando alguna que otra instrucción y realmente disfruté esquiando a su lado. De equilibrio andaba bien así que, junto a mi atrevimiento, no lo hacía tan mal.

— Nadie diría que no has esquiado nunca — dijo Sebas quitándose las gafas en una de las bajadas.

Respiré hondo por el esfuerzo y le sonreí.

— Ha sido cosa de Franc, menudo sargento.

Se rió porque ya habíamos comentado durante la comida qué tipo de monitor nos había tocado.

— Venga, una más — me indicó y resoplé.

— ¿No pueden hacer algo más cómodo para los pies? ¿En serio?

Sebas me estiró hacia el telesilla riendo y fuimos hacia una pista azul algo más complicada.

— Tú primera — indicó mientras se ponía sus gafas.

Que guapo, por dios...

Vi la pendiente algo más pronunciada pero tampoco pensé que sería para tanto. Lo jodido fue cuando la bajé y cogí velocidad, no tuve fuerza en los pies para

frenar y fui embalándome hasta que llegué a sentirme la mujer cohete. Joder, no sabía cómo parar porque tenía miedo de hacerme daño, pero daño de verdad. Sebas se colocó a mi vera y me gritó que me cayera hacia un lado. Recordé cómo había que hacerlo porque Franc también nos lo había explicado. De un golpe dejé caer mi cuerpo hacia el costado izquierdo y fui deslizándome en esa postura durante unos metros, hasta que mi cuerpo paró el descenso. Sebas se colocó delante de mí inmediatamente, para que nadie me pasara por encima.

— ¿Estás bien? — Su voz sonaba apurada.

Se quitó los esquís con rapidez y me ayudó a sentarme.

— Sí — le respondí limpiándome la nieve de la cara.

Noté un leve dolor en el costado y en el trasero pero nada importante.

— Menudo susto Bea, te he visto con la crisma rota. Eres una atrevida.

— Creí que era una miedica — le repliqué sonriendo al ver su cara de preocupación.

— Según para qué...

Me levanté apoyándome en sus manos.

— No ha sido nada, tranquilo — dije intentando quitarle esa cara de disgusto.

Al ir a coger los esquís, resbalé con el hielo y se me fue el pie. Sebas reaccionó rápido e intentó sujetarme pero al mismo tiempo le agarré el brazo y lo atraje hacia mí. Inevitablemente, nos caímos al suelo, enredados, brazos y pies y volví a comer nieve. Nos empezamos a reír como dos niños y seguimos haciéndolo un buen rato, allí tumbados. Verlo así, con el pelo y la cara medio blanca, su sonrisa preciosa y tan a gusto, me hizo tocar un trocito de cielo.

Nos sentamos sacudiendo la nieve de la ropa y sonriendo. Sebas pasó la mano por mi pelo para limpiármelo pero ese gesto íntimo me provocó ganas de querer más y no lo pensé demasiado, me acerqué a su rostro para besarlo. ¿Por qué no? ¿Porque me había dicho que no lo haría? ¿Que no me dejaría llevar? ¿Porque no era cuestión de ir jugando con los sentimientos de los demás? Porque... ¿seguimos Bea? Me aparté de él, mosqueada conmigo misma.

— Menuda mierda — murmuré. — Perdona — le dije levantándome.

— Perdonada — dijo riendo por lo bajini.

— Estoy cabreada, mejor no te rías — le advertí enfurruñada.

— Te mosqueas muy rápido Bea — se burló con su preciosa sonrisa. —  
A ver, ¿qué te pasa? — preguntó cariñosamente y con sus manos en mi cintura.

— Me apetecía besarte — confesé poniendo morritos.

— Besarme, ¿eh? — dijo mirando mis labios.

— Pero tengo que portarme bien — le dije mirando los suyos.

— Ya — suspiró Sebas levantando las manos como si le apuntara con una pistola.

Quise decirle que sentía por él algo especial, pero podía parecer que le daba migas de pan y me mordí la lengua. Pensé en Lucas, instantáneamente, y me sentí mal. Habíamos hablado apenas hacía un día y ya estaba haciéndolo todo al revés.

— Vamos Beauty, antes de que te coma la boca aquí en medio. — se puso los eskuís con soltura.

Le miré sorprendida.

— Has empezado tú — me acusó con su media sonrisa — Que poco nos va el rollo de la castidad ¿eh? — me ayudó a sostenerme al ponerme los eskuís.

— Habla por ti — le dije chascando la lengua.

Soltó una buena carcajada y me reí con él.

— Esta noche vendré a tu cama, a ver si es verdad.

— Ni se te ocurra — le dije pensando que me gustaría dormir de nuevo entre sus brazos.

— Como amigos, Bea — replicó riendo.

— Sí, claro, íntimos — me reí con él.

Teníamos la risa floja, pero ¿cuándo no la teníamos Sebas y yo?

## Amistades peligrosas

Cuando bajamos, los demás estaban ya tomando su café y nos unimos a ellos como si nada hubiera ocurrido, como si fuéramos solo amigos. Sebas y yo pasábamos del enfado a la sonrisa en décimas de segundo y me gustaba que no pudiéramos estar cabreados demasiado tiempo, que no hubiera rencor entre nosotros.

Nos fuimos a la casa, nos duchamos entre charla y charla, y nos pusimos ropa cómoda. Me estiré en el sofá y hablé con Marco de unas obras de arte que estaban teniendo mucho éxito en otro de sus locales. Alejandro, Ari y Martina andaban por la casa, y Sebas fue el último en tomar esa ducha. Cuando vino a sentarse al sofá, fui a retirarme pero no me dejó y se sentó en la otra esquina, con mis pies encima de sus rodillas. Afortunadamente llevaba una pedicura perfecta de un azul intenso.

Marco y yo seguimos conversando y Sebas escuchaba atento. Empezó a masajearme los dedos y se me puso la piel de gallina. Pero me dejé hacer porque juro que aquello era una necesidad terapéutica no un deseo sexual, bueno, un poquito sí. Sebas también habló del tema mientras seguía con sus caricias en mis pies. Le gustaba el arte y se le notaba. Marco se fue al baño a peinar aquel pelo que necesitaba media hora de secador para dejarlo immaculado y nos quedamos solos, Sebas y yo.

— ¿Masaje de amigos? — pregunté irónicamente.

— ¿Qué mejor prueba de amistad que esta?

— Pues continua — le dije tan campante.

— Y que bien huelen para ser unos pies — dijo levantándose uno y acercándolo a su nariz.

Me reí por su broma hasta que me miró con ese brillo especial.

— ¿Te han lamido alguna vez dedo por dedo? — Sebas lo preguntó con total naturalidad, como si aquello no fuera sensual y lo miré flipada.

Ay, por dios, ¿era eso un castigo o una penitencia o qué carajos era?

— Sebas, eres un provocador — le dije queriendo retirar el pie pero no me

dejó y empezó a hacerme cosquillas.

Me retorcí riendo y gritando su nombre pero él seguía a lo suyo. No sé cómo, rodamos hasta el suelo y conseguí librarme de él, pero entonces me cogió y me dejó inmóvil a su merced. Con su cuerpo tan cerca. Con esos ojos color avellana traspasando los míos. Y su boca medio entreabierta, preparada para la mía.

— Me tienes al límite Bea — susurró con gravedad — No sé porque no te llevo a mi habitación y te hago mía, no lo sé.

Sus palabras subieron y bajaron por mi cuerpo, como si fueran una caricia. Cerré los ojos dejando que él decidiera porque me veía incapaz de decirle que no a nada. Haz conmigo lo que quieras, pensé una vez más con él. Pero inesperadamente se alzó de golpe y al abrir los ojos vi que me miraba con pesar. Su mano me ayudó a levantarme mientras resoplaba, como cansado. Lo vi irse del salón y me quedé mirando su ancha espalda mientras se alejaba. Mierda, ¿qué estaba haciendo? No pude no sentirme culpable.

Estaba intentando ser coherente con los hechos que había vivido últimamente. Me gustaban dos hombres y cuando estaba con uno me olvidaba del otro, con lo cual podría decirse que había llevado un coqueteo paralelo hasta que los caminos entre ellos se cruzaron y comenzaron a recriminar mi actitud. Reconozco que me había ido justificando a mi medida y que apenas me había dado cuenta de que estaba jugando a dos bandas. Con Lucas casado creía que aquello no podía ir mucho más allá y de Sebas tenía un concepto bastante distinto del de ahora; creía que escapaba de las relaciones formales.

Al final, me había equivocado de largo en todo. Con mi presencia, Lucas se había planteado su matrimonio en serio, y aunque él dijera que no era por mí, obviamente algo tenía que ver. Después de fiestas hablaría con Lidia, ella estaría fuera un par de semanas y no quería romperle el corazón en estas fechas tan señaladas. Por un momento me puse en la piel de ella y tuve una sensación repulsiva. Pensé que ojalá no lo hubiera conocido nunca y no hubiera ocurrido todo eso. Porque me sentía fatal, lógicamente, y no estaba orgullosa. Pero juro que esos encuentros habían sido fortuitos y que desde mi ingenuidad, que era mucha, había pecado de confiada, creyendo que no pasaba nada. Joder, y al final había llegado a tal punto que Lucas iba a romper su matrimonio.

Me tumbé de nuevo en el sofá y cubrí mi cara con el brazo. Tuve ganas de llorar pero me aguanté, no era cuestión de hacerlo delante de mis amigos.

— ¿Duermes Bea? — Ari me habló en un susurro.

— No — respondí con la voz algo rota y sin mostrar mis ojos húmedos.

— ¿Estás llorando? — preguntó preocupada y noté que se sentaba a mi lado.

Moví la cabeza en un gesto de negación. Ari me abrazó con ternura y me sentí reconfortada. Era lo que necesitaba, un poco de cariño de mi mejor amiga. No dijo nada más y nos quedamos así un par de minutos.

— ¿Mejor?

Asentí.

— Vamos a cenar fuera, ¿estás de humor?

— Sí — le dije separándome de ella y levantándome — Dame dos minutos.

Los demás vinieron charlando sobre un restaurante que les habían recomendado y un par de locales pequeños para tomar una copa.

— Ya voy — les dije sin mirar a nadie en concreto.

Fui a calzarme y a repasar el maquillaje de mis ojos. Me sonreí en el espejo e inspiré yendo decidida hacia ellos. Sebas me miraba serio y preocupado pero ignoré lo que me decían sus ojos.

En la mesa, procuré no estar a su lado, me situé entre Ari y Martina. Era redonda y nos veíamos perfectamente pero así no había posibilidad de tocamientos. Sebas también cortó ese coqueteo constante, supongo que tampoco lo pasaba bien y que recordaba que Lucas seguía presente en mi vida, de una forma u otra.

Me puse en su lugar y tampoco me agradó darme cuenta de cómo se debía sentir. Te gusta una chica, intentas acercarte, incluso te acuestas con ella, pero resulta que esa chica no sabe si quiere estar contigo porque...porque le gusta otro chico. ¿Qué película era esa? Menudo culebrón Bea. Visto así, yo parecía un putón verbenero pero tampoco era eso... ¿o qué era? Yo sentía que Sebas era especial pero...

— ¿Bea?

— ¡Bea!

Ari y Martina me llamaban la atención porque la camarera tomaba nota y yo estaba a lo mío. Me miraron extrañadas pero las ignoré y pedí un plato de pasta fresca.

— Bea, ¿qué te pasa? — preguntó Martina flojo.

— Estoy de bajón — le dije casi susurrando.

Miré a Sebas y vi que me estaba observando bajo esas pestañas espesas mientras hablaba con Marco y Alejandro.

— Maja, necesitas una buena polla.

Sonreí al oírla, era inevitable con ella.

— Al revés, va sobrada — dijo Ari acercándose a nosotras.

Me reí oyendo sus conjeturas.

— Dile a Sebas que te dé duro, verás cómo dejas de dudar.

— Joder Martina, que burras llegas a ser — replicó Ari mientras yo reía.

¿Quién podía subirme la moral como la espuma sino ella?

— Mira como ríe la cerda, si en el fondo es tan guarra como yo, será que no la conozco — dijo Martina sonriéndome con cariño.

Tenía muy buen fondo y la quería un montón aunque fuéramos tan distintas.

— Un brindis chicas — Ari cogió su copa de vino y brindamos con ella.

Cenamos charlando y riendo, aunque yo me quedé un poco en segundo plano. Me apetecía más escuchar que hablar. Sebas y yo íbamos mirándonos pero sin coqueteo alguno. Pensé que quizás estaba enfadado de nuevo conmigo y no se lo reprochaba, era perfectamente entendible.

Tras los postres, tomamos un licor y las risas fueron subiendo de tono. Y de ahí pasamos a la copa pero en otro local, una especie de pub bastante oscuro de paredes de madera y con mesas acompañadas de bancos. Sonaba música actual de fondo pero se podía hablar sin ningún problema, con lo cual fuimos pasando el rato y sin darnos cuenta empezamos la tercera ronda. Brindamos



con los gin-tonic, riendo por las florecitas secas que flotaban dentro.

En un momento en que Martina fue al baño, hubo un cambio extraño de sitios: Alejandro se puso al lado de Ari, Marco se puso en el sitio de Alejandro y Sebas acabó a mi lado. Estaba entre la pared y él, tocándome por demasiados puntos de mi cuerpo. Me aparté y me miró divertido.

— Vamos Beauty, no te voy a comer.

— Eso es lo malo — le dije y me maldije por ser tan deslenguada.

Sebas, en cambio, se puso a reír.

— Que gracia ¿no?

— O me río o te follo, tú misma. — tragué saliva y se me nubló la vista, no sé si por sus palabras o por el efecto del alcohol.

— Que fino eres — le recriminé en cuanto pude.

Sebas giró su cuerpo hacia mí, con lo que quedamos apartados del resto.

— ¿Prefieres que te diga que te haría el amor como en mi habitación? — susurró con malicia.

Apreté mis piernas y sentí la excitación entre ellas.

— Bea — se acercó a mí y me habló más flojo — No voy a tocarte hasta que no sepas qué es lo que quieres. Necesito que lo tengas claro. — creo que se acercó un poco más y pude notar su aliento pegado al mío — Necesito saber que soy yo quien quieres en tu vida. No voy a compartirtte nena, con nadie. Así que voy a esperar, mirando lo preciosa que eres y sin tocarte un pelo. Necesito oír... — habló junto a mi oído y mi cuerpo se tensó — ...que quieres estar conmigo.

Tragué un cúmulo de sentimientos que tenía en la garganta y hubiera querido gritarle que era él, pero no hubiera sido realista, no podía dejarme llevar por la situación. Yo tenía que aclarar mi cabeza y precisamente con tres copas encima, muy clara no la tenía.

Se recostó en el banco y me miró con intensidad.

— Quiero que sepas algo de mí Bea, algo que necesito tengas en cuenta. — Hizo una breve pausa y continuó — Si me la juegas, no podré perdonarte.

— ¿Si te engaño?

— Si estás conmigo, estás solo conmigo.

— ¿Me estás diciendo que eres fiel? ¿Siempre? — Que poco le pegaba esa bucólica idea.

— Solo he salido en serio con dos chicas porque si no estoy seguro, no me tiro a la piscina. Y he sido fiel siempre. Salir con alguien y tontear con otras, no es mi estilo. O estás o no estás. — me guiñó un ojo — ¿Y qué hay de ti? Porque mi colega Toni opina que tú...

— ¿Toni?

— Sí, mi compañero y muy buen amigo. Es con el que iba en la cena de tu empresa.

Sí, recordaba un chico alto, moreno y guapetón de facciones marcadas y con el pelo muy corto por los lados.

— ¿Y por qué opina de mí?

— Porque le he hablado algo de ti. — Vaya, se me estaba abriendo un mundo con Sebas. — Y cuando te vio en la fiesta me dijo que eras de las peligrosas.

— ¿Peligrosas? — pregunté sin entender.

— De las que te pueden hacer daño. Eres demasiado guapa, según él.

Lo miré incrédula.

— Menuda gilipollez — solté mosqueada — ¿Qué sabrá él?

— ¿Eres peligrosa Bea? — preguntó frunciendo el ceño.

— Para nada — negué inmediatamente — Cuando he salido con un chico, he sido fiel siempre.

Me miró satisfecho con mi respuesta y continuamos charlando de otros temas menos peliagudos.

Hacia las dos de la madrugada decidimos marchar, todos achispados pero muy cansados. Así que nadie propuso seguir la fiesta y nos fuimos a la cama.

Me costó conciliar el sueño, pensando en Sebas, sabiendo que lo tenía cerca y

oyendo aún sus palabras en mi oído: necesito oír que quieres estar conmigo...

## No voy a tocarte

— Bea...

Oí un susurró en mi oído.

— ¿Duermes?

— Sí... — ¿estaba soñando, verdad?

Noté un movimiento en la cama pero estaba tan dormida que cogí el cojín para seguir con mis sueños. Oí una respiración cerca y me desperté en seco. Puse mi mano detrás y noté un cuerpo. ¡Joder! Me quedé quieta sabiendo de quien era ese duro pecho.

— Soy yo — hablaba muy flojo para no despertar a Martina.

— ¿Y qué haces aquí? — le pregunté soñolienta y sorprendida.

— No puedo dormir — se justificó y me abrazó acercándose a él.

Sonreí al pensar que menuda excusa tonta se había buscado.

— Tómate una vaso de leche. — le dije bromeando.

— Ya lo he probado y nada.

— ¿Qué te pasa?

— Creo que es por tu culpa.

— Ah, mira que bien — sonreí a la oscuridad.

— Me estoy viciando a ti — dijo en un tono de resignación.

Estábamos muy quietos, sabiendo que si había demasiado roce, aquello podía ir a más. Me abrazó con ternura y me dejó...

— Que palabras más bonitas Sebas — le repliqué.

— Sí, ¿verdad?

— Ya te digo.

— Es que si te digo más, te acojonas y me echas de tu cama.

Reí por lo bajo y noté su pecho mientras él también reía.

- El que me acojona eres tú, aquí dentro.
- No voy a tocarte, ya te lo he dicho antes.
- Me estás abrazando — le dije señalando sus fuertes brazos.
- Sí pero es amistoso, Beauty.

Volvimos a reír los dos. Me encantaba. Seguimos susurrando entre las sábanas.

- Vamos a despertar a Martina.
- Ven a mi cama — me pidió rogando.
- Ni hablar.

Pensé que allí todavía había más peligro de caer en sus garras. ¿Y no era lo que deseaba durante todo el día?

- Eres una cagada. — me acusó bromeando.
- No más que tú listo — nos reímos de nuevo.
- No te digo que no, pero es porque tú eres peligrosa.
- ¡Venga ya!

Oímos que Martina se movía en su cama.

- Vamos a despertar a Martina y tiene una mala leche que es capaz de levantar a toda la casa de un solo grito, te aviso.
- Vamos a la mía, solo a hablar, va, va, va...
- De ti me voy a fiar. — le corté riéndome otra vez.

Sebas comenzó a hacerme cosquillas y yo a reír flojo pero no podía más, iba a soltar una carcajada en cualquier momento.

- Vale, vale, tú ganas.

Nos fuimos como dos ladrones en silencio a su cama, que estaba helada, y juntamos nuestros pies buscando calor. Nos dio la risa una vez más. Ay, Sebas... Estábamos uno frente al otro y podíamos vernos gracias a una pequeña luz de la mesilla. Nos miramos durante unos segundos largos hasta que él rompió el hielo.

- Beauty, me ha gustado estar contigo hoy — Su voz grave inundó la

habitación.

— Ha sido divertido — le dije algo cortada.

— No quería ni hablarte y fijate.

Me agradó que fuera sincero y transparente conmigo.

— Fíjate que me has metido en tu cama.

— Has venido porque has querido — soltó pagado de sí mismo.

Reí por su broma y él sonreía hasta que miró el principio de mi camisa del pijama.

— El botón — dijo con gravedad.

Se me había desabrochado y dejaba entrever un poco de pecho. Me tapé rápidamente.

— Te he visto desnuda, no sé si te acuerdas — soltó con retintín.

Joder, ¿cómo no me iba a acordar? Puse el botón en su sitio y no le respondí. Al mirarlo vi deseo en sus ojos. Aquella mirada la reconocería a mil kilómetros.

— No me mires así — le avisé.

— No voy a tocarte — repitió de forma sensual — Vas a hacerlo tú.

— Va a ser que no — respondí segura de mí.

— Cierra los ojos — me miró con gesto provocador — Venga, no seas miedica.

Cerré los ojos y escuché atenta. Sebas se acercó y me susurró en el oído.

— Es un juego, ¿te atreves? — Sebas sabía usar su tono de voz para derretir a cualquiera.

— ¿Qué juego? — dije haciéndome la tonta, mirándolo de nuevo.

— Cierra los ojos y gírate hacia arriba — lo miré en plan “qué vas a hacer” — Confía en mí...

Obedecí aunque algo nerviosa.

— Muy bien, así me gusta — murmuró acercándose a mí pero sin tocarme.

— Ahora piensa qué querrías hacer en este instante.

Madre mía, lo tenía claro hacía ya un ratito. Su voz excitante y sensual se coló en mi cerebro y apreté las piernas al sentir el calor entre ellas.

— ¿Quieres que te toque Beatriz? — me hablaba al oído, con su aliento pegado a mí y su perfume a mí alrededor. Era embriagador y tentador a la vez.

— No... — mentí porque no quería reconocérselo y porque temía que pudiera pasar algo entre los dos. Tan convencida que estaba que debía alejarme de él y allí estaba, escuchando su páfida voz.

— ¿Quieres tocarte? ¿Podrías acariciarte Beatriz? ¿O eres demasiado vergonzosa? — Una oleada de calor pasó por mi cuerpo al oírle hablar de ese modo; su voz ronca me iba atrapando. — ¿Recuerdas cómo te desnudé lentamente? ¿Cómo iba cayendo tu ropa a nuestros pies? Y te besé todo el cuerpo, saboreando tu piel...tu olor que me tiene drogado...tu suavidad que me fascina...tú, nena, que me haces temblar cuando te veo... Estoy casi seguro de que estás preparada para tus dedos. — Ufff — Si lo haces... no estaré tocándote...

Madre mía, no sé qué pasó por mi cabeza. Sebas me dejaba noqueada con su voz y lo hice... Bajé tímidamente la mano hasta mi sexo y lo dejé ahí mientras me mordía los labios de las ganas que tenía de empezar a moverme.

— Nena, estás tan sexi... — Sebas suspiró pero no se movió y yo seguí con los ojos cerrados. — Mueve tu mano para mí....así...despacio...

Seguí sus órdenes, al principio con vergüenza, pero cuando empecé a sentir el placer, el calor, el deseo, me olvidé por completo de que Sebas estaba observándome.

Levanté un poco mis caderas y comencé a hacer presión, por encima de mi ropa y noté que mojaba mis braguitas. Me moví haciendo pequeños círculos presionando y cada vez que apretaba mi clítoris soltaba un suave gemido. Sebas seguía callado y eso me ayudó a no pensar que, joder, me estaba mirando. Seguí a lo mío, y metí la mano por dentro del pantalón, para tocar mi piel y presioné el clítoris contra la palma, haciendo que cada vez fuera más intenso. Gemí flojo y Sebas soltó un gruñido. Entonces recordé que estaba a mi lado y lo miré. Sus ojos eran puro deseo pero ahí seguía: fiel a sus palabras. No pude evitar sentir que lo estaba puteando bastante y cogí su mano

para dirigirla hacia su sexo. Sebas sacó su miembro esplendoroso y empezó a masturbarse despacio y sin dejar de mirarme. Uffff. Como una chica mala volví la vista hacia su erección y me quedé fija en sus movimientos. Era realmente excitante ver como se daba placer y en pocos segundos empecé a notar que venía el orgasmo. Intenté retenerlo todo lo que pude pero las sacudidas empezaron a recorrer mi cuerpo hasta que acabé con su nombre en mis labios.

— Sebas...Sebas...

— Dios Bea — dijo en un murmullo mientras se corría en su pierna. Y eso pensé yo: Diosssss.

Apreté mis ojos ante lo que acababa de hacer e inspiré fuerte cogiendo aire. Me lamí los labios porque los tenía secos pero no me atreví a mirarlo.

— Joder nena...

— Ni me hables — le dije muerta de vergüenza.

— Me tienes loco, Bea — su voz era casi un gruñido y se dejó caer en la cama, tumbado, mirando hacia arriba con un brazo encima de su cara — Ahí al lado tienes *clínex*.

Me limpié con ellos, le pasé a uno a él sin mirarlo y me quedé inmóvil, pensando qué carajos había hecho. No me había tocado pero había logrado sacar una Bea que no conocía. Me asusté al ver el poder que ejercía en mí. Me levanté para irme, yo no estaba preparada para alguien como Sebas.

— Eh, nena, ¿dónde vas? — me cogió de la cintura impidiendo que saliera.

— A mi cama, donde debería estar hace ya rato.

— Vamos Bea, no te he tocado. Habíamos quedado en eso.

— No me hables de...

— ¿De qué? ¿De qué te has masturbado para mí? ¿Eso debe avergonzarte?  
— me cogió de la cara y me hizo mirarlo — Estabas preciosa. Fascinante. Deseable. Eras la viva imagen del placer Bea. ¿Qué hay de malo en eso?

— No me siento cómoda — le dije pensando que yo no era como él.

— ¿Hablando de sexo? — achinó sus ojos al preguntar.



Me miró curioso y afirmé con la cabeza. Con mis anteriores relaciones jamás había hecho algo parecido, y con Sebas, con quien no tenía nada en serio, me había dejado llevar...demasiado.

— ¿Te ha gustado? — me miró a los ojos y supo la respuesta — Entonces, ¿dónde está el problema? ¿Quién te ha impuesto esos límites, Bea?

¿Quién? Yo misma, supuse, o quizás mi entorno, o mi educación o no sé, la mezcla de todo ello. Pero no estaba nada acostumbrada a enfocar el sexo con esa naturalidad. Con mis parejas el sexo fluía y se practicaba pero no se hablaba y lo de probar cosas poco comunes, menos.

— Soy así Sebas, no puedo hacer más.

— Pero también eres sexi y sensual, me lo has demostrado hace poco. — inquirió.

Puse mis manos tapando mi cara al recordarlo.

— Que boba eres Bea, yo solo puedo empalmarme cada vez que te...

— ¡Cállate! — le di un manotazo y se puso a reír.

— Anda, ven — me abrazó mientras nos metíamos de nuevo en la cama y cerró la luz.

Me recosté en su pecho y pensé en él. Sebas era único y su naturalidad ante el sexo me chocaba pero a la vez me fascinaba.

— Que descanses preciosa.

— Buenas noches — levanté la cabeza y busqué a tientas su boca.

Le di un beso suave y me lo devolvió. Nos dimos varios besos como aquel, lentos y tranquilos, como dos adolescentes que empiezan a besarse, hasta que me acomodé de nuevo en su pecho y en nada me dormí.

Cuando empezó a amanecer y se colaron los primeros rayos de sol, me desperté alarmada y tuve que situarme durante los primeros segundos. Estaba en la habitación de Sebas y había dormido con él. Sonreí.

Lo tenía abrazado a mí con un brazo por encima y el otro detrás, en mi cuello. Nuestros pies se tocaban y su sexo estaba rozando mi culo. Me moví para separarme pero solo logré que se juntara más y entonces sentí todo su calor.

Me quedé inmóvil porque no quería despertarlo y me concentré en no pensar que su pene estaba situado donde estaba situado.

Reflexioné sobre lo ocurrido la noche anterior y seguí sintiendo la misma vergüenza porque me veía masturbándome mientras él hacía lo propio, joder, menuda situación. No se lo iba a explicar a nadie, por supuesto. Ni siquiera a Martina quien era capaz de hacerme socia honorífica de su club. A mí el sexo me gustaba, por supuesto, y había situaciones morbosas que me atraían pero no estaba habituada a aquel descarro de Sebas; me superaba y a la vez me atraía como un imán. Solo esperaba que no fuera recordándomelo cada dos por tres porque conociéndolo era capaz de ponerme roja como el carmín cada cinco minutos con el temita.

— Buenos días nena — dijo susurrando entre mi pelo.

— Buenos días, ¿te he despertado?

— He notado que pensabas en mí.

Me reí por su comentario. Sebas me abrazó besándome el cuello y yo me dejé querer. No podía evitarlo ni negar sus caricias porque las deseaba tanto como él.

— ¿Vamos a seguir siendo buenos? — preguntó dándome besos por el cuello.

— Sí, sí — le dije pensando en que precisamente por la noche, muy buenos no habíamos sido pero no quise sacar el tema.

— ¿Segura? — Sebas puso su mano en mi cintura y comenzó a pasarla suavemente por mi estómago.

De segura nada como siguiera con esos toqueteos.

— Sebas... — le avisé poco convencida.

— Estoy explorando — dijo poniendo su voz más grave — Todo muy inocente.

Me reí por su forma de hablar.

— Aquí el doctor Ferrer explorando a la señorita Vela...

Seguimos riendo y continuó con su mano en mi piel, acariciándome despacio,

y era increíble mezclar el placer de sentirlo y esas risas.

— Señorita, creo que usted necesita un poco de esto — me besó el cuello de nuevo y sonreí — Y de esto — me abrazó fuerte contra él — Y si no estoy equivocado, voy a tener que besarla.

Me reí de nuevo por sus tonterías.

— Que poco agradecida es usted como paciente — dijo en un tono tan extraño que nos partimos de la risa los dos.

Me hizo girar mientras recuperábamos el aliento y nos íbamos calmando. Estaba igual de guapo que siempre, aunque se acabara de despertar. El pelo algo más revuelto pero le daba un aire más salvaje; podía hacer perder la cabeza a cualquier fémmina.

— ¿Te has levantado a escondidas y te has peinado? — pregunté admirando lo guapo que estaba.

Se pasó la mano por el pelo.

— Me has descubierto — nos miramos con esa intensidad tan nuestra — ¿Puedo besarte?

Uf, que me mirara de ese modo y que hiciera esa pregunta al mismo tiempo me dejó temblando.

— ¿Un beso inocente? — pregunté sabiendo que de inocente nada.

— De amigos, por supuesto — lo dijo acercándose a mi boca entreabierta y cogiendo mi cara con suavidad.

Me besó despacio, casi aspirando mi aliento y yo hice lo mismo. Saboreé sus labios a conciencia y sentí que recorría un calor por mi espalda. Abrimos la boca despacio e introdujimos nuestras lenguas tímidamente, como si fuera la primera vez y empezamos a jugar con ellas mientras nuestra respiración comenzaba a acelerarse. Ay madre, era como si un tren me pasara por encima y me dejara muerta pero de deseo.

Nos separamos jadeando después de varios minutos besándonos de aquel modo y nos miramos con los ojos vidriosos.

— Beauty, ¿dije que no iba a tocarte? — Su voz sonaba apurada.

— Sí... — y yo estaba que no podía más.

— Tienes suerte que soy un hombre de palabra.

Lo dijo tan serio, con su voz tosca, que no pude más que soltar una buena carcajada. Que morro le echaba al asunto.

— No te rías tanto, tienes cinco segundos para salir de mi cama: cinco, cuatro, tres,...

Dudé en quedarme, lo juro pero di un salto riendo y me puse a los pies de la cama.

— Sigues en zona de peligro, te aviso.

Di unos pasos hacia atrás, mirándolo coqueta. Y fui a girarme para irme pero me detuvo su voz.

— Beauty.

— ¿Qué?

— Estás preciosa.

Le sonreí y sentí cosas en mi estómago, muchas. No lo podía negar, Sebas era especial.

## Desaparecer de tu vida

El siguiente día pasó tan rápido que hubiera querido repetirlo una y otra vez. Entre Sebas y yo hubo una especie de complicidad que saltaba a la vista de todos. Esquiamos juntos, nos buscábamos, nos sentábamos uno al lado del otro e incluso en el coche nos apañamos para poder seguir juntos.

Ari y Martina, preguntaron, por supuesto. Y además, Martina sabía que no había dormido en la habitación. Les dije que nos habíamos pasado parte de la noche hablando y la otra durmiendo, sin sexo. Algún beso, algún roce pero que habíamos respetado el no tener nada más. No les comenté absolutamente nada de la masturbación, ni hablar.

Las dos alucinaron con nuestra fuerza de voluntad y no era para menos. Aquello de dormir juntos y no tener “casi” nada era extraño, pero me gustó que Sebas no se aprovechara y acabara haciéndome el amor, porque tenía que reconocer que me hubiera costado horrores negarme. Bueno, tenía que reconocer que no me hubiera negado, qué leches.

Cuando llegamos a nuestros respectivos pisos, nos quedamos de repente callados.

— ¿Y ahora qué? — no sé si yo se lo preguntaba a él o a mí misma.

— Esperaré a que me llames. — dijo sonriendo a medias.

— Sebas... — iba a decirle cuánto me gustaba pero me pareció que le daba poco en aquel momento.

— ¿Qué? — pasó su mano por mi pelo.

Lo abracé de repente y él me correspondió.

— Te llamaré — le susurré al oído.

Nos separamos y cada uno se fue a su piso. Al entrar suspiré largamente. Había sido un fin de semana genial, perfecto. Y no podía más que pensar en Sebas mientras iba deshaciendo la maleta.

Pero todo lo bueno se acaba y después del domingo, venía el lunes, claro. Y con el lunes el trabajo y con el trabajo pues Lucas. No es que no quisiera verle pero estaba tensa con él. No sabía cómo actuar después de saber que iba a dejar a su mujer. No sabía si me haría un interrogatorio del fin de semana o qué. A veces me intimidaba, para que mentir.

Lucas estaba en su puesto, como siempre, y lo saludé amablemente después de darle un buen repaso: estaba guapo, guapo. Nos miramos unos segundos y él se levantó.

— Bonito moreno — dijo dándome varias carpetas de documentos —  
Cuando lo hayas revisado me lo pasas Beatriz.

— Me pongo ahora mismo.

Y no dijo nada más ni preguntó ni me apuntó con una pistola. A veces, lo subestimaba. Lucas tenía treinta y tres años y era un hombre hecho y derecho, que diría mi madre.

El día pasó como otro cualquiera y lo mismo la semana, hasta llegar al jueves. No hubo miraditas extrañas ni coqueteos entre nosotros. Primero, porque teníamos un carro de faena y, segundo, porque los dos evitábamos lo que antes buscábamos. No voy a decir que no me costara porque los ojos de Lucas tenían un algo que me atontaban exageradamente.

— ¿Podemos comer juntos? — me preguntó a media mañana, delante de mi mesa.

Sospesé la idea y acepté. En los últimos días todo había fluido con normalidad. ¿Por qué no?

— Así aprovechamos el rato porque necesito repasar unos puntos del proyecto Dos contigo.

— Sin problema — respondí pensando que solo era más trabajo.

A la una y media bajamos al bar y nos sentamos entre el gentío. Era hora punta y tardaron bastante en servirnos. Estuvimos revisando el proyecto y aclarando distintas cuestiones. Trabajar con él era muy fácil: Lucas no me veía como su secretaria sino casi como una compañera más, y eso me daba plena libertad para dar rienda suelta a mi cabeza. Él lo sabía y sabía que así sacaba lo mejor de mí.

Después de revisar lo más importante, por fin nos trajeron la comida.

— Menudo lío tienen hoy — dijo Lucas antes de empezar.

— Supongo que la gente ya huele las vacaciones y se relaja un poco más.

Había más gente de lo normal, era cierto, y los camareros no daban abasto.

— Pues nosotros de eso poco en estas fechas, ya lo ves.

— Sí, ya.

— ¿Navidad con la familia? — preguntó al aire.

— Como no — pensé en él y Lidia.

— ¿Y tú?

— Sí, también.

— ¿Cenas y comidas abundantes y exageradas?

— Vendré con tres quilos de más — dijo con su media sonrisa y me reí.

— No creo que se te note — repliqué sonriente, pensando que no le sobrara ni un gramo de grasa al muy jodido.

— Porque me ves con buenos ojos — dijo fijando su mirada en la mía.

— Oye Lucas, ¿ella se va normalmente?

Desvió la mirada y se puso más serio.

— No — contestó taciturno, como si se viera obligado a hacerlo.

— Si no quieres no respondas — eché mi cuerpo hacia atrás y comí en silencio unos segundos hasta que habló.

— Beatriz, se va a Sevilla porque tiene allí a su hermana y nosotros... — me miró con gravedad — ...estamos pasando una mala época.

Tal cual me había dicho Martina en su día; por no poder tener hijos.

— ¿Por algo en concreto? — quería saberlo por boca de él.

— Hace tiempo que andamos tras un bebé — me miró para ver mi gesto pero no expresé nada — Pero no ha logrado quedarse embarazada y los médicos no saben el porqué. Y eso provoca tensiones en una pareja. Quería estar con su hermana y darnos un par de semanas para plantearnos a la vuelta

como afrontar el tema.

— ¿Te refieres a adoptar?

— O a buscar una madre de alquiler. Existen varias opciones.

— Joder Lucas — dejé los cubiertos en la mesa — Ella va a venir con la idea de formar una familia y ¿tú qué le vas a decir?

Vi la sombra de la duda en sus ojos. Pero no podía no preguntarle aquello; me parecía muy “heavy” el asunto.

— Que he conocido a alguien — dijo directo y sin miedo.

Lo miré sorprendida.

— ¿Tan extraño te parece?

— Vas a hacerle daño — dije despacio y flojo.

— Intentaré suavizarlo pero no voy a mentir Beatriz, no se lo merece. Me gustas de verdad.

Me toqué la frente y rebufé un poco superada por lo que Lucas iba a pasar. Lucas y su mujer, claro.

Se acercó a mí y yo hice lo mismo para escucharle.

— ¿Peco de sincero? — susurró a un palmo de mi rostro.

— Sí — sus ojos verdes me atraían irremediablemente.

— Puedo ser un mentiroso si quieres — su voz oscura y susurrante era hipnótica.

— No, mejor no — le dije mientras veía su mirada puesta en mis labios.

Lucas y yo nos separamos a la vez al darnos cuenta de dónde estábamos, temiendo que alguien podría habernos visto. Los de nuestra planta estaban trabajando hacía rato pero por allí había demasiada gente. Di un rápido vistazo y casi doy un salto de la silla cuando localicé a Sebas, con su traje impecable, mirándome. Joder, con las casualidades. A su lado estaba Martita, Toni y un par de hombres más de mi empresa. Hablaban entre ellos animadamente, en la barra, tomando un café. Pero Sebas tenía cara de pocos amigos y yo sabía el porqué. Mierda, mierda...



Lucas no lo vio, porque le daba la espalda, pero yo no dejaba de notar su mirada. Pensé que en cualquier momento vendría pero no hizo el gesto. Se marchó pocos minutos antes que nosotros y no nos dijimos nada.

Al llegar al piso y nada más cerrar, llamaron a la puerta y al mirar vi a Sebas. Abrí la puerta esperando la gran bronca.

— Tus cosas — me dio una bolsa pequeña con mi sujetador dentro.

— Gracias — le dije analizando su mirada. No me decía nada.

— Con lo de hoy me ha quedado claro, Bea — soltó de repente pero ya sabía de qué iba la cosa.

— Estábamos hablando — intenté justificarme. — Nada más.

Cerré la puerta para que los vecinos no nos escucharan.

— Bea, te he visto cómo lo miras — cerró los ojos unos segundos — Me retiro.

¿Que se retira?

— A ver Sebas, que esto no es una puta competición — me puse nerviosa cuando oí sus palabras.

— Tú haces que lo sea Bea, estás jugando y yo paso — estaba exaltado y se pasaba la mano por su pelo, nervioso también. — No quiero esperarte, no quiero estar contigo ni quiero saber que cada día puede estar pasando eso... en vuestro curro.

— ¡No pasa nada de eso! — le dije pensando en los últimos días.

Entre Lucas y yo no había pasado absolutamente nada aparte de esa mirada en el bar de la que justamente él había sido testigo. ¿Podía ser que hubiera alguien por ahí, por el espacio sideral, creándome problemas con Sebas?

— ¿Me vas a mentir en la cara? ¿Me dirás que no ha pasado nada allí entre vosotros?

Me mordí el labio y no respondí porque alguna que otra vez sí habían pasado “cositas” pero ahora no...

— Bien, quien calla otorga.

— Sebas, entre nosotros no ha habido apenas nada, joder. ¿Cómo te lo

explico?

— ¿Has estado con él?

— No.

— ¿Quieres que te diga el por qué? Porque está casado. ¿Qué harás cuando la deje? ¿Follarás con los dos?

Me subió la bilis por la garganta. Follarás con los dos... ¿quién coño se creía que era para hablarme así?

— ¡Lárgate! — le grité con mi brazo extendido en dirección a la puerta.

— No te preocupes, me muero de ganas de desaparecer... de tu vida.

Sus últimas palabras retumbaron en mi cabeza como un martillo de cien kilos. ¡Mierda! También había coqueteado con él durante el fin de semana y de eso no se quejaba. Menudo gilipollas...

¿Follarás con los dos? ¿Cómo podía decirme eso? ¿Esa era la idea real que tenía de mí, por mucho que le hiciera confianzas?

De nuevo de mal rollo con Sebas, ostras. Aquello era un querer y no poder, un constante vaivén que me tenía perdida. No quería que se fuera así de mi vida, pero todo apuntaba a que no estaba acostumbrado a que una chica le hiciera sufrir.

¿En serio Sebas había tirado la toalla?

## Feliz Navidad

La respuesta a mi pregunta fue un sí.

A partir de esa discusión, Sebas rompió en serio conmigo. Le mandé un par de mensajes al día siguiente para hablar con él y se negó en rotundo. No coincidimos apenas y supongo que me evitaba incluso por las escaleras. Siendo vecinos de puerta era imposible que me pasara dos semanas sin verlo, ¿dónde carajos se metía? Llegué a echarle de menos pero el orgullo pudo más y acabé haciendo lo mismo que él; ignorarle.

En cuanto a Lucas, nuestra relación siguió siendo la misma de jefe y secretaria. Nos comportábamos dentro del trabajo y algunos días comíamos juntos en el bar pero siempre rodeados de papeles para disimular nuestra estrecha relación. Me gustaba escucharle y ver la cara que ponía cuando le soltaba alguna de las mías. Me gustaba picarlo y que me llamara Beatriz con su voz grave.

— Beatriz, tenemos complicaciones con un cliente de Madrid.

— No me digas, ¿qué sucede? ¿Es el proyecto *Lerman*?

Asintió muy serio, sentado en su sillón de jefe.

— La directora nos manda para allá — dijo escueto.

— ¿Ahora? — joder, estábamos en ¡Navidad!

— Marchamos el domingo, el día veintisiete. Siento que sea en estos días Beatriz, pero es urgente. — añadió disculpándose.

— Lo entiendo, ¿cómo va a ir el tema?

— El lunes tenemos un par de reuniones con ellos. Tenemos que aclarar cómo enfocar el lanzamiento de su producto. Y el mismo día volvemos a quedar para que nos digan si están de acuerdo y qué enfoque prefieren. Entre el martes y el miércoles cerramos el tema. Quieren que estemos allí *in situ*, tienen dudas y no podemos dar explicaciones por teléfono.

— Y el miércoles de vuelta — dije en voz alta, pensando en que no quería estar fuera en Fin de Año.

— Sí, tranquila. Estaremos aquí. Viajaremos en el Ave para que no pases miedo — le sonreí pensando en lo detallista que era.

— Gracias Lucas.

— De nada Beatriz —me miró unos segundos de más — Te paso los detalles del viaje por correo.

Salí de su despacho pensando que pasaría tres noches fuera con Lucas, en Madrid. Me hacía ilusión claro pero a la vez me asustaba. Lucas continuaba casado, aquello no lo debía olvidar, aunque quisiera dejar a su mujer. Yo había decidido no meterme en la cama con ninguno de los dos, bueno, tener sexo, eso de la cama era un eufemismo. Pasar tantas horas con Lucas y además cenas, copas y hotel. Recordé lo vivido en Londres y allí nos contuvimos mucho pero la situación era muy distinta. ¿Qué podía pasar ahora? Nada. Si con Sebas no había ocurrido nada (o casi nada), con Lucas tampoco, ¿eh Bea?

“Ave a las seis de la tarde del domingo 27. Imprime tu billete. Reunión con...” Me explicaba al detalle las horas de las reuniones y qué íbamos a tratar. Lo leí tranquilamente y fui haciendo anotaciones en mi agenda. “...PD. Feliz Noche Buena, que lo disfrutes”

Le mandé otro con una sonrisa.

“Feliz Noche, pórtate bien”

En Noche Buena cenábamos con nuestras familias pero más tarde quedábamos para salir y celebrarlo a lo grande. Ari, Martina y yo salimos de pub en pub por el puerto de Barcelona, bailando, bebiendo y sobretodo pasándolo bien. Habíamos quedado con Alejandro, Marco y sus amigos en una discoteca de moda llena de gente para todos los gustos. Nos esperaban en la entrada, y después de las presentaciones, entramos charlando y riendo. Marco y yo bromeábamos sobre uno de sus amigos, realmente era guapo y tenía un estilo a lo James Dean.

— Lo tenías escondido. — nos miraba y creí que era por Marco.

— Es hetero, preciosa — rió por mi ingenuidad.

— Pues estoy ocupada — dije tontamente.

— ¿Con Sebas mal rollo no? — preguntó preocupado.

Chasqué la lengua como si no me importara y entonces paré en seco. Miré de nuevo hacia el otro lado de la barra para asegurarme de lo que estaban viendo mis ojos. Sebas estaba con una chica morena. Ella le hablaba al oído y él le reía las gracias. Vi como él le colocaba el pelo detrás de la oreja y le decía algo. Ella reía coqueta y después de tanto secreto siguieron hablando. Tragué saliva mientras reanudaba el paso. Una oleada de rabia recorrió mi cuerpo hasta llegar a mi cabeza en forma de pinchazo. Joder, con Sebas. ¿Eso era todo lo que sentía por mí? ¿Dos semanas y si te he visto no me acuerdo?

Ari y Martina captaron mi mirada y ambas buscaron a mí alrededor el motivo hasta que vieron a Sebas. Volví a mirar, no sé por qué, y estaba besándose con aquella tipa. ¡La madre que lo parió! No podía creerlo, en serio. Sebas había decidido olvidarme pero no en su casa y leyendo un libro precisamente, sino volviendo a su vida anterior. Me jodió mucho, y me dolió más porque seguía gustándome aunque estuviéramos cabreados.

— No lo mires más — me exigió Ari.

— Vamos a tomar algo — Martina me llevó hasta la barra y nos pedimos una ronda de chupitos seguida de una de gin-tonic.

Bebí demasiado y rápido, y me subió a la cabeza más de la cuenta. Estuve con ellos, intentando divertirme y bailando, pero no dejé de mirar a Sebas, quien estuvo besuqueándose y tonteando con aquella morena. ¿Por qué no se iba de una vez? No quería verlo pero no podía dejar de mirarlo. Él, en cambio, estaba tan entretenido que ni se había percatado de nuestra presencia.

Martina me arrastró a la pista y bailando se me pasó el mal humor. Bailando y bebiendo. Olvida a Sebas, me iba repitiendo una y otra vez cuando sentí unas manos en mi cintura. Me moví al ritmo de la música dejándome llevar pero esas manos bajaron peligrosamente hacia mis muslos y entonces me aparté. Al girarme vi a David, el amigo guapito de Marco. Le sonreí desde mi borrachera y él debió entender otra cosa porque me acercó hacia él y me hizo bailar junto a su cuerpo, pasando sus manos de mi pelo, a mi espalda hasta mi trasero. Di un respingo hacia delante y noté su erección, joder. Me aparté instintivamente pero el chico era insistente y me apretó de nuevo contra su cuerpo.

— Creo que te lo ha dejado claro — enfoqué bien la vista y vi a ¿Lucas?

Sí, porque aquella era su voz ¿no? O eso o estaba obsesionada con mi jefe.

Me cogió del antebrazo y me separó de David, apartándome hacia un lado. Vi que por allí también rondaba Carlos con Martina.

— ¿Se puede saber qué haces? — me dijo con su voz grave y algo borde.

Miré a mí alrededor y vi a Sebas tonteando con aquella chica. Ella se fue al baño y pasó cerca de mí. Era guapa, no podía mentir aunque mi visión no fuera perfecta.

— ¿Beatriz? — Lucas reclamaba mi atención y le miré sonriendo.

— Intentando que no me metan mano — respondí viendo que Sebas nos miraba fijamente.

— Voy a llevarte a casa — dijo Lucas frunciendo el ceño.

— ¡No! — me solté de él y di un par de pasos pero volvió a atraparme — Lucas, sé cuidarme sola, ¿vale?

— Ya lo he visto.

— No es la primera vez que me quito de encima un baboso — le gruñí.

— ¿Pelea de enamorados? — me giré y me asusté al tener a Sebas tan cerca. Casi a un palmo. Uff, ¿por qué era tan guapo?

— Ni me hables... — le dije entre dientes y le di la espalda para dirigirme a Lucas — Suéltame...

Lucas y Sebas se miraron fijamente.

— Ya la has oído — Sebas le habló con aspereza detrás de mí.

Lucas me dejó el brazo y fui hacia la barra, cabreada con los dos. ¿Podían dejarme en paz de una puta vez? Uno que estaba casado y venía a darme lecciones de moral. El otro que se iba follando a todo lo que tuviera tetas. Joder, ni de fiesta podía salir una. Quizás se pensaban que no sabía quitarme a un maromo de encima. Bah.

— Beatriz — Lucas se plantó a mi lado.

— Si vas a meterme el sermón ya te puedes ir — lo avisé mientras pedía otra copa.

— ¿Qué te ocurre? — preguntó más tranquilo.

— No tengo ganas de hablar.

No tengo ganas de decirte que me jode que Sebas pase de mí. Bebí un buen sorbo pensando aquello y me tambaleé sin poderlo controlar. Uy, si el suelo se movía era mal asunto.

— No deberías beber más. — muy listo el jefe, sí señor.

— ¿Te digo yo lo que tienes que hacer? Ahora mismo me voy a ir a bailar y tú, jefe, te quedas aquí mirando o haciendo lo que te dé la santa gana.

Me encaré a él intimidatoriamente pero Lucas me miró con gravedad.

— Beatriz, no vas a ir a ninguna parte.

— ¿Ah, no? — intenté centrarme en sus ojos pero los veía algo borrosos.

Lucas pasó su mano por mi pelo y sentí flojear.

— ¿De verdad quieres irte? — Sus manos cogieron mi rostro con suavidad y me atrajeron hacia él. ¿Iba a besarme? Esperaba que no porque no podría respirar bien con aquella peana que llevaba y me preocupaba quedarme sin aire.

— No...

— ¿Vas a portarte bien? — preguntó con su media sonrisa.

— Tampoco — reí hasta que sus labios se posaron en mi nariz.

Fue un gesto tan cariñoso que me dejó muda y me senté de nuevo en el taburete, a su lado. Bebí el último trago de golpe y me lamí los labios. Intenté enfocar hacia donde estaba Sebas pero cada vez era más difícil. Seguía con aquella petarda y fijo que se la llevaría a su cama, y no debía ser la primera. ¡Bah! A tomar por culo con Sebas.

— Lucas vamos a bailar — le pedí haciendo morritos.

— Ve tú, yo vigilo que no te metan mano — dijo levantando una ceja.

Joder, que guapo estaba, con su pose de pijo, aquellos ojos verdes que mataban y su camisa blanca que dejaba entrever ese cuerpo atlético. Estaba segura de que debajo de esa ropa había mucho que enseñar. Me acerqué a él abrazando su cintura y me puse entre sus piernas abiertas.

— Beatriz... — me avisó viendo que iba directa a por él.

— Pues bailamos aquí — mi cabeza empezaba a estar demasiado embotada.

Pasé mis manos por su cuello y me colgué de él. Lucas me miraba serio pero sin moverse.

— Vaya Lucas, ahora ponen una de reggaetón — me reí y empecé a moverme sensualmente rozando todo mi cuerpo con el suyo. Por unos segundos pensé que ojalá Sebas nos estuviera viendo.

— Beatriz, para — su tono era serio pero poco convincente, o eso me pareció.

Me pegué a él, bajé mi mano hasta su entrepierna y la toqué. Madre mía, reaccionó inmediatamente a mi caricia y su erección fue automática, como si le hubiera apretado el botón correcto. Cogió mi mano con rapidez y me detuvo mirándome sorprendido.

— Beatriz, estás loca — gruñó excitado.

— Un poquito, pero por ti — usé mis armas de mujer fatal para engatusarlo — Llévame a tu casa. —le pedí caliente (y muy cabreada con Sebas).

— Ni hablar, has bebido más de la cuenta.

— Vamos Lucas, sé lo que me digo.

— Beatriz, no.

— Quiero follarte — le susurré en el oído.

Lucas me miró con los ojos vidriosos y yo hice lo mismo. La chispa estaba encendida entre los dos y aquello era peligroso si ninguno lo detenía.

— Beatriz, sabes cuánto me gustas y lo que me cuesta aguantar las ganas. Voy a llevarte a casa, nada más — dijo rotundo.

La frustración se me quedó en la garganta y no pude ni mandarlo a la mierda. Me sentí rechazada y me marché al baño cabreada como una mona. Menudo imbécil. En parte, me sentí también avergonzada por haberle hablado así, se me había ido la lengua.



— Por mí no te cortes.

— ¿Cómo? — oí una voz pero no supe qué decía exactamente.

Sebas estaba en la entrada del baño cuando yo salía, pensando qué cara ponerle a Lucas. Y repitió su comentario.

— Que por mí no te cortes, puedes seguir rozándote con el jefe.

De brazos cruzados y apoyado en la pared me miraba con superioridad. Que agobio que me gustara tanto.

— Lo mismo te digo — le repliqué en cuanto reaccioné.

— No pensarías que me quedaría en casa llorándote.

— Dudo que llores por nadie — escupí con veneno.

— Por ti no vale la pena — él estaba sereno y yo no; tenía las de perder y reanudé el paso para irme pero noté su mano en la mía — Bea... — trenzó sus dedos con los míos y sentí un hormiguelo en mi interior. Demasiados días sin tener contacto con él.

Nos miramos a los ojos e intenté decirle que lo echaba de menos, mucho. Que odiaba que estuviera con otra que no fuera yo. Que volviera a mi vida. Que quería tenerlo entre mis brazos. Que añoraba su boca mullida sobre la mía. Y miré esos labios que ahora besaban a otra y él se los mordió, con un gesto de resignación y me soltó la mano. Me sentí abandonada, literalmente.

— Ve, te espera Lucas — volvió a apoyarse en la pared mirando sus zapatos. Supuse que él esperaba a la morena esa y me fui antes de que saliera y tuviera que ver su cara de...guarra.

Tragué saliva, lágrimas y una gran impotencia.

— Me voy — le dije a Lucas sin dejarle reaccionar.

Me despedí de los demás, a los que logré encontrar, porque estábamos algo desperdigados, y salí con la intención de coger un taxi. Hacía un frío de cojones pero anduve con determinación, aunque no recta, eso seguro. Y me dirigí a la parada de taxis para esperar a que llegara alguno a rescatarme. Lucas apareció de repente en su Mercedes negro, como en las películas, pero no bajó su ventanilla y me dijo con una sonrisa ¿subes?, sino que aparcó allí mismo y me rogó que subiera. Al final accedí y al entrar en el coche, vi como

Sebas salía de la discoteca cogido de la mano de aquella chica. Me repateó el estómago ver sus manos entrelazadas y pensé que nada más llegar al piso me iba a tirar a Lucas.

Hora de la pernicia.

## Anastasia

Cerré los ojos durante todo el camino porque estaba mareada; empezaba a olvidar trocitos de aquella noche y eso era muy mala señal. Menudo final de Noche buena, como si tuviera veinte años, igual. Celosa por Sebas y zorreando con mi jefe. Perfecto Bea.

Lucas había tumbado mi asiento y conducía con mucha suavidad. Al principio iba preguntándome si me encontraba bien hasta que vio que me había quedado totalmente sobada. Me despertó al cogerme en brazos y me dio la risa al verme en aquella situación.

— Lucas, eres mi príncipe azul — balbuceé sin apenas abrir los ojos.

Menudo pedo había cogido al final.

— No hables — me ordenó exigente.

— Me pones cuando me hablas así, Grey — le dije riendo.

Lucas me miró medio sonriendo.

— ¿Dónde tienes las llaves?

— No sé. Busca — le di mi pequeño bolso.

Me dejó en el suelo, pero no dejó mi cintura por si perdía el equilibrio. Encontró las llaves y entramos en el portal andando abrazados hasta el ascensor.

— Número... tres. — Enfoqué mucho la vista para ver si era un tres o un ocho, “tócate el chocho”, que diría Martina. Pero una luz en mi cerebro me recordó que el edificio solo tenía seis plantas. Un tres, pues.

— Lo sé.

Pero yo lo dije porque el ascensor estaba en el tercero, con lo cual pensé que Sebas había llegado antes que yo con la zorra aquella. Que los follen, pensé dolida.

Al llegar a mi piso, Lucas abrió y me hizo pasar, mientras yo iba a lo mío.

— Grey le hace una trenza y la usa para tirar de ella, ¿te imaginas? ¿Tú

sabes hacer trenzas?

Lucas iba escuchando y medio sonriendo. Me senté en el sofá y todo empezó a darme vueltas de nuevo.

— Creo que he bebido un poco.

— Creo que sí. ¿Te llevo a la cama o puedes ir sola?

— Sí... — Lucas me cogió de nuevo por la cintura y me llevo a mi habitación.

Vi su expresión dulce y me colgué de su cuello. Me miró sonriendo.

— Lucas me encantan tus ojos... tu pelo... tu boca y estoy segura de que si me quitaras la ropa lo harías con los dientes — lo dije todo seguido, como si fuera un estribillo que me supiera de memoria y al final expiré cansada, casi sin fuerzas para más.

Lucas me abrazó y nos quedamos unos segundos así. Me apoyé en su pecho e inspiré ese aroma tan conocido. Pensé en Londres, en su sonrisa cara de ver, en su modo educado de tratarme...

Cuando nos separamos, me dejé caer en la cama, agotada y sin quitarme la ropa. Noté que Lucas me arropaba y me daba un beso en la mejilla.

Al despertar tenía un dolor de cabeza de mil demonios, madre mía. Fui al baño corriendo porque no me aguantaba y cuando oí ruido en mi cocina, se me cortó el pis. Miré con sigilo y suspiré aliviada cuando vi a Lucas trajinando con el café. Corrí en silencio al retrete, me lavé los dientes con ansia y me miré en el espejo: con ojeras, pálida y con el maquillaje en plan Batman, monísima. Me lavé a conciencia y me di una ducha para quitarme ese olor a ginebra que tenía encima. Al salir, Lucas me esperaba recostado en la mesa, mirando las fotos de la nevera, y con mi café cargado y calentito.

— Buenos días, supongo.

— Buenos días Beatriz — me dio la taza y se lo agradecí.

Lo tomé despacio y en silencio.

— ¿Me pasé mucho ayer? —le pregunté recordando poco del final de la

noche.

— Apenas — dijo en plan irónico.

— Vamos Lucas, estás en mi piso, ¿por qué no te has ido? ¿No haríamos algo, no? — añadí esperando su respuesta.

— Te hice una trenza y te lo hice como Grey, ¿no lo recuerdas?

Lo miré con los ojos abiertos y sonreí por su broma. Recordé que yo había hablado algo del famoso libro.

— Estabas un poco tocada Beatriz, y he preferido quedarme, por si me necesitabas. Sé lo malo que es el alcohol. — supuse que hacía referencia a sus vivencias en Estados Unidos junto con aquella actriz

— ¿Has dormido en el sofá? — pregunté cambiando de tema.

— Si lo quieres llamar dormir.

Dejó la taza en mi lavavajillas y verlo moverse en mi cocina con esa soltura me gustó. Lucas me gustaba.

— Y aparte de hablarte de sexo, ¿algo más? — Mi tono de preocupación venía porque no me acordaba de demasiadas cosas.

— Ya irás recordando. — Él siempre tan parlanchín.

Y tal cual. Porque entonces me acordé de que le había pedido que me follara y él se negó. Madre mía..., no dije nada, e hice ver que aquello no había ocurrido.

— Sí, seguro — dije dejando mi taza también.

— Nos vemos el domingo — Lucas recogió su chaqueta de la silla y se dirigió a la puerta. — Tengo que irme, hoy toca comida de Navidad.

Lo acompañé observando su cuerpazo.

— Gracias por cuidar de mí — le dije algo avergonzada.

— Ha sido un placer — dijo con su media sonrisa.

Me puse de puntitas y le besé en la mejilla.

— No comas mucho — le dije sonriendo.

— Y tú no bebas — sus ojos sonreían pero su tono era duro.

— Seré buena.

— Déjame que lo dude.

Le saqué la lengua y Lucas sonrió de verdad. Me encantaba verlo con su preciosa sonrisa. Cerré la puerta pero al segundo unos golpes en la puerta me sobresaltaron. Era Lucas de nuevo. Le abrí sonriendo pero no me dio tiempo a decirle nada. Me cogió de la cintura entrando en mi piso y me apoyó en la pared, cuerpo con cuerpo, y su boca muy cerca de la mía.

— Se me olvidaba algo. — Su voz grave era tan sexi.

— ¿El qué? — miraba mis labios y pensé que iba a besarme.

Pero Lucas me giró hacia la pared y cogió mis manos dejándolas por encima de mi cabeza.

— No te muevas — ordenó en mi oído izquierdo mientras retiraba sus manos de las mías.

La posición era la de alguien que iba a ser cacheado y sentí un cosquilleo en mi cuerpo. ¿Qué quería Lucas?

Noté sus manos en mi pelo y al segundo entendí qué estaba haciendo. Sus dedos ágiles y rápidos me trenzaron el pelo y me quedé con la boca abierta. Puso la trenza por mi lado derecho y me la mostró.

— ¿Qué te parece? — Su voz sensual me envolvió.

Tiró un poco de la trenza y así logró que le ofreciera mi cuello. Posó sus labios y me dejó temblando. Sentí que me derretía con su contacto.

— ¿Quieres ser mi Anastasia? — Madre mía... — No tengo ninguna habitación del dolor pero podemos ir improvisando — Lucas debía ser de los pocos hombres que se había leído aquel libro y me quedé muda ante sus palabras.

Me hizo voltearme hacia él y observó mis mejillas sonrojadas. Con su media sonrisa me cogió de la cintura y me acercó a él.

— No vayas provocando Beatriz o quizás un día no responda.

Besó mi boca con deseo y yo le correspondí con las mismas ganas. Aquella

situación me había excitado muchísimo y más con él, tan guapo, tan serio, tan sexi... Noté su erección y quise acercarme más pero Lucas se retiró.

— Recuerda tu objetivo Beatriz — dijo en mi boca.

— Soy amnésica — le dije mordisqueando su labio.

Lucas rió en mis labios y aquella carcajada tan cercana me llegó. Lo miré sonriente y feliz.

— Debo irme — nos separamos muy a mí pesar y esta vez sí, se fue.

Me dejé caer en el sofá, tirada, perdida, excitada a más no poder, pensando en Lucas y en lo oscuro y sexi que era. Me toqué el pelo y sonreí por su ocurrencia. Era increíble estar con él, seguro que tenía todo un repertorio de secretos en esa cabeza. Además de estar tan bueno era excitante estar a su lado. Joder, si solo haciéndome esa trenza me había puesto a mil, ¿cómo debía ser sintiéndolo dentro de mí?

Ay Dios...

## **Madre solo hay una, mamá va por ti**

Cuando se me pasó el sofoco por la escenita de Grey, me preparé y me vestí para la comida de Navidad en casa de mi padre.

Cuando llegué allí, ya estaba mi hermano Rubén con su nueva conquista; Mamen, una chica alta, delgada, con el pelo rizado y que llevaba unos vestidos que me encantaban. Tenía mucho estilo y era abogada, como Sebas. Llevaban juntos unos nueve meses y eso era todo un récord en mi hermano.

Nuestra comida de Navidad era siempre muy íntima. Desde que había muerto mi madre, mi padre no había querido asistir a ninguna cena familiar ni celebrarlo en casa con tíos y primos. Año tras año, fuimos recuperando la normalidad y con Sofía en casa, mi padre se animó a volver a vestir la gran mesa del salón pero solo con nosotros cuatro, y nuestras respectivas parejas, si es que las teníamos.

En los dos últimos años, además, invitaba a tomar el café y la copa a algunos de sus amigos más íntimos junto a su familia y el tema se alargaba bastante. Yo me quedaba con ellos hasta que se iban porque ver a mi padre feliz en aquellos días era como un regalo para mí. Él amaba profundamente a mi madre y perderla a causa de un cáncer de hígado fue muy doloroso. Creí que no lo vería sonreír de nuevo y por suerte se adaptó, como el resto de nosotros. No nos quedó otra aunque siempre pensábamos en ella y siempre estaba ahí.

La comida fue amena y Mamen me caía genial, así que aun siendo solo cinco en aquella mesa, el parloteo no cesó ni un segundo. Rubén era también parlanchín y además gracioso, nos tenía riendo a menudo. Yo lo adoraba, la verdad. Además de guapo, porque lo era y mucho, era listo, divertido y muy generoso. Entendía que Mamen lo mirara con ojos de enamorada pero lo que no me esperaba era que él también la mirara del mismo modo. Rubén era un poco como Sebas; iba de flor en flor y no quería comprometerse demasiado, porque decía que le daba mucha pereza conocer a alguien y tener que estar pendiente. Por lo visto, con Mamen había desaparecido esa “pereza” y yo estaba alucinada.

Hacia las cinco de la tarde, me puse en la cocina con Sofía para ayudarle a



recoger un poco. La mujer de mi padre no me caía del todo bien pero tenía que reconocer que en esos días yo le estaba agradecida por hacer que mi padre disfrutara de la Navidad.

— Ya deben estar al caer los amigos de tu padre — dijo animada y preparando turrónes y demás.

— ¿Vienen los Franch?

— Sí, los Franch, los Barceló y los Ferrer.

— ¿Los Ferrer?

Sonó el timbre y Sofía no me respondió porque salió corriendo a atender a sus invitados. Hacer de anfitriona le encantaba; había nacido para la vida social. Oí voces, risas y saludos y seguí a lo mío, pensando que no sería Sebas porque si no mi padre me lo hubiera dicho durante la comida.

— ¿Te ayudo? — joder, que no...

Me giré y lo vi apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos de unos pantalones de pinzas grises, camisa de rayas verdes y corbata a juego. Madre mía, ¿por qué me gustaba tanto su aspecto?

— No, gracias, ahora voy — me volví para terminar de secar los platos.

— Que bonita coincidencia, no quería venir pero mi padre me ha estirado de la oreja — su tono irónico me sacó una sonrisa pero me acordé de la noche pasada y se me pasó la alegría al segundo.

— No tenía ni idea de que vendrías, tenía tantas ganas de verte como tú a mí.

— Sí, ya imagino.

— De todo modos, hay más gente, no hace falta que me hables.

— Venía a preguntarte qué tal tu noche con Lucas.

Se me resbaló el plato de las manos al escucharlo y casi lo rompo pero lo atrapé al vuelo.

— Mierda... — dejé el plato y coloqué el trapo en su sitio.

No iba a responder a eso, no iba a caer en su juegucito de a ver quién había pasado mejor noche. No me interesaba nada saber lo bien que se lo había

pasado con la morena aquella.

Fui hacia la puerta, con la intención de ignorarlo pero puso su brazo cortándome el paso, y me hizo frenar. Miré su brazo musculoso y pensé cuantas veces me había abrazado con él... y a cuantas más, claro.

— ¿Qué quieres saber exactamente? — le miré con rabia.

— Todo.

— No es de tu interés.

— Lo es.

Miré su boca perfecta sin querer y pensé cuantas veces la había besado. Mi mirada se clavó en la suya de nuevo.

— Te equivocas. Déjame pasar por favor.

Sebas bajó el brazo y me siguió hasta el salón, donde saludé al resto de gente. Sofía había preparado bebidas para todos los gustos y me serví un licor de melocotón.

Paula me saludó efusivamente y junto a Mamen estuvimos charlando del nuevo puesto de trabajo de la hermana de Sebas en un periódico nacional.

Sebas estaba junto a su padre y al mío, charlando animadamente. No pude no mirarlo alguna que otra vez y nuestras miradas fueron coincidiendo inevitablemente. Con lo puteada que me sentía por él, porque verlo besando a otra me había dolido de verdad, y aun tenía ganas de mirar esos ojos. O estaba colada o era imbécil, no había otra opción. Y quise creer que era la primera, claro.

Seguidamente pensé en Lucas y en nuestro próximo viaje a Madrid. Eso iba a separarme más de él, lo sabía, pero quizás era lo mejor para mí. Él mismo me había dejado claro que quería desaparecer de mi vida y no había tardado nada en encontrar compañía.

Al cabo de una hora de charla, risas y confidencias con Mamen y Paula, se me acercó el padre de Sebas. Era alto, elegante y de buen ver.

— Ya me ha contado tu padre que eres vecina de Sebastián — me dijo con una sonrisa muy parecida a la de su hijo.

— Puerta con puerta — le dije amablemente.

— Te pareces mucho a tu madre Bea. En el cuadro, el del otro salón, sois iguales.

— Sí, lo sé — le dije recordándola.

— Era una buena mujer. Y muy cabezota. Recuerdo cuando...

Y empezó a contarme una anécdota tras otra, y lo reconozco, me quedé encandilada con aquel hombre que me explicaba cosas de mi madre que yo desconocía. Cuando terminó acabamos los dos riendo y yo feliz por saber que mi madre había sido tal y como la recordaba.

— Papá, ¿estás ligando con mi vecina? — bromeó Sebas viendo a su padre reír de aquel modo.

Durante unos segundos vi en sus ojos el cariño que le tenía a su padre.

— No, pero si yo fuera tú, no me lo pensaría dos veces. Perdona Bea, pero tengo la garganta seca.

— ¿Te traigo algo? — le pregunté con una sonrisa de oreja a oreja.

— No, no, ya voy yo. Tú cuídame al vástago.

Se fue hablando con unos y otros. Igualito que su hijo.

— No sé si él se parece a ti o tú a él.

Sebas sonrió viéndolo marchar.

— ¿Qué te contaba?

— Cosas de mi madre — le miré pensando en ella y sentí cierta humedad en los ojos — Dice que me parezco a ella. Ven— cogí la mano de Sebas sin pensarlo dos veces, sin acordarme de que estaba cabreada con él, y lo lleve al salón contiguo.

Le señalé el cuadro de la pared y él lo miró detenidamente. Se giró hacia mí y resiguó mis facciones con sus ojos.

— Vaya... Es cierto.

Sonreí ante lo evidente y porque me sentía orgullosa de llevar un poquito de ella en mí. La quería tanto, me dolía en el alma cuando pensaba en todo lo que

se había perdido de mi vida y de la suya. Lo último que recuerdo haberle dado fueron mis notas de final de curso. Casi todos excelentes y me los había trabajado para ella. Sabía que deseaba lo mejor para mí y quería que se fuera sabiendo que le hacía caso, quería que estuviera orgullosa de su hija pequeña.

Sin darme cuenta, un par de lágrimas saltaron de mis ojos, y cayeron por mis mejillas. Me ocurría cuando pensaba demasiado en ella.

— Eh, nena... — Sebas me abrazó con ternura y apreté mis dientes porque no quería llorar delante de él — Bea...

Su dulce tono y su abrazo me reconfortaron en aquel duro momento y guardé el resto de lágrimas para otro rato, para cuando estuviera sola en mi cama, como solía hacer en muchas ocasiones. Mi madre era algo mío y no solía compartirlo con casi nadie, y menos el llorar por ella. En una ocasión, hablé del tema con Martina, y fue la única vez que lo hicimos. Como si fuera algo tabú. Ella había perdido a un hermano de siete cuando tenía trece años. Fue un duro golpe para todos pero Martina nunca lo supo llevar bien y no quiso hablarlo con nadie jamás. La llevaron a varios psicólogos pero no sacaron nada en claro. Martina me dijo aquel día que estas cosas sólo las podías hablar de verdad con alguien que había vivido algo similar, con alguien que realmente pudiera entender qué significaba ese dolor desgarrador que provocaba el robo de algo que amabas y no se entendía lo miraras por donde lo miraras. Y Martina tenía razón, los “lo siento” o los “me sabe muy mal” no te consolaban, eran palabras vacías y a veces prefería una mirada sincera acompañada de un silencio o un abrazo tierno como el de Ari en su momento.

Y resultó que Sebas hizo algo parecido, me abrazó y no dijo nada más hasta que me vi con fuerzas para levantar la cabeza de su pecho.

— Era preciosa, como tú — susurró mirando mis ojos húmedos mientras me secaba la cara de aquellos dos lagrimones.

Sebas era tan encantador cuando quería, que llegué a olvidar el cabreo que tenía con él. Me quedé fija en ese color avellana de su pupila y él acercó mi rostro al suyo. Rozó su nariz con la mía y sentí su aliento cerca de mi boca.

— Bea... — dijo en un murmullo.

— ¿Qué? — hablé flojo como él.

— No sé qué hacer contigo — tragué saliva porque salivaba más de la cuenta al tenerlo tan cerca de mí.

— Yo tampoco — le dije atontada.

— Te lo dije un día...

— ¿El qué? —lo corté.

— Vas a ser mi perdición — aquel susurro fue casi en mis labios — No sé si besarte o irme corriendo de tu lado.

— Quédate — le pedí sintiendo un calor distinto...

Sebas posó sus labios en los míos, casi como si los acariciara. Pasé mis manos por su cintura y sentí su piel caliente como si fuera algo mío. Fue una sensación extraña; como si al tocarle estuviera en casa.

— Nena... — su tono ronco traspasó mi piel.

Pensé en subir a mi habitación, en llevármelo allí y continuar besándolo durante horas, pero su móvil nos separó. Fue como si despertáramos de un sueño. Sebas miró la pantalla con el ceño fruncido y yo vi el nombre de una tal Sarita. Me miró como si hubiera hecho algo indebido y supe quién era. Mi intuición femenina no solía fallar.

— ¿La de anoche? — me separé un par de pasos de él.

No respondió y apagó el móvil.

— No te cortes por mí — le dije yéndome con un nudo en la garganta.

— Bea, los dos la cagamos ayer — se quejó.

Sí, claro, los dos.

— Vamos a dejarlo Sebas.

Sebas me cogió de la mano y me detuvo.

— Lucas ha pasado la noche en tu piso, lo sé.

— Que buen detective eres — le dije con desdén.

Probablemente había visto su Mercedes fuera o quizás lo había oído irse marchar por la mañana.

— ¿Y Sarita acaso no? ¿O la has echado después del polvo?

— ¿Estás con él?

Me miró serio. El móvil volvió a sonar, seguro que era ella.

— Sí, estamos juntos. — mentí para hacerle daño — Y mañana nos vamos a Madrid, viaje de negocios, ya sabes.

Sebas apretó sus dientes y me soltó la mano. Me fui de allí con rapidez y con sentimientos encontrados. ¿Cómo podíamos pasar de un abrazo tan íntimo a esa explosión de sentimientos? ¿De estar tan bien a hacernos daño?

## De shopping

El sábado me duché y desayuné con rapidez para ir de compras y escoger un vestido para fin de año. Era algo que hacía cada año, como si fuera un ritual, y me gustaba ir sola, paseando por las calles del barrio Gótico, del Portal del Ángel y por las Ramblas.

Al salir coincidí con Sebas y me subió un hormigueo desde los pies. Joder, tenía un efecto en mí que no entendía. Él follándose a otras y yo sin poder quitármelo de la cabeza.

— Buenos días — dijo cerrando su puerta.

— Buenos días — aproveché para mirar lo bien que le quedaban los vaqueros y su chaqueta de motero.

Entramos en el ascensor, saqué el móvil y lo miré como si buscara algo, cuando no era verdad. Salimos en silencio y nos dijimos un simple adiós. Lo vi irse con la moto y suspiré por él. Me gustaba tanto.

Paseando llegué al centro y comenzó la búsqueda del vestido perfecto; aquello suponía una inversión de un mínimo de dos horas. Al final lo encontré: negro con toques de brillantina muy suave, de tirantes, corto y con una torera de manga larga a juego. Perfecto. Al probármelo me quedaba como un guante y lo visualicé con unos zapatos negros clásicos de tacón altísimo que tenía en el armario.

Solo me faltaba la ropa interior porque también estrenaba conjunto cada año nuevo. Manías de una.

Me fui directa a la Perla y comencé a pasear tranquilamente por la tienda. Una chica muy amable me preguntó si deseaba ayuda y le respondí que de momento no, me gustaba comprar a mi aire, no necesitaba asesoramiento y menos en mi ropa interior. Pensando en el vestido vi un conjunto negro y rosa que me encantó. Pedí mi talla y me lo probé. ¡Vaya! Me iba algo justo; me lo recoqué pero nada. Saqué la cabeza por el probador para llamar a la chica y mis ojos se cruzaron con los de Lucas, ¿tenía visiones? No, no, era Lucas quien me miraba igual de sorprendido.

La chica vino inmediatamente y esperé a que me trajera una talla más pensando que mi jefe estaba ahí fuera escogiendo ropa íntima ¿para quién?

Me lo probé y me encantó. Tenía la forma perfecta y ese encaje alrededor era precioso.

Salí del probador y Lucas estaba con la otra chica escogiendo lencería. Imaginé para quién era y no supe ni si saludarle pero él hizo el paso y se acercó a mí disculpándose con la vendedora.

— Beatriz, ¿de compras?

— Pues sí — le dije algo cortada al ver que las chicas nos miraban con interés.

Supongo que querían comprobar quién era yo; ¿la afortunada que recibiría sus regalos? No guapas, no.

— Ya veo que tú también.

— Sí, podrías ayudarme.

Lo miré sorprendida.

— Mis hermanas solo usan esta marca y así sé que acierto seguro. Es el regalo de Reyes —me aclaró.

Así que no era para Lidia...

— Tienen buen gusto —le dije sonriendo, sabía que tenía hermanas gemelas un par de años menores que él — ¿Has visto algo ya?

— Ver sí pero decidirme no — dijo con su media sonrisa.

— Veamos — fui con él para ver qué le gustaba y fuimos descartando conjuntos hasta que nos quedamos con un par para cada una. — Creo que acertarás.

— Lo puede cambiar — le dijo la joven dependienta.

— ¿Y ese? — señaló Lucas en dirección al que yo había elegido para mí.

— Este mismo se lo ha llevado la señorita — dijo la dependienta enseñandoselo a Lucas.

Nos miramos unos segundos y supuse que él me estaba imaginando con él



puesto y yo quise morirme ahí mismo.

Afortunadamente reaccioné con cierta rapidez.

— Ese no les gustará — le dije a Lucas mirando a la dependienta, quien nos observaba con cara de no entender nada porque hasta entonces no parecía que entre nosotros pudiera haber alguna historia de por medio.— La braguita es demasiado pequeña.

Me dio un pisotón y di un saltito, mientras se me escapaba la risa.

— Mejor los otros — dijo Lucas mirando al frente, serio pero con un amago de sonrisa en los labios.

La chica se fue al otro lado, para envolverlos y en cuanto acabó, Lucas pagó y salimos de la tienda. Comenzamos a andar sin rumbo fijo por la ciudad mientras hablábamos.

Me invitó a comer y acepté gustosa. Yo había terminado mis compras y no tenía compromiso alguno, así que fuimos a un restaurante de la zona de Paseo de Gracia, donde se podía tomar unas tapas. A Lucas le apetecía algo ligero y decidimos quedarnos en la barra. Nos pusimos de acuerdo rapidísimo; a él le gustaba todo y a mí no, con lo cual, me dejó escoger lo que quisiera. Charlamos de su vida en el extranjero y le estuve acribillando a preguntas. Él iba respondiendo a su estilo: escueto y corto, mientras íbamos comiendo despacio y sin prisas.

Más tarde quiso acompañarme con el coche y me negué pero era tan cabezón que no me quedó otra. Aparcó en doble fila y puso las luces de emergencia.

— Y mañana en Madrid... bonita ciudad — dije pensando que había estado allí un par de veces.

— Sí, lo es — tenía las manos en el volante y me miraba fijamente.

— ¿Cómo lo vamos a llevar? — le pregunté directa.

Tardó unos segundos en responder; Lucas siempre pensaba antes de hablar.

— Como mejor sepamos. Intentaré no hacerte más trenzas.

Me reí por todo un poco: por los nervios al recordar cómo me había excitado y por su tono bromista.

— En Londres lo teníamos más claro — le dije ya más seria — Tú no querías engañarla.

— Y ahora tampoco quiero, Beatriz. Me gustaría no sentirme tan culpable.

— Entiendo. ¿Hubieras preferido ir solo?

Me miró medio sonriendo.

— ¿Te gusta que te regalen los oídos?

— ¿Y a quién no?

— Prefiero ir contigo, por supuesto.

Me acerqué a su mejilla y le di un beso, como en mi piso, pero Lucas giró la cara y se lo di en los labios. Me volví a reír porque hacer aquello no le pegaba nada.

— Pórtate bien — le dije a modo de despedida.

— Vas a tener que ayudarme — dijo muy sereno.

— ¿Y eso?

— No soy de piedra Beatriz — dijo mirándome con esos ojos verdes increíbles que tenía.

Uff, vale, vale. Yo tampoco. Abrí la puerta y al salir vi a Sebas entrando en el Nostre con su amigo Toni. Lucas sonrió y cerré la puerta. Me quedé mirando su coche mientras se iba y pensando que me gustaba esa serenidad que poseía, ¿era lo que yo quería?

— ¡Bea! — me giré y vi a Marco que me saludaba desde la terraza del Nostre.

Estaba con Alejandro y los saludé a ambos. Miré hacia dentro y no vi a Sebas.

— Está con un colega — me informó Marco haciéndome un guiño.

— No sé de quién me hablas — le dije jugando con él.

— Ari va a venir en nada, ¿te quedas un rato?

Me senté con ellos y al cabo de cinco minutos llegó mi amiga.

— ¿De compras otra vez loca?

— Fin de año, ya sabes —respondí mientras le daba dos besos.

— ¡Y en la Perla, nada menos! — dijo Marco alzando sus cejas.

— Me he encontrado a Lucas allí, estaba comprando unos regalos para sus hermanas — lo dije sin darle importancia.

— Hasta en la sopa te lo encuentras, hija. Y mañana de viaje otra vez con el jefe — comentó Ari con ironía.

— El curro es el curro — le dije haciendo caso omiso de que los tres me miraban expectantes.

— Madrid, la ciudad que nunca duerme — dijo Alejandro en plan romántico.

— He estado un par de veces, es una ciudad con un encanto especial, es verdad — le dije cogiendo mi cerveza. — ¿Y esta? — miré la etiqueta de la botella.

— Es de Holanda, pruébala —me dijo Marco mirándome con atención.

Bebí despacio y la encontré un poco fuerte pero me gustó. Le hice un gesto afirmativo con el dedo.

— Recomendación de tu amigo Sebas — Marco me iba picando y le sonreí.

— Eso de amigo... — de amigos poco últimamente.

— Quien se desea se pelea — soltó Alejandro y nos reímos porque ese dicho era bien infantil.

— Como el perro y el gato, siempre estáis igual — dijo Ari con razón.

— Ya — no quise explicar nada más, ni que habíamos discutido ni que yo le había mentado diciéndole que estaba con Lucas.

Me las ingenié para cambiar de tema y charlamos del fin de año; siempre lo celebrábamos juntas, en casa de alguna, y este año le tocaba a Martina. En esta ocasión vendrían también Carlos, Alejandro y le pedimos a Marco que cenara con nosotros. Él aceptó encantado, como no.

Después de tomar la cerveza fui al baño sabiendo que Sebas estaría por allí. Miré hacia adelante como un soldado para no tropezar con él. Pero al salir me

crucé con su amigo Toni y me detuvo con su pregunta.

— ¿Eres Bea?

— Podría serlo — le dije esperando su respuesta.

— La peligrosa — me dijo sonriendo.

— Ah, Y tú eres Toni, el que no tiene ni idea de nada — a mí me iba a venir con tonterías.

— Ya lo entiendo todo — dijo sin dejar de sonreír.

— ¿De qué hablas? — pregunté mosqueada.

— Entiendo porque Sebas te tiene todo el día en la boca — me miró esperando mi reacción y supongo que le ofrecí lo que esperaba; me quedé pasmada — No entendía porque estaba tan pesado...

Toni entró en el baño con su enorme sonrisa y me fui hacia fuera pero Sebas se puso en mi camino de repente ¡Joder!

— Me vas a matar de un susto — le dije.

— ¿De compras con Lucas ahora? — preguntó irónico.

Supuse que me había visto salir del coche cargada de bolsas pero aunque no tenía por qué darle explicaciones se las di en plan sabionda.

— Preparando el viaje. Nos vamos mañana y tres noches en Madrid dan para mucho, ya sabes, reuniones, cenas, copas y lo que se venga.

Me miró mosqueado y le sostuve la mirada sin cortarme.

— ¿Algún problema?

— No sé qué he visto en ti — gruñó enfadado de verdad.

¿Me había pasado? Vi su mano cerca de la mía y se la rocé. Trenzamos los dedos, como en la discoteca, y nos miramos como si fuéramos a besarnos.

— Sebas — su amigo le tocó el hombro y nos separamos.

Me fui de allí antes de hacer más el ridículo. Sebas se estaba follando a otra y yo cogidita de la mano con él como una imbécil. Pero cuanto menos lo tenía más lo anhelaba y parecía que él tampoco lograba olvidarme. Suspiré hondo y pensé resignada que no me convenía. No había mostrado interés por mí, no

sentía lo que decía, incluso dudaba que supiera amar de verdad.

## Sebas se confiesa

Me retiré pronto porque quería acabar de preparar la maleta. En Madrid hacía mucho frío, el clima era más seco pero había que taparse hasta las cejas. Preparé mi ropa de trabajo y otra más cómoda por si salíamos a dar algún paseo.

Vaya, ya me veía con Lucas por la ciudad, charlando, como una pareja normal y corriente. Bueno, no era así porque él estaba casado y porque yo seguía sin saber qué quería. Aunque Sebas estaba descartado, porque él mismo lo había querido, no tenía claro si Lucas era el hombre de mi vida.

¿Qué necesitaba para saberlo? Había atracción, me gustaba como persona, era guapo a rabiar y no había catado el sexo con él pero estaba segura de que me enseñaría un par de cosas. Parecía experimentado y maduro, no sé, me atraía esa parte de él. Y lo que podía parecer soso y callado, él lo convertía en algo enigmático. Era una persona elegante, que sabía estar en cualquier lugar. Le costaba mucho reír pero cuando lo hacía, sabías que era de verdad. Ay, no me entendía porque Lucas era casi perfecto, ¿no? La pega era que estaba casado y la pega era que yo no quería comparaciones con ella. Creo que ese tonto ya me estaba bien pero ir a más me acojonaba. Lucas no era un chiquillo que no tuviera las cosas claras, no era como yo en ese sentido. Y a veces me sentía pequeña a su lado.

Lucas no preguntaba por Sebas, no me reclamaba ni nunca se ponía a la defensiva. En su día me dijo que me aclarara y poco más. Supongo que confiaba en que era lo que yo estaba haciendo aunque si supiera de mis toqueteos con el vecino...

Llamaron a la puerta y por la mirilla vi a Sebas. No tenía ganas de discutir con él.

— ¿Qué quieres? — le dije tras la puerta.

— Abre por favor — su tono pausado me indicó que venía en son de paz y abrí dejando que entrara. — ¿Podemos hablar?

Fui hacia la cocina y me siguió hasta allí. Cogí dos cervezas y después de abrirlas le pasé una, sin preguntarle. Se quedó apoyado en la mesa mirándome

y yo hice lo mismo durante unos segundos: llevaba sus vaqueros algo rotos y una camiseta negra que le marcaba pecho y abdomen. Dejé de admirar su cuerpo y bebimos ambos a la vez, en silencio.

— Tú dirás — le dije apoyándome en la encimera.

— ¿Desde cuándo sabes lo del viaje ese?

— Desde antes de ayer, ¿por?

— Vais solos — afirmó con voz grave.

— Si quieres venir — le dije tomando un trago y me miró con mala cara — Puedes traer alguna de tus zorras.

— Bea, si estás con él, ¿Por qué juegas conmigo? — ignoró mi comentario al completo.

— ¿A qué te refieres?

— En casa de tu padre y hoy en el bar.

No jugaba con él pero...

— ¿Te gusta tenernos detrás como perros? ¿Es eso? — Sus palabras eran duras pero Sebas seguía estando tranquilo y no quise ponerme nerviosa ni gritarle otra vez.

— Que yo sepa tú has desaparecido de mi vida, o eso me dijiste. — Y se estaba follando a otra.

Se pasó la mano por su barba de tres días y me clavó sus ojos.

— No quiero estar con alguien como tú — aquello me dolió bastante.

Lo dijo con calma y sin aspavientos. Aquello no era una frase que salía de un calentón. Era una frase pensada.

— Alguien como yo — repetí para mí.

— Lo cierto es que no quiero estar con nadie.

Lo miré sorprendida.

— No quiero una relación. — añadió.

Ah, pues perfecto.

— Muy bien — le dije con resquemor sintiendo que todo lo que había pensado de él al final era verdad. — ¿Y has venido para decirme eso?

— Quería cerrar esto.

“Esto”, Sebas y yo éramos un simple “esto”. Me estaba poniendo de mala leche y no quería ser la primera en saltar porque era capaz de morderle la yugular. Bebí de la cerveza mientras pensaba e intentaba morderme la lengua mentalmente. Bea, relájate.

— Somos vecinos de puerta y no me apetece estar tan tenso contigo.

— Que tierno te pones en Navidad — me burlé porque no podía más.

Me estaba superando verlo tan sereno mientras me decía todo aquello. Joder.

— Pues ya está Sebas, ya puedes salir de caza con la conciencia tranquila — empezaba a encenderme.

— No lo dudes — añadió mientras dejaba la cerveza en la mesa y se iba.

— Le daré recuerdos a Lucas de tu parte — le dije con malicia.

Sebas se acercó mirándome enfadado.

— Bea, no te pases — su voz áspera no me agradó.

— Me paso lo que me da la gana, ¿o es que tú no lo haces? No tienes ni idea de lo que sentí al verte morreándote con otra...

— No, no tengo ni idea porque parece que no te importa.

— No sabes nada — le gruñí cabreada.

— Sé que te has acostado con él cuando a mí me lo has negado, te he visto como le miras y sé que ya has elegido. ¿Qué más tengo que saber? ¿Qué te gusta que te vaya detrás y así poder joderme la vida? — me habló tan cerca que tuve que echarme hacia atrás.

— ¡¡Tú te has acostado con otra, yo no!! — le grité.

— ¡Vuelves a mentirme, joder Bea! ¡Ya vale!

No le había negado hasta entonces que me había acostado con Lucas y le había dicho que estaba con él. ¿Qué esperaba de Sebas?

Le di la espalda y junté mis manos tocándome la frente. Basta, Bea. Sebas no



me convenía y lo sabía. Me lo había dejado claro hacia un par de minutos.

— Vete — le pedí más calmada y en un susurró — No quiero más gritos.

— Perdona — dijo en el mismo tono que yo.

Noté sus manos en mis brazos.

— Bea, no he venido a pelear contigo.

No, había venido a algo peor. A decirme que realmente era alguien en quien no se podía confiar, alguien con quien no podía planear un futuro, alguien a quien no le iban las relaciones. Se había encaprichado de mí pero no lo suficiente.

Sebas se fue sin decir nada más cuando le volví a pedir que marchara. No hubo pelea, ni más gritos ni un beso final apasionado.

Esta vez me había quedado claro: Sebas no era para mí.

Aquella noche dormí fatal, lógicamente, no dejaba de rememorar momentos con él, palabras, situaciones, caricias, besos y demás. No podía entender que para Sebas aquello no significara nada ¿Y yo? ¿Qué quería con él?

Me encantaba su manera de hablar descarada, su naturalidad, sus mimos, lo cariñoso que podía ser, sus besos suaves, su risa contagiosa, sus ojos cautivadores, aquel pelo revuelto, su cuerpo diez, su sonrisa permanente y su voz grave. Y el sexo...qué decir del sexo con él, no había habido ni una vez que fuera igual, uff, y en todas las ocasiones me había vuelto loca de placer.

Sentía algo por él, era innegable, y me dolía saber que no era correspondida. Sebas debía comportarse de ese modo con todas y yo era un más. ¿Por qué había llegado a pensar que no? Por sus abrazos y sus palabras, pero ¿quién no me decía que aquello no eran más que artimañas de un buen seductor?

Me levanté con ganas de que fueran las seis de la tarde e irme a Madrid, así lo perdería de vista unos días. Terminé de preparar mis cosas y entonces llamaron al piso. No me dio tiempo de preguntar por el telefonillo.

— Soy yo tonto, Sara — casi se me cae el aparato y lo cogí al vuelo.

— Si buscas a Sebas, es el tercero B — quería confirmar que era ella, aunque vamos, no me hacían falta más pruebas.

— Ay, gracias y perdona. — Y entonces oí que llamaba a mi vecino.

Mucho había tardado en volver a quedar con ella y eso que no solía repetir.

No quise ni mirar ni ver la sonrisa de Sebas al saludarla ni saber si también la recibiría semidesnudo. Me quedé quieta oyendo cómo subía el ascensor. Oí sus voces al saludarse y la puerta cerrarse.

Y ahora se la follará.

Me dejé caer en el suelo y me senté con la cabeza entre mis rodillas. Mierda, mierda. ¿Qué me pasaba? Los celos me mataban, eso me pasaba. Sentí un ardor en el estómago terrible. Me dieron ganas de ir a su piso pero me contuve. No había nada que reprochar ni nada que decir. Nuestra historia había terminado.

Pero no me lo podía creer y me jodía un montón que aquella fuera la que lo besara, la que estuviera entre sus brazos, la que recibiera sus caricias. Dios, menudo asco.

¿Y si me había venido con esa milonga de que no quería una relación con nadie porque se había pillado de Sara? No, Sebas no era así. Hubiera sido claro y me lo hubiera dicho. Además apenas se conocían o eso creía yo. Porque por lo visto no era un polvo de una noche.

Madre mía, solo de imaginármelo tocando a esa y haciéndolo con ella, me daban ganas de liarme a patadas con la pared.

Por un momento pensé que en parte me estaba dando de mi medicina; yo había hecho algo parecido aunque no de esa manera tan fría. No había tenido sexo con Lucas pero eso él no lo sabía y probablemente también le había jodido. Me había dicho no hacia tanto que me esperaría y que quería oír que deseaba estar con él y solo con él.

Estuve por el piso dando vueltas como una leona, esperando que aquella chica se fuera de allí pero pasaron un par de horas y nada. Seguía con él. Cuando ya no pude más llamé a Ari, cogí mi maleta y me fui a verla hasta la hora de coger el tren. Me estaba asfixiando en mi piso.

Mi amiga, nada más verme, supo que me ocurría algo. Como siempre, me desfogue con ella y como siempre se puso de mi lado aunque dudó de las palabras de Sebas.

— Sebas está colado por ti, eso lo vemos todos.

— Está colado por todas, mira que aburrido debe estar ahora — puse cara de asco.

— Eso es un mecanismo de defensa, Bea.

— No lo justifiques — le dije enfadada con el mundo.

— No creo que esa chica le importe, Sebas es así, él mismo te lo ha dicho. Pero eso de que no quiere estar contigo... creo que le has forzado a decir eso.

La miré, pensando en ello.

— Le dijiste que estabas con Lucas, es un tío con orgullo Bea. Un tío guapo, listo y que no tiene que rogar al sexo femenino nunca. Y tú les estás rompiendo los esquemas.

— ¿Eso crees? Porque yo solo veo un tío que le gusta más follarse que a un tonto un lápiz. Además Ari, siempre lo he pensado, en el fondo lo sabía; Sebas no quiere comprometerse.

— Pues cuando os veo juntos no me lo parece — dijo alzando sus hombros — Veo a un chico que le gustas de verdad, qué quieres que te diga.

— Nada, si da igual.

— No te da igual, Bea.

Suspiré y me recosté en su sofá.

— Menuda mierda...

— Con Lucas no te pusiste así; cuando lo viste con su mujer. — Ari me miró abriendo los ojos.

— Es diferente, no tiene nada que ver. Sebas se está follando a esa tía en mis narices y eso me repatea.

— Y sientes algo por él.

— Claro.

— ¿Y por Lucas?

— También. — No tuve que pensarlo, era así.

— No puede ser Bea.

— No puede ser pero es.

— Joder, si lo veo en una peli no me lo trago.

— No estoy enamorada Ari, pero me gustan los dos y me atraen, y yo que sé. Me gustan tanto que me da igual que uno sea un putón y el otro un tío casado. Fíjate que bien voy por la vida.

— Bueno Bea, si se puede follar con dos o más a la vez, igual también se puede querer a dos personas.

La miré pensativa. No, eso sí que no. Negué con la cabeza.

— ¿Por qué no? ¿Quién lo dice? Si tienes la oportunidad de ir conociendo a dos personas, ¿por qué no puedes quererlas por igual?

— No Ari, por ahí, no paso. Si quieres a alguien debe ser algo exclusivo. No puede ser.

— Supongo que no o que al final acabarías prefiriendo a alguno de los dos, por el motivo que fuera.

— A mí me gustan los dos y la relación con cada uno de ellos es distinta, pero no estoy enamorada.

— Y en cambio Alejandro dice que sí — me miró sonriendo y alcé las cejas.

— Pues probablemente sería la opción equivocada.

— Ahora dices eso porque Sebas está con aquel zorrón pero me negarás que cuando estás con él.... Sonrías mucho Bea, solo hay que verte.

— Ya...

Por mucho que lo hablara con Ari, con Martina o conmigo misma, no salía del embrollo. No tenía nada caro. No sabía qué hacer con mi vida. Y solo me faltaba pasar unos días con el jefe, para acabar de rematarlo.

## Beautyyyyyyy

Antes de la seis, estábamos Lucas y yo en la estación y aprovechamos para hacer un café mientras esperábamos.

Vestido con pantalones de pinzas y una camisa azul claro, estaba igual de elegante que con traje. Allá por donde íbamos, las mujeres lo miraban porque impresionaba.

— Oye Lucas, que pesado que todas te miren ¿no?

Tomó un sorbo del café y me miró por encima de la taza con sus ojazos verdes.

— Beatriz — dejó la taza y paso su lengua por los labios, demasiado despacio — ¿Es pesado para ti?

— ¿Qué te miren?

— No, que te miren a ti — dijo cruzando sus manos.

Estaba segura de que Lucas en otra vida había sido marqués o conde o de la alta nobleza, con esa pose que tenía.

— A mí no me miran así — le dije sonriendo.

Alzó las cejas un par de veces y me indicó con el dedo que me acercara.

— En la mesa de al lado hay una pareja y él no deja de mirarte. Tres mesas más allá hay un hombre leyendo el periódico y va echándote miraditas. Hacia la izquierda hay tres hombres trajeados que han hablado de ti. ¿Sigo?

Miré, sin poderlo evitar, hacia aquellas mesas que decía. Y lo había descrito tal cual. Lo miré asombrada.

— Puedo seguir, hay más.

— Menudo control — le dije pensando que yo ni me había percatado de quién teníamos al lado.

— Es de formación profesional, siempre voy al detalle.

— Ya veo — volví a mirar hacia aquellas mesas pensando que Lucas debía poseer un gen femenino para tener esa capacidad de observación — Entonces, también debes saber quién te mira a ti.

— Apenas, no me interesa — dijo cogiendo de nuevo el café. — La cuestión es a quien miro yo.

Me miró fijamente y me puso nerviosa.

— Y a quien miras tú, claro.

— Claro — le dije tomando un sorbo del mío.

— ¿Debo preocuparme por algo?

No sabía a qué se refería la verdad porque justamente en ese momento Sebas estaba más lejos de mí que nunca.

— ¿Hablas de Sebas? — no respondió — Sebas está con otra chica, bueno, con muchas supongo.

— Ajá — su mutismo me incomodaba.

— ¿Qué? Habla claro Lucas — le pedí algo agitada.

— No tengo nada que decir de él — no le creí porque estaba segura que tenía su propia teoría.

— ¿Ni que te alegra saber que Sebas pasa de mí?

Me miró largamente y suspiró.

— Lucas, eres un libro abierto — le solté sarcásticamente.

— A ver, Beatriz, si me dijeras que Lucas se ha alistado al ejército de los Estados Unidos, quizás podría alegrarme. O que se ha metido a misionero y se ha largado a Chiapas. Pero eso que me cuentas no me convence.

Sonreí por sus comentarios.

— Tu vecino sigue ahí — concluyó con su habitual tranquilidad.

— Te equivocas pero vamos, que no quiero hablar más de él.

Lucas me miró con gravedad y yo me escapé para ir al baño.

Cogimos el tren y mientras él leía sus periódicos, yo leía en el Ibook. Viajamos en primera clase, por supuesto, y el tiempo pasó volando. El último tramo del viaje lo hicimos hablando de trabajo y repasando lo más importante de las dos reuniones que tendríamos al día siguiente.

Al llegar, cogimos un taxi que nos llevó al hotel cerca del Palacio Real. Estábamos en el centro de Madrid porque Lucas había pedido que fuera así. Las reuniones se llevarían a cabo en las oficinas de la empresa que quedaban a pocos minutos de la zona.

Nos instalamos en nuestras habitaciones y quedamos para cenar más tarde. Lucas había reservado mesa en El Café de oriente, un restaurante emblemático situado frente al Palacio Real. A las diez menos diez Lucas llamó a mi habitación y le abrí para que pasara mientras terminaba de ponerme los zapatos de tacón.

— Demasiado puntual — le dije sonriendo.

— Así puedo verte diez minutos más — dijo como quien no quiere la cosa mientras iba hacia una de las ventanas.

— Ya casi estoy — le dije yendo hacia el baño para darme el último vistazo.

Bien, estaba lista.

— ¿Nos vamos? — le dije acercándome a él.

Lucas se giró, y me miró de arriba abajo.

— Así no ayudas Beatriz, estás increíble — me cogió de la cintura y sentí vértigo al estar tan cerca de una cama con él.

Nos miramos con deseo, la chispa estaba siempre a punto entre nosotros. Como si nuestros cuerpos nos pidieran a gritos que nos uniéramos de una vez.

— Pero tenemos que ir a cenar — dijo sin soltarme.

Pensé en pasar de la cena pero no, no debíamos liarla más.

— Vamos, jefe — le dije soltándome de su abrazo y cogiendo su mano para ir hacia la puerta.

— No me llames así — dijo en un tono divertido.

Fuimos al restaurante, como una pareja más. La comida era exquisita y el lugar precioso. Lucas me explicó que el edificio era del siglo diecisiete y que antiguamente era un convento de franciscanos. Lo miraba embobada mientras me hablaba en plan profesor. El interior era romántico con unas salas

abovedadas de ladrillo y según Lucas ahí, en la famosa mesa número nueve, solía desayunar el alcalde de Madrid Tierno Galván.

Durante la cena, ambos nos comportamos con mucha formalidad. Aparte de alguna que otra mirada, nadie hubiera dicho que podía haber algo entre nosotros dos.

Durante los postres Lucas recibió una llamada.

— Es Lidia — me dijo — Hola, ¿cómo va eso?

Me fui al baño para dejarlo solo. No tenía ganas de oír según qué cosas. Me retoqué el maquillaje y aproveché para mandar algunos whatsapp. Ari me mandó una foto donde estaban todos tomando una cerveza: Martina, Alejandro, Marco y Sebas. Lo observé con detenimiento y se le veía sonriente y feliz, brindando con su botellín.

“Creo que hoy vamos a pillar una buena. ¿Cómo va por los *madriles*?”, decía Ari más abajo.

“Cenando en un restaurante de lujo, muy bien. Bébete una a mi salud. Cuidado que mañana es lunes”

“Una no, unas cuantas, jajaja. ¡No trabajamos mañana! Así va el país...”

Le mandé un beso y volví a mirar la foto. Estaba tan guapo el idiota de él. En parte me fastidió no estar allí, con ellos.

Volví a la mesa y Lucas estaba despidiéndose de ella.

— Sí, cariño — “cariño”, claro. — Un beso.

Cogí la cucharita y cogí un trozo de tarta, sin hambre ya.

— Perdona Beatriz — se disculpó Lucas y me miró serio — ¿Pasa algo?

Pasaba que quería estar en dos sitios a la vez y con dos tíos a la vez y que Bea solo había una. Y que uno tenía un “cariño” y el otro se follaba a todo lo que se le pusiera a tiro.

— No, estoy cansada — no tenía ganas de hablar.

Lucas no dijo nada más y acabamos de cenar charlando de otros temas. Después dimos un pequeño paseo por el centro viendo las luces de Navidad. Anduvimos por delante del Palacio Real, la Plaza mayor y la Puerta del Sol.



Realmente la noche acompañaba para estar en la calle. No hacía mucho frío y había mucho ambiente, como siempre en Madrid, pero nos fuimos pronto al hotel porque a las siete de la mañana queríamos estar en pie para la primera reunión.

Al llegar a mi habitación nos detuvimos. Puse la tarjeta y la puerta se abrió.

— Buenas noches Beatriz.

Me giré.

— Buenas noches Lucas.

Puso un dedo en mi barbilla y me acercó a su boca. Me besó despacio, saboreándome y cerré los ojos al sentir su ternura. Inesperadamente introdujo su lengua y eso me encendió. Madre mía, me besaba lentamente enredando su lengua con la mía y era agónico. Con su otra mano, me acercó a él, situándola al final de mi espalda. Me pegué a su cuerpo sintiendo un calor tremendo. Me tenía ya revolucionada y solo deseaba que entrara en mi habitación y me hiciera suya de una vez por todas. Pero Lucas supo contenerse, como en muchas otras ocasiones y acabó separando nuestras bocas.

— Que descanses — susurró en mi boca.

— Y tú — respondí aspirando su perfume.

Uff, un día me iba a dar algo con esos cambios bruscos de temperatura. Entré en mi habitación excitada a más no poder. Era tan deseable, tan sensual y tan serio que me ponía como una moto. Era como el fruto prohibido y eso lo hacía aún más apetitoso.

Me desvestí y me puse el pijama, resignada, y comencé a leer aunque a los diez minutos ya estaba casi dormida. Cerré la luz y suspiré antes de quedarme dormida profundamente.

Cuando oí el timbre del móvil, me levanté de golpe, asustada, y lo cogí inmediatamente. En la pantalla salía el nombre de Sebas y le di al botoncito verde mirando la hora qué era: ¡las cuatro de la mañana!

— Beautyyyyyy — Sebas susurraba y no se oía ningún ruido más.

— ¿Qué haces llamándome a estas horas? — le pregunté en voz baja, en el

hotel reinaba un silencio absoluto. ¿Le pasaría algo?

— Nada, quería saber qué hacías — iba bebido, estaba clarísimo.

— ¿Tú qué crees que estaba haciendo a las cuatro? — le pregunté mosqueada y pensando que era la primera vez que le oía borracho.

— ¿Está contigo? — siguió hablando igual de flojo y me pregunté el porqué.

— Estoy sola, ¿y tú por qué hablas así?

— ¿Axí, cóooomo?

Menudo pedo había cogido el amigo.

— ¿Por qué hablas en susurros?

— Ah, exo. Estoy en el baño y Sara está ahí durmiendo.

La madre que lo parió. Menudo gilipollas. Le colgué al segundo, por supuesto. ¿De qué iba? Volvió a llamar y miré la pantalla pensando en contestar o no. Este se iba a enterar...

— No me cuelguesssss Beautyyyyy — oí un golpe y a Sebas reír — Ay, la puta, me he caído un poco.

No pude no sonreír al imaginármelo hasta que volví a pensar que a pocos metros de él estaba Sara.

— ¿Sebas, para qué cojones me llamas?

— Te exaba de menos — su voz grave en un susurró y borracho era igual de atractiva que siempre.

— ¿Me estás diciendo que te has follado a Sara y me echas de menos?

— Sssí, ¿tendré que ir al psicólogo?

— Yo alucino contigo — le dije mosqueada porque aquello era el colmo.

— Nena, creo que te necesssssito — me quedé muda. Dicen que los niños y los borrachos no mienten. — Despuésss de tí, ya no hay polvo que valga. Essss una mierda ¿sabes? Porque lo hago pero no es lo mismooo.

— No me des detalles, Sebas — le pedí mordiendo mis labios. Me gustaba y me jodía lo que oía, todo a la vez.

— Joder Bea, creo que he bebido un poco. — oí que inspiraba fuerte y pensé que iba a vomitar por teléfono — Ya está.

— Será mejor que vayas a la cama — le dije secamente, pensando que no estaba en condiciones de hablar.

— ¿A la tuyaaa? Si estuvieras aquí, te juro que entraría rompiendo tu puerta. Bea, tú eres para mí.

Sentí un escalofrío al oírle hablar de ese modo, aunque fuera bebido.

— No dejo de pensssar en ti, ahí en mi habitación — calló unos segundos y lo oí respirar — Beauty, me tienes jodido. Muyyyyyyy jodido.

— Creo que no sabes ni lo que dices...

— No, no, déjame hablar, ¿sí? Piensso y pienso y no dejo de pensar en tu cuerpo, en tu piel suave, y en cómo me mirass mientras hacemos el amor...

— Se me cortó la respiración al recordarlo —...y cómo berras y esos gemiditoss que me tienen majara y me pajeo ¿sabes? Recordándote, muchass veces, sí, pienso y pienso que te hago mía...así Bea te digo...sigue cabalgando...uf joder me duele la polla de pensarlo.

Exclamé y me tapé la boca al oír todo aquello. Pero aún había más, vaya que sí.

— Creo que me voy a tocar contigo ahora, uf — joder, ¿pero qué decía?  
— Bea, me la he sacado y estoy empalmado, pensando que tu boca está en mi polla.

Ufff, cerré los ojos un momento y me lo imaginé en su baño y con su sexo en las manos. Pensando en mí. Ay Dios.

— Sebas... — quise decirle que parara pero empezó a resoplar y escuché el ruido de su mano en su pene. Madre mía.

Quería colgar, en serio, pero no podía.

Y Sebas comenzó a gemir, primero flojo, y después más fuerte, y yo me iba encendiendo, porque parecía una voyeur escuchándolo de ese modo. Apreté mis labios secos y mis piernas a la vez.

— Nena, sí... — su voz ronca y suave me excitó aún más — Bea, Bea, joder, Bea me tienes todo loco...

Oí sus jadeos, sus gemidos y su ímpetu mientras se masturbaba. Ya ni me planteé en colgar y me quedé escuchando, fascinada cómo se aceleraba su respiración hasta llegar al clímax, repitiendo mi nombre una y otra vez.

— Uff, nena... Eres única — me dijo hablando ya fuerte.

— Estás loco Sebas — le dije en un hilo de voz.

— Por ti, no lo olvidesss — dijo riendo.

Supongo que Sebas despertó a su amiga porque oí que llamaba a la puerta preguntando si estaba bien.

— Síii, ya salgo,

Y colgué. Sarita me hizo volver a la realidad. Sebas estaba calzándose a aquella chica y encima tenía el morro de llamarme a las tantas de la madrugada para... para aquello que no tenía ni nombre en mi cabeza.

No podía negar que estaba excitada, mucho, pero eso no significaba que me pareciera bien que Sebas me usara de aquel modo. Me tumbé en la cama y no podía conciliar el sueño. Acabé masturbándome con su nombre en mis labios y cuando terminé pensé que estaba bien jodida con Sebas, me estaba colando de alguien que me llamaba con otra en la cama. Joder, ni a tantos quilómetros me lo quitaba de la cabeza. No dejaba de darle vueltas a esa llamada, a sus palabras y al porqué de que pensara en mí. No era lógico, teniendo a una chica en su cama, que me llamara. ¿Sería cierto lo que opinaba Ari? ¿Qué Sebas realmente quería estar conmigo? ¿Qué todo aquello no era más que un mecanismo de defensa?

## La ciudad que nunca duerme

El sonido del despertador me sacó de mis sueños y maldije en voz baja a Sebas, estaba cansada pero debía levantarme. Me duché y me vestí para la reunión ya que había quedado con Lucas a las ocho para desayunar. Mientras me iba arreglando iba pensando en Sebas, inevitablemente; cada vez se superaba, parecía que no podía llevarme más al límite, y lo hacía, incluso estando tan lejos.

Ante de bajar a desayunar le mandé un mensaje a Ari.

“Ayer, a las cuatro de la madrugada Sebas me llamó”. No me contestó y supuse que estaría durmiendo en brazos de Alejandro.

Procuré dejar de pensar en él y centrarme en el trabajo. Desayuné con Lucas y nos fuimos a *Lerman* para reunirnos con ellos. La primera cita era a las diez de la mañana y, como siempre, Lucas y yo estuvimos impecables, y no era por presumir, pero trabajando éramos como uña y carne y nos complementábamos a la perfección. Lucas no me trataba con la superioridad de jefe y yo le respetaba como tal.

Uno de los cabecillas de *Lerman* no dejó de mirarme en toda la reunión, pero lo ignoré educadamente y no me inmuté. A estas alturas, esas cosas ya no me intimidaban y sentirse observada en mi trabajo era de lo más normal, aunque miraran demasiado. Era un chico alto, joven y guapillo pero nada comparado con Lucas, claro.

Al terminar la reunión, nos invitaron muy amablemente a tomar un café y estuvimos un rato charlando con ellos. Más tarde nos fuimos a comer a una cafetería cercana y Lucas y yo seguimos con el tema trabajo. Después teníamos la segunda reunión y no queríamos tener cabos sueltos o que nos hicieran preguntas que no supiéramos contestar.

La segunda reunión fue igual de amena y aquel jefe, Pablo, siguió con su mirada puesta en mí. Cuando terminamos se las ingenió para que hablara a solas con él, mientras Lucas charlaba con el resto.

— Esto, Beatriz, ¿te apetece tomar algo más tarde?

Lo mire sorprendida por lo directo que era y en parte me recordó a Sebas.

Por cierto, tenía el móvil apagado desde la mañana y no había tenido tiempo ni de mirar si Ari me había respondido.

— Gracias Pablo, pero no quiero dejar solo al jefe, ya sabes — le dije intentando ser educada.

— Podemos ir los tres, no tengo problema — el chico no lo pillaba.

Miré a Lucas y me estaba observando, pero no podía decirle nada porque Pablo tenía puesta su mirada en mí.

— Gracias, en serio pero tenemos trabajo — recogí mi bolso y Pablo puso una mano encima de la mía.

— Beatriz — la voz de Lucas tan cercana me sobresaltó — ¿Nos vamos?

Pablo le sonrió abiertamente mientras retiraba su mano. Lucas me siguió mientras salíamos de allí, interponiéndose entre Pablo y yo.

— ¿Insistente? — preguntó Lucas en el ascensor.

— Un poco — respondí — Gracias.

— Un placer — dijo en mi oído.

Me subió un cosquilleo.

— No hagas eso — le reñí coqueta.

— No sé de qué hablas — su media sonrisa era impresionante y él lo sabía.

Salimos del edificio y cogimos un taxi para regresar al hotel. Durante el recorrido miré el móvil y tenía varios mensajes. Ari y Sebas entre ellos. Abrí primero el de mi amiga, estaba en línea justo en ese momento.

“¿En serio? Cogió un pedal del quince y se tuvo que ir en taxi desde el Puerto, no podía conducir en ese estado”

“¿Se fue solo?”, me extrañaba que Ari no me lo dijera, ella siempre era sincera aunque me doliera.

Esperé unos segundos viendo que escribía.

“Sí, ¿por qué lo dices?”

“Porque estaba con Sara”

Miré un momento a Lucas y vi que seguía enfrascado en sus apuntes.

“¿Qué me dices?”, y puso el emoticono con la cara de espanto.

“Ya te contaré”, le dije mandándole un beso.

Llegamos al hotel y al subir a la habitación abrí el mensaje de Sebas. Temía qué podía leer pero me moría de ganas de saberlo. Lo había escrito a las cinco de la tarde.

“No tengo palabras para disculparme. No sé qué te llegué a decir aunque sí recuerdo qué hice”

¡Para no recordarlo! Menudo orgasmo se gastó el niño. Sonreí al pensar en lo loco que estaba y en lo sexual que llegaba a ser Sebas. Era natural, como la vida misma. ¿Qué podía decirle?

“Estuviste muy divertido Sebastián”, sabía que aquello le picaría. “Las palabras de amor sobraron”, añadí.

Miré la hora y me di prisa en ducharme y vestirme. Lucas seguro que ya estaba casi a punto y yo no había ni empezado. Al terminar, volví a mirar el móvil; me gustó comprobar que Sebas había contestado con rapidez.

“Muy graciosa Beatriz. Ahora ya sabes mi secreto”

¿A qué se refería?

“Solo sé que después de cepillarte a Sarita me dijiste que me echabas de menos”

Sebas tardó unos segundo de más pero respondió.

“Lo siento Bea, no debí llamarte”

Me quedé mirando su mensaje, viendo que él seguía en línea. Le hubiera dicho un millón de cosas más pero ¿me valía la pena? Sebas era como era y yo no iba a cambiarlo. Cerré el whatsapp y salí de la habitación, justo en el mismo momento en que Lucas salía de la suya.

— No me extraña que vayas enamorando al personal — me miró con deseo y le sonreí por el piropo.

— Gracias jefe — le dije con retintín.

Fuimos hacia el ascensor y una vez dentro, Lucas me rodeó con sus brazos e inspiró en mi cuello. Esos acercamientos repentinos me dejaban temblando como un flan. Pero duró poco porque el ascensor se detuvo en la siguiente planta y entró una pareja de hombres mayores que nos saludó educadamente.

Lucas se situó detrás de mí y noté su mano en mi espalda, donde la cintura pierde su nombre. Me quedé inmóvil y aguantando la respiración. Bajó tocándome apenas y sentí su mano debajo de mi nalga. Se detuvo y subió de nuevo yendo directo hacia mi pecho. Uff, sentí un cosquilleo pero no me moví, no quería que aquellos hombres se dieran cuenta.

Al salir del ascensor sentí mi cara hirviendo, que apuro.

— Lucas, ya te vale.

— Ha sido sin querer — su seriedad me hacía reír.

— Sí, claro. Ésta me la guardo.

Salimos del hotel y fuimos paseando hasta la Plaza Mayor. Estaba llena de luces y la verdad que tenía una magia especial. Entramos en una tasca de los alrededores, nos apetecía picar algo ligero y pedimos un par de tapas y unos pinchos, acompañado de un buen vino, eso sí. Después, algo achispados, porque aquel vino era pelón, nos fuimos a tomar una copa. Entramos en un bar bastante repleto, eran casi las once pero aquello estaba que no cabíamos. La gente, de pie, hablaba, reía y bebía. Lucas logró pedir un par de cervezas y escogió *Staropramen*. Me acordé cuando coincidimos la primera semana en el Nostre.

— Nuestra primera cerveza — dijo brindando con mi botellín.

— Menuda casualidad, cuando te vi casi me da algo — le confesé.

— Yo también me sorprendí, sobre todo cuando tu amiga Martina comenzó a explicarnos tus flirteos con el vecino.

— No calla ni bajo el agua — dije pensando para mí.

— Fue interesante Beatriz — se burló.

— Menudo comienzo con el jefe.

— Peor fue cuando vi tus pechos — dijo como si nada.



Abrí los ojos al oírle hablar de aquel episodio.

— Bonito sujetador, ¿de la Perla?

— Que mal rato pasé — dije resoplando.

— Estuve a punto de tirarme encima de ti, no sé cómo pero me contuve — me miró tomando un sorbo.

— Afortunadamente.

— O no — replicó y me reí.

— Parece que hayan pasado meses y no hace nada de todo aquello — dije mirando sus preciosos ojos verdes.

Lucas cogió mi mano y me miró con intensidad. Quería besarme, lo leía en sus ojos pero no se atrevía. Supuse que estar entre tanta gente lo cortaba, era un hombre casado y aunque los demás no lo supieran, él sí lo sabía y con eso bastaba.

Bebí de la botella, mirándolo a conciencia y me lamí los labios. Dije que se la devolvería y esa era la mía. Lucas tensó su cuerpo y entreabrí mis labios, provocándolo.

— Beatriz... — ahí llegaba su tono de aviso.

— Lucas... — me puse de puntillas y le hablé al oído.

Me cogió de la cintura con rapidez y me acercó a él. Noté su erección al instante y tragué con dificultad. Lucas solía controlar esos impulsos pero quizás ya no podía más. No quería obligarle a hacer cosas de las que después se arrepentiría, comenzaba a conocerlo.

— Lucas, hay público — le recordé donde estábamos y él inspiró.

— Voy a volverme loco contigo — inmediatamente me vino Sebas a la cabeza y me sentí confundida. Como si se repitiera la escena, como si fuera un *déjà vu*.

Logramos capear aquel temporal y nos fuimos al hotel. A media mañana debíamos ir a *Lerman* y no era cuestión de ir con resaca. Lucas me dio un beso en la mejilla y se fue a su habitación. Lo miré sonriendo porque me gustaba que fuera un hombre de palabra. No quería engañar a su mujer y de momento

ambos lo cumplíamos.

Dejé el móvil en la mesita y pensé en Sebas otra vez. Me tenía en ascuas su llamada, el motivo y el porqué de aquella masturbación vía teléfono. ¿No iba bien servido con Sara?

Me di otra ducha antes de meterme en la cama y cuando salí Ari me mandó un mensaje.

“¿Estás despierta?”

“Sí, ¿pasa algo?”

Y me llamó.

— Loca, ¿cómo va eso? — oí voces a su alrededor y supuse que estaba en un bar o algo parecido.

— Ahora me iba a dormir, estoy agotada. ¿Qué tal tú? Ya veo que aprovechando las vacaciones.

— ¡Merecidas vacaciones! — podía imaginar su sonrisa radiante.

Oí a Alejandro que le decía algo y ella reía.

— Dale recuerdos al pintor.

— ¿Y a Marco y a Sebas? Están aquí y me quieren robar el móvil para hablar contigo — los oí jugar y que Ari decía que le devolvieran el teléfono.

— Bea — me impactó oír a Sebas sin esperármelo y no le respondí — Nena...

Oí que se alejaba de los demás y que estaba en algún lugar con menos ruido.

— ¿Qué? — pregunté en un hilo de voz.

— No he podido dejar de pensar en lo de ayer Bea, me comporté como un imbécil, llamándote a esas horas, diciéndote que ella estaba ahí... — me mordí el labio de rabia — y lo que hice después, puede darte la impresión que fuiste un desahogo... — ¿y no lo fui? — Y no lo fuiste.

— Sebas, ¿qué quieres?

— Quiero que me perdones — dijo con suavidad.

— No, me refiero a ¿qué quieres de mí? — me decía que no quería nada pero lo tenía llamándome a las tantas de la noche.

Hubo un silencio sepulcral, solo oía su respiración.

— Eso es cosa mía — acabó diciendo y aquello llenó el vaso y explotó.

— Sebas, te lías con una tía, y no solo una vez. Lo haces en mi cara, sin ningún reparo. Después me besas, más tarde me dices que no quieres tener nada conmigo ni tampoco una relación. Y al final me llamas a las cuatro borracho, ¡con ella en tu puta casa! ¿Se puede saber que cojones te pasa conmigo?

— Que creía que estabas con Lucas y que te habías acostado con él, cuando yo intenté respetarlo al máximo. — Su voz era tranquila, no como la mía.

Analicé sus palabras; ¿creía?

— ¿Has hablado con Ari?

Silencio.

— No me mientas Sebas, lo sabré.

— Sí — reconoció.

Me moría saber por qué y de qué habían hablado Ari y él. Cuando la pillara se iba a enterar.

— ¿Por qué me mentiste Bea?

— Por despecho — le dije la verdad. Porque así había sido cuando en casa de mi padre oí como Sara lo llamaba por teléfono. — Tú ya te estabas tirando a otra, ¿qué más daba?

— Sí daba Bea, eso cambia mucho las cosas.

— Será para ti — repliqué con rapidez — Yo sigo pensando lo mismo de ti.

— Me gustaría saber tu opinión, sino te importa.

— Pues está claro Sebas, eres un tío que no quiere compromisos y que disfruta del sexo; cuantas más mejor. Eres un crack en el tema, no te digo que no, y supongo que lo sabes. Te aprovechas de tu atractivo y usas a las tías a tu antojo, no hay más.

— Y te falta decir que no me he enamorado nunca y que no sé lo que es amar.

Bueno, algo de eso también pensaba.

— Eso lo has dicho tú — Sebas volvió a permanecer en silencio.

Hubiera dado medio brazo por saber qué pensaba.

— Bueno Sebas, mañana tengo que madrugar.

— Cuando deje a su mujer, ¿te vas a ir con él?

Me quedé muda por su pregunta, no lo preguntaba con rabia ni enfadado, lo preguntaba en un tono de... ¿preocupación?

— Sebas, ya hablaremos — me tenía súper confundida.

Un día me decía que no quería nada con alguien como yo y al siguiente parecía que quería todo lo contrario.

— Solo es un sí o un no, Bea.

— Si me estás preguntando si estoy esperando a que deje a su mujer para irme con él es un no.

Que Lucas diera el paso no iba a implicar nada o no por mi parte. Lucas no sabía cómo reaccionaría. Pasar por una separación no era algo divertido ni agradable y pensé que sería una mala época para él, eso seguro. Y una mala época para empezar una relación.

— Bien — dijo igual de suave — Que descanses Bea.

— Buenas noches Sebas.

Colgué el teléfono y me dejé caer en la cama, buf. Lo mío con Sebas era peor que una montaña rusa.

## Lucas in extremis

Empezaba a acusar el sueño después de otra mala noche, la verdad. Sebas me estaba quitando horas de dormir con sus llamaditas. ¿Y Ari? Se había confabulado con él ¿o qué? Ya hablaríamos...

Ni una buena ducha logró quitarme aquellas ojeras y tuve que tirar de maquillaje. Desayuné poco y no tenía muchas ganas de hablar. Lucas me preguntó si me encontraba bien y le mentí. Una vez más. ¿Pero cómo iba a explicarle lo que me sucedía con Sebas? Si incluso cuando yo misma lo pensaba fríamente me daba cuenta de que parecía idiota.

A las once teníamos la reunión y se alargó más de lo normal pero al final todo salió bien y estuvieron contentos con nuestro enfoque final. Pablo volvió a buscarme al finalizar la charla pero Lucas ya procuró no dejarme sola con él, con lo cual no pudo aborarme más. Sonreí al ver cómo me protegía.

— ¿Quieres ir al hotel? Te veo cansada Beatriz.

— Me muero de hambre, eso es lo que ves — le dije cogiéndome de su brazo.

Lucas sonrió al verme más contenta.

— ¿Vamos a Casa Lucio?

— ¿Huevos rotos?

— Perfecto.

Los dos habíamos estado allí y los dos ya los habíamos probado. Seguían igual de ricos, tal y como los recordaba. Comimos charlando de los lugares que habíamos visitado en Madrid y nos dimos cuenta de que no habíamos estado en el museo del Prado. A mi ex no le iban esas cosas.

— ¿Te apetece ir esta tarde?

— Sí — dije entusiasmada.

Fuimos al hotel, descansamos un rato y volvimos a la calle. Estaba repleto de gente con bolsas, familias con carritos, gente vendiendo por la calle, jóvenes charlando, abuelos paseando, un sinfín de gentío que daba mucha vida a la

ciudad.

Al llegar al museo, hice una foto a la entrada y se la mandé por whatsapp a Ari. Entramos y empezamos a recorrer los miles de pasillos que había con sus obras de arte. Velázquez, Goya, Rubens o El Greco. La lista de artistas era interminable aunque yo tenía clara la obra que quería ver: Las Meninas. Al llegar a la sala donde estaba expuesta, me quedé en la entrada, admirando su grandeza desde lejos. Transmitía lo que había leído sobre ella: vida y realidad.

Lucas iba a su aire, admirando el cuadro y me hizo gracia verlo tan interesado.

Era complicado observar bien esa obra porque había demasiada gente alrededor pero fui acercándome y pude ir reconociendo cada detalle con minuciosidad. Me encantó y me fascinó la genialidad de Velázquez.

Al salir de la sala, noté que el móvil vibraba.

“Me muero de envidia!!!”, sonreí al leer a Ari.

“Las Meninas, yo me estoy muriendo de gusto!!!”

— Es Ari — le dije a Lucas y él sonrió.

“Dice Alejandro que no te dejes la Maja Desnuda”

“Vivís juntos o qué”

“Estamos en ello”

— Ay madre — solté.

Y me llenó el mensaje de corazones.

— ¿Todo bien?

— Sí o no, no sé — Lucas frunció el ceño. — Creo que Ari me ha insinuado que se va a ir a vivir con su chico o algo así.

— ¿Y?

— Pues... que corre mucho.

Lucas soltó una de sus carísimas carcajadas y lo miré perpleja. Mira que gracia.

— Perdona Beatriz, pero me has recordado a mi abuela Enriqueta.

Entonces yo también me reí.

— A ver, se conocen de hace nada.

— Pero ya tienen una edad — me replicó seguro.

— ¡Un par de meses! — le dije con el dos en mi mano.

— Después el clásico soy yo — miré su media sonrisa y volvía a reír.

— Lo ves normal.

Paramos ante un cuadro pero lo miramos sin verlo. Estábamos más interesados en lo que hablábamos.

— Por supuesto. No tienen veinte años Beatriz. No sé por qué te escandalizas. — me miró y me sentí pequeña a su lado.

— Ari se casó precipitadamente y lo paso fatal. Le fue todo de culo y no quiero que vuelva a sufrir.

— Pero a ti te gusta Alejandro — lo miré con interés — Se nota que te cae bien.

— Mucho, es un encanto pero no sé, es muy pronto — volví a repetir.

— Así pues, si te pasara a ti, no aceptarías irte a vivir con esa persona.

Pensé en ello y no supe qué responder. ¿Un par de meses y estar segura de que aquella persona era “la persona”? Personalmente no me había ocurrido nunca eso. Pero ¿podía ser? Quizás sí...

— La proteges y eso está muy bien pero no le digas que no hace bien, creo que ella querrá que estés a su lado.

Lo miré admirándolo, como si fuera un medio Dios.

— Supongo que tienes razón, como siempre.

— O casi siempre.

Nos fuimos de allí a Chueca y comimos uno de aquellos famosos bocadillos de calamares sentados en un banco lleno de gente, fue divertido. Lucas estaba a mi lado, codo con codo y enfrente teníamos a gente desconocida pero acabamos haciendo algunos comentarios con otra pareja.

De allí nos dirigimos al primer bar que nos pareció bien y tomamos un gin-

tonic. Estábamos en la barra, yo sentada en un taburete y él de pie a mi lado, con su pose elegante.

Una de las camareras fue excesivamente amable con él y no dejaba de pulular por nuestra zona.

— Dile algo o dale algo — le dije riendo.

— ¿Qué dices?

— A la rubia, que le tires un beso.

Lucas sonrió.

— Quizás si marco territorio se irá. — le dije divertida.

— Podría ser — se abría la veda.

Cogí su camisa y lo atraje hacia mí, situándolo entre mis piernas. Lucas me miró desde su altura, serio pero esperando mi siguiente paso.

— ¿Se ha ido? — le pregunté.

Miró hacia la camarera.

— Nada, creo que va a salir de la barra y todo.

— ¿Va a venir a por ti?

— Creo que sí.

Me reí.

— Me encanta verte reír — me dijo en un susurro.

— Y a mí me encantas tú — le dije melosa.

El alcohol me hacía soltar la lengua, un pelín.

Lucas se acercó a mi boca y comenzó a besarme, sin importarle nada ni nadie. Sus manos en mi cara, su cuerpo cerca y yo sentía que mi cabeza rodaba por el deseo que me provocaba su lengua junto a la mía. El beso fue largo, muy largo, parecíamos dos novietes que empezaban a besarse. Le mordí el labio y él lamió el mío. Nos separamos un poco para respirar y coger aire. Y volvimos a saborear nuestras bocas. Uff, debíamos parar o acabaríamos montando un numerito en el local.



Lucas se retiró un poco y continuó dándome besos pero más cortos y más húmedos.

— Esto me mata — me dijo ronco.

Yo llevaba falda y podía notar su erección en mi pantorrilla.

— Beatriz, solo una vez.

¿Una vez qué?

No me dio tiempo a reaccionar; Lucas metió su mano en mis braguitas y tocó mi sexo con soltura. Estuve a punto de soltar un gritito pero me lo tragué. Estaba muy mojada y Lucas pasó sus dedos resbalando por mis labios. Madre mía. Apoyé mi cabeza en su pecho e intenté no gemir. Con su otra mano Lucas me acariciaba la espalda. Introdujo uno de sus dedos y cerré las piernas pensando que no, que no podía continuar. Empezaría a gemir y la gente acabaría notándolo.

— Lucas... — le rogué en un susurró.

Sacó su mano despacio y me miró como si me fuera a devorar.

— No podía más, lo siento — dijo con gravedad.

— Joder...

Resoplé mil veces hasta que me bajó la calentura y bebí para refrescarme. Él hizo lo mismo y se acabó casi de un trago su copa. Supuse que también estaba sediento.

Lucas había dicho solo una vez y creo que se lo dijo a él mismo, pensando que así no engañaba a su mujer. Pero aquello ya era un gran engaño aunque no se hubiera acostado conmigo. Todo eso podía pasarle factura. Procuré no provocarle más y que entre los dos corriera el aire. Él procuró lo mismo porque comenzaba a estar demasiado cerca de la zona peligrosa.

Al cabo de un buen rato, y con otra copa más, olvidamos el asunto y seguimos de cháchara, como dos viejos amigos. Sin roces ni coqueteos, dominando la situación, con esfuerzo, eso sí.

La tercera copa y la última, dije yo, la hicimos en otro pub con más ambiente y música bastante alta. Para hablar teníamos que hacerlo en el oído o muy cerca, si no era imposible. Pero nos comportamos y seguimos siendo buenos chicos.

Qué remedio.

Cuando el alcohol ya corría por mis venas a su bola, me entraron ganas de bailar. Y bailé, sin Lucas, porque a él no le iba el bailoteo. Me iba mirando y sonreía y yo le devolvía la sonrisa. Sonó una canción de un ritmo más lento, una versión de Matt Simons, “Catch and release“, y cerré los ojos mientras me contorneaba.

Noté un cuerpo detrás y pensé que era algún pesado, pero reconocí las manos de Lucas en cuanto las vi alrededor de mi cintura. Me apoyé en su pecho y nos movimos al ritmo de la música. Me encantó que estuviera conmigo bailando, sabiendo lo poco que le gustaba. Me giré hacia él y puse mis manos en su cuello. Lucas me abrazó por la cintura acercándose a él. Cuerpo a cuerpo.

— Vámonos — me susurró.

— ¿Dónde? — pregunté notando otra vez calor al oír su petición.

— Donde quieras — madre mía, la temperatura estaba ya por las nubes.

— ¿Al hotel? — pregunté con miedo.

— No sé si llegaremos — gruñó apretándose contra su sexo.

Ufff. Estábamos al límite, los dos. Nos empezamos a besar con desespero, con una pasión desmedida y con un solo objetivo: acabar con aquella calentura.

Sin dejar de besarnos fuimos andando hacia una de las paredes, donde no había tanta luz y quedábamos fuera de las miradas. Nos besamos deseando ir a más, los dos lo sabíamos. Habíamos detenido aquello demasiadas veces y con dos copas de más, estaba complicado ponerle freno.

Lucas volvió a tocarme pero por encima de las braguitas y las mojé de nuevo. Cogió mi mano y me hizo tocar su pene, madre de dios. Era enorme, estaba duro y muy erecto.

O nos íbamos o acabaríamos haciéndolo allí.

Se separó un poco de mí y puso sus manos en la pared con los brazos estirados. Respiramos agitadamente.

— Lucas, después te vas a arrepentir — no sé de dónde salía mi buen juicio pero Lucas me importaba de verdad y no quería que más tarde no pudiera ni mirarme a la cara. — Frena — le pedí muy seria.

Él siguió en la misma postura, pensando qué hacer. Resopló y se mordió el labio inferior. Levantó las cejas a modo de resignación y se separó un par de pasos de mí.

Nos fuimos de allí, sabiendo que era hora de terminar con la fiesta. Teníamos el tren a las once de la mañana y antes debíamos pasar por *Lerman* para firmar unos documentos, y aunque no había que madrugar mucho, lo suyo era no seguir tentando a la suerte.

En el hotel, nos despedimos con rapidez, como solíamos hacer para no caer en los brazos del otro.

Lucas era una persona que creía en los compromisos, en las promesas, en la verdad. Y si se acostaba conmigo habría roto todo aquello en lo que él creía. Yo no quería ser la causa de que él mismo se sintiera decepcionado con su forma de actuar.

Me había fastidiado no terminar en la cama con él porque lo deseaba pero a veces una tenía que pensar con la cabeza y no dejarse llevar.

Una vez en mi cama, también pensé en Sebas y le mandé un mensaje por impulso.

“Sigo sin haberme acostado con nadie”

Sebas no respondió porque era tarde y me dormí pensando en ellos dos, como ya era lo habitual en mí.

## No aprenderás nunca, bonita

El miércoles me desperté con algo de resaca y antes de levantarme de la cama del hotel, rememoré lo que había pasado con Lucas. Apenas había sido nada pero aún podía notar el gusto de sus besos. Me toqué los labios pensando en él. Me gustaba, me encantaba y lo deseaba, pero ¿sentía algo más? Dudaba entre que fueran sentimientos de verdad o fuera simple admiración. Lucas no se parecía a la mayoría de los hombres que había conocido y eso me atraía muchísimo.

Miré el móvil y vi un mensaje de Sebas escrito hacía quince minutos.

“Tendremos que remediarlo”

Me levanté sonriendo al imaginar su sonrisa de macarra diciendo aquello y me preparé para irme con Lucas de vuelta a Barcelona. Primero pasamos por *Lerman* y a las once estábamos en el tren. Él no comentó nada de la noche anterior y estaba más serio de lo normal. Supuse que se estaba comiendo la cabeza porque fui yo la que lo tuve que detener cuando normalmente era él quien lo hacía.

No quise hurgar en su herida y yo tampoco le dije nada. Durante el trayecto apenas hablamos; ambos íbamos leyendo.

— Beatriz — me interrumpió y vi que me estaba mirando.

— Dime — le dije a la expectativa.

— Ayer se me fue de las manos — dijo con su voz oscura.

Miré sus ojos y vi algo que no supe descifrar. ¿Estaba flagelándose?

— Fue cosa de los dos — le dije con sinceridad.

— Puede, pero tú no tienes ningún compromiso con nadie — y en ese momento pensé en Sebas — Y yo sí. Es mi comportamiento el inadecuado, no el tuyo — se cogía una mano con la otra, nervioso.

— Lucas no pasó nada, no te castigues — no me gustaba verlo así.

— Porque tú me frenaste.

Nos miramos unos segundos, recordando aquel momento.

— Beatriz, esto no puede seguir así.

Era entendible, Lucas seguía casado y yo era la tercera en discordia.

— Bien — le respondí entendiendo que se habían acabado los besos y los toqueteos.

Nos miramos sin decir nada y entonces volví a mi *Ibook*. Lo oí suspirar pero no quise seguir hablando más. Estaba todo dicho.

Al llegar a la estación Lucas se ofreció a llevarme y me negué.

— Beatriz, no seas niña — me empezaba a mosquear que me llamara así.

— Lucas, entiendo tu situación pero hasta que no te arregles, no me trates más que como tu secretaria. Así que deja de llamarme niña.

— ¿Estás enfadada?

— Decepcionada es la palabra.

Lucas me miró esperando que siguiera.

— Hemos estado en Madrid muy bien pero ahora me relegas a un segundo puesto en tu vida y eso me molesta.

— Beatriz, no es así...

— Cuando charles con ella, hablamos, mientras, cada uno a lo suyo.

— ¿Y lo tuyo que será? ¿Ir corriendo a por el vecino?

Lo miré muy sorprendida porque Lucas no hablaba apenas de él y menos de ese modo despectivo.

— Que no diga nada, no significa que no vea cómo lo miras.

Sebas me había dicho lo mismo que Lucas y por eso había decidido desaparecer de mi vida.

— Tú te metes en la cama cada día con tu mujer. Así que no me vengas con esas.

— No voy a discutir más Beatriz, tú misma.

Se marchó enfadado, pero bueno, ¡encima! Que te den por saco, pensé

cabreada.

Menuda manera de terminar el viaje. Ayer casi me lo llevo a la cama y hoy lo mandaba a freír espárragos. Genial.

Llegué a casa cansadísima del viaje, del agobio del metro y del sueño atrasado. Piqué algo de comer después de una larga ducha y me eché una siesta bien merecida. Cuando me levanté pensé en Lucas y en que no me apetecía acabar el año picada con él. Yo también debía entender que su situación era delicada y que no era fácil para él.

“Que pases mañana una Feliz Noche vieja, no quiero estar mal contigo. Un beso, jefe”

Me respondió a los cinco minutos.

“Estoy en tu barrio, ¿puedo pasar?”

“Sube”

Me vestí ultra veloz y me arreglé el pelo en una coleta a la vez que iba maquillándome un poco. En nada llamó a la puerta y cuando abrí nos saludamos con un escueto buenos días, como en el trabajo. Le ofrecí un café y se lo preparé mientras él estaba sentado en mi sofá. Me senté a su lado.

— Lucas, no quiero estar peleada contigo — comencé intentando ser convincente.

— Yo tampoco. Y tengo que decirte algo.

— Olvida lo que te he dicho, sé que estás en una situación complicada, lo sé — quería que supiera que estaba de su lado y que no le iba a complicar más las cosas.

— A mí también me ha gustado estar así en Madrid, pero debemos ser realistas. No quiero que seas mi amante, ni por ti ni por mí.

— Lo sé Lucas. Y me encanta que no te aproveches de eso, porque sabes cuánto me gustas y...

Lo miré detenidamente y estaba tan guapo con su camisa arremangada hasta los codos y el pelo algo revuelto. Me agradó no verlo tan arregladito como iba

siempre y me imaginé como sería verlo desnudo, verlo despeinado y verlo sudando encima de mí. ¡Bea! Tanto roce y tanto beso tenían que explotar por algún lado...

— Beatriz...

Nos miramos los labios y Lucas se acercó para besarme con lentitud. Primero fue un beso suave, después saboreó mis labios y al final entró su lengua tímidamente. Joder, como si fuera un beso de amor. No me esperaba para nada ese tipo de beso. Le correspondí con pasión, sintiendo sus labios sobre los míos. Calientes, sabrosos y húmedos. Sus manos cogieron mi cara y seguimos enredando nuestras lenguas haciendo figuras entre ellas, jadeando por la excitación que sentíamos.

Me senté encima de él, notando su pene erecto. Le desabroché la camisa con rapidez, mientras le besaba, con miedo de que me detuviera. Necesitaba sentirlo ni que fuera una vez, aunque después me lo echara en cara. No pensé en las consecuencias. Quería sentir sus besos, sus caricias, ver su gesto de pasión. Toque su pecho duro y torneado y mi temperatura fue subiendo.

— Beatriz — susurró en un momento que nos separamos para coger aire.

No me dio tiempo de contestar porque volvió a por mi boca y nos besamos con más frenesí. Sus manos entraron por debajo de mi camiseta, subiendo por mi espalda hasta topar con el cierre del sujetador. Lo desabrochó a la primera y me acarició la piel hasta llegar a mis pechos. Los tomó con delicadeza y rozó mis pezones con la yema de sus dedos. Un gemido salió de mi garganta y con su mano derecha empujó mi trasero hacia su sexo. Noté el esplendor de su erección y mi mano la rozó con prudencia.

Lucas dirigió sus manos hacia mis leggins y los fue bajando hasta mis rodillas. Sin dejar de besarme, me posicionó debajo de él, tumbada. Pasó sus dedos en un leve roce por encima de mi ropa interior y sentí una punzada de placer. Seguidamente llevó uno de sus dedos por el borde de mis braguitas, rodeando mi zona de placer y sin darme nada, sólo provocando más ardor. Solté un quejido; me estaba atormentando con esas caricias. Y él lo sabía.

Puso su mano encima de mi sexo y no se movió. Entonces no me quedó otra que moverme para sentir la presión de su mano pero no me dejó, me cogió del cuello y echó mi cabeza hacia atrás. Nos miramos intensamente, casi con

rabia. Mi sexo palpitaba bajo su mano y me moría de ganas de que me tocara de una vez. Apretó su mano en mi cuello unos segundos y la relajó. Volvió a apretar con suavidad y a la vez entró dos de sus dedos. No pude evitar soltar un grito y me calló con su boca. Apreté dientes y labios para no gemir como una loca cuando empezó a mover con rapidez sus dedos. Me temblaron las rodillas y mi cuerpo iba flojeando, pero Lucas me sujetaba del cuello y me obligaba a mirarlo a los ojos. Esa pose de poder era muy suya pero jamás hubiera pensado que en el sexo fuera igual de dominante.

Sacó su mano de mí y gemí de deseo. Bajé mis manos hasta su bragueta y empecé a bajar la cremallera. Esperaba que en cualquier momento me parara pero no lo hizo. Liberé su pene erecto y lo cogí con fuerza. Lucas gruñó de nuevo.

Los dos jadeamos intentando coger aire mientras separábamos nuestras bocas.

— Beatriz

— ¿Qué?

— No tengo...

— ¿Preservativo? Mi bolso — le pedí viéndolo en el sillón.

Cogí uno y se lo di. Lucas me miró serio. Creí que no seguiría pero se lo puso y se recostó a mi lado, después de quitarse la ropa. Yo hice lo mismo y pudimos estar piel con piel. Era agradable sentirlo así. Me abrazó con cariño y me besó despacio, sin prisas. Me dejé querer y disfruté de sus besos.

Seguidamente, se puso encima de mí, aguantando su peso con un brazo y con el otro acomodó su pene en mi entrada. Cerré los ojos al ver que él hacía lo mismo y empezó a entrar con una lentitud pasmosa. Me llenó al completo, tanto que en algún momento noté cierto dolor, como si llegara demasiado lejos. Pero el placer de sus embestidas pronto dio paso a sentir solo ese maravilloso hormigueo que subía y bajaba por mi sexo. Lucas soltó varios gemidos mientras iba acelerando el ritmo y yo intuí que el orgasmo se acercaba. Puso sus dedos en mi clítoris y lo rozó con delicadeza. Gemí y curvé mi espalda para facilitarle la entrada. Lucas gruñó salvajemente y me excitó verlo fuera de sí. Llegamos al orgasmo a la vez, casi al mismo tiempo y gemimos sin reparo alguno. Clavé mis uñas en su trasero y él embistió con fuerza al final, como si quisiera marcarme para siempre. Temblé al sentir el



recorrido en manos y pies de mi orgasmo y cogí aire con fuerzas para poder respirar. Poco a poco fui recuperando la calma en mi cuerpo mientras Lucas hacía lo propio.

Me abrazó sin dejar su peso en mí y me besó despacio. Tuve una sensación extraña, como si me faltara algo y no supiera el qué. Estuvimos varios minutos, abrazados, hasta que empezamos a notar el frescor en nuestra piel.

Lucas se incorporó y se fue al baño con su ropa en la mano. Pude admirarlo desnudo mientras se iba y rápidamente me vestí. Al salir Lucas entré yo, todo en silencio y sin palabras, como si fuera aquello una película muda.

¿Qué podíamos decir?

Al salir del baño Lucas estaba en el sofá sentado con las manos entrelazadas. Me miró preocupado, muy preocupado.

— ¿Estás bien? — pregunté sabiendo que quizás tenía sentimientos de culpabilidad.

Continuó sin decir nada.

— ¿Lucas? ¿Qué pasa?

Puso la frente en sus manos y miró hacia abajo. Seguidamente me miró. Encogí mis piernas en el sillón y cogí mis pies. Iba a decirme algo gordo, lo intuía.

— No voy a dejar a Lidia — se levantó de repente y me sorprendieron su gesto y sus palabras

Lo soltó tan de golpe que de entrada no lo entendí.

— ¿Cómo? — creí que no lo había oído bien.

— Que no puedo hacerlo.

La que se levantó entonces de un salto fui yo.

— ¿No puedes? ¿Qué quieres decir?

¿Qué pasaba allí? Como siempre, tenía que ir sacándoselo todo con una pregunta tras otra.

— Me ha llamado esta mañana, en Madrid.

Lucas me miró pensativo y supuse que estaba buscando las palabras para continuar. ¿Qué le había dicho Lidia?

— Está embarazada — ¡joder!

Abrí la boca porque era lo último que esperaba oír. Me senté pensando con rapidez: ella embarazada, Lucas no va a decirle nada, van a tener un bebé y serán muy felices. ¿Y dónde quedaba yo? Ah sí, un polvo de despedida, ¿qué más quieres Bea?

— Vamos a ser padres — podía haber escogido otra frase o no decir nada.

— De puta madre ¿no? — le dije sintiéndome la tía más idiota de la tierra.

— Quería decírtelo antes pero...

— Pero sabías que después no follaría contigo — le solté con desprecio.

— Beatriz, no digas eso, no es cierto — vino hacia mí pero me levanté del sofá y huí de él.

— Hemos estado toda la mañana juntos y no me has dicho nada... — pensé en lo imbécil que había sido al creer que pobrecito se sentía mal por lo de anoche. Imbécil, imbécil, imbécil. Él ya estaba en otra historia: la suya con su mujer y su futuro bebé. — ¡Vete joder! — le ordené iracunda.

— Me he dejado llevar, no sé qué me ha pasado...

— Yo también Lucas, pero no tengo a una embarazada esperándome ¿sabes? — ahí le di en sus partes bajas pero tenía ganas de joderlo; me sentía muy humillada.

Se supone que después de compartir cama o sofá o lo que fuera, una no recibía un tipo de confesión de ese tipo, hostia. Menuda racha llevaba.

Lucas me miró serio y dolido.

— Beatriz, me gustaría hablar de todo esto contigo y que entiendas mi postura.

— ¿Para qué? ¿Para sentirte bien contigo? ¡Pues que te den! — sentí humedecer mis ojos y me mordí el labio para no dejar que cayera ni una lágrima por él.

— Lo siento, en serio, créeme — Lucas estaba apurado.

— ¿Qué te crea? ¿Tengo que creer tus palabras? Eres igual que todos Lucas, aunque vayas mejor vestido.

— Beatriz...

— ¿Quieres saber mi postura jefe? Acabas de hundirme en la mierda, eso es lo que acabas de hacer. Me dices que sientes algo por mí, que vas a dejar a tu mujer, vienes a mi piso, me follas y seguidamente me dices que vas a ser padre. ¿Cómo lo ves? Porque yo veo a un cabrón que se ha follado a su secretaria antes de decirle que se olvide de él para siempre.

Lucas se acercó a mí apretando dientes. Creo que nunca lo había visto perdiendo la compostura. No me eché para atrás y lo reté aún más.

— ¡¡¡¿Vas a pedirme que te la chupe en el despacho o vas a querer follarme en el baño de algún hotel?!!! — le grité llena de ira.

— ¡Joder Bea! — ese gritó salió de su garganta suave mientras a grandes zancadas abría mi puerta y salía dando un portazo de aúpa.

Bea...era la primera vea que decía mi nombre de ese modo.

Lloré pensando en lo ingenua que había sido, en que no aprendería nunca y en qué Lucas se había aprovechado de mí. Joder, sabiendo lo que sabía, ¿por qué no había parado aquello? Podía parecer solo sexo, pero yo me lo había tomado como un acercamiento real entre nosotros dos.

Pensaba lo mismo una y otra vez; si antes había sabido parar, había sabido decir no puedo Beatriz, ¿por qué ahora, que tenía una razón de peso, no lo había hecho? Y me repetía que no le había dado la puta gana. No podía creer lo tonta que había sido creyendo que para él yo era especial.

Lucas me había decepcionado. Tan puesto, tan educado, tan maduro y me había bien jodido. Había creído en él y era incapaz de ver que él estaba atado de pies y manos, de que su mujer esperaba un bebé y de que por su forma de ser, no los iba a dejar tirados. Todo aquello no podía verlo por mi ego herido. Solo veía que se había acostado conmigo minutos antes de decirme que no habría ya un nosotros, nunca más.

## Feliz Año Nuevo

El día treintauno no tenía que ir a trabajar, afortunadamente. Me levanté tarde y me pasé el día dedicándolo a mi cuerpo: baño de burbujas, cremas, peelings y todo aquello que pudiera mimar mi piel, y ya de paso mi ego. Aquella noche era mágica y nadie ni nada me iba a fastidiar mi último día del año. Ni Lucas, quien me mandó un par de mensajes disculpándose. Pasé de contestarle, faltaría más.

Lo que había sucedido me pesaba como una losa pero me mentalicé que no había sido culpa mía, que yo solo quería sentirlo y que era él quien la había pifiado. Justamente el día que su mujer le decía que iban a tener un hijo, me acostaba con él. Sentí incluso asco y repulsión hacia ambos.

¿Y Lucas, en qué estaría pensando para dejarse llevar de aquella manera? No había tenido los cojones de decírmelo por la mañana y yo sintiéndome mal por estar enfadada con él. No era ingenua, era tonta de remate. Lo tuve claro que aquella historia había terminado por mi parte y él, que hiciera lo que le saliera de los huevos, pero que no contara conmigo.

Por la noche me vestí, maquillé y peiné a conciencia. Sabía que Ari y Martina irían monísimas y no quería ser menos.

Estaba a punto de entrar en el ascensor de mi bloque cuando Martina me llamó pero al decirle un hola se colgó. Por el camino, en el taxi, quise llamarla pero me saltaba a la primera el buzón de voz. Probé con Ari pero no hubo suerte y esperé a llegar a su piso, para saber qué pasaba. Llamé al timbre pensando si a Martina se le habría quemado el pollo asado o si se habría dejado las uvas, era capaz...

— Buenas noches Beauty.

No me hizo falta preguntarlo, en cuanto Sebas me abrió la puerta del piso de Martina, supe cuál era la urgencia.

— Buenas sean — le dije siguiendo nuestro típico saludo, asombrada al encontrármelo en casa de mi amiga.

Me miró dándome un repaso y yo tampoco pude obviar lo jodidamente guapo que estaba con ese traje en plan modelo. Me toqué el pelo, nerviosa, y le di dos besos oliendo su perfume. Su mano se apoyó en mi cintura y subió hasta mi cuello, en una especie de caricia erótica que me dejó clavada en el suelo.

— Menuda sorpresa — logré decir tragando saliva.

— Estás preciosa — me miraba a los ojos y me tenía ya frenética.

Afortunadamente apareció el resto del personal y los saludé. Martina vino como un cohete y me miró con cara de “quería decírtelo tía pero”. Me cogió del brazo y me llevó a la cocina, donde estaba Ari contando uvas. La saludé con un cariñoso abrazo y me preguntaron qué tal por Madrid. Evité con destreza el tema y pregunté por qué Sebas estaba allí.

— Es que se le ha torcido el plan — me dijo Ari flojito.

— ¿Qué plan? — pregunté pensando en alguna tía.

— Se iba fuera a pasar el fin de año con su padre pero ha habido problemas con su vuelo.

— ¿A dónde?

Primera noticia que tenía.

— A París. Excentricidades de su padre, ha dicho. — Martina lo explicaba como si fuera lo normal y yo estaba alucinada.

— ¿Y te ha llamado o qué? — le pregunté mirando hacia la puerta por si entraba.

— Qué dices, maja, se ha encontrado con Marco y él me ha llamado a mí. Sebas no quería venir pero Marco le ha dicho que no iba a pasar el fin de año solo.

— ¿Y su padre?

— Su padre le ha dicho lo mismo, que no se quedara en casa.

— Que cosas chica, en fin, ¿qué hago?

— Corta la fruta, petarda — me ordenó Martina.

— ¿Estás mosqueada? — preguntó Ari.

Las miré y vi que esperaban que me molestara que Sebas estuviera allí.

— Estoy bien, tranquilas — les dije dejándolas con la boca abierta.

— Bea, ¿qué escondes? — Ari me miraba perspicazmente.

— Maja, casca.

— ¿Ha pasado algo en Madrid?

Miré hacia la puerta por si venía alguien.

— No, ayer en mi piso — confesé por fin.

Me miraron y Martina hizo gestos obscenos con las manos, como si empujara.

— ¿¿Con Lucas??

— No chilles, joder — le dije a Ari — Estábamos en mi sofá y surgió, sin más.

— Mira qué no decir nada...

— Que cerda, te trincas al jefe y ni palabra — Martina rio por lo bajo.

— Su mujer está preñada — les solté de golpe y las dos dejaron de reír.

— ¿Pero qué dices?

— Ya hablaremos — les dije, oyendo que Sebas venía.

Martina salió de la cocina y Ari la seguía con otra de esas bandejas, y vi que se le tambaleaba y que por poco no lo tira todo. Me miró con cara de pasmo y yo seguí cortando la fruta.

— ¿Qué tal por Madrid?

Sebas se apoyó en un lateral y lo miré de reojo.

— Si no recuerdo mal me has llamado dos días... ¿para controlarme?

— Ya me disculpé Bea, no seas tan rencorosa.

— Sí, claro. Te perdono que seas tan cerdo — estaba algo crispada y era por Lucas, no podía evitar sentirme la reina de las imbéciles del siglo veintiuno. Y lo pagué con Sebas.

— ¿Estuviste haciendo manitas con el jefe?

— ¿Te pregunto yo si juegas al parchís con Sarita? — Se lo dije picada.

— No creo que quieras oír todo lo que Sarita hizo conmigo.

Me desagradó oír aquello pero hice ver que me importaba una mierda.

— El que mucho habla...

— Poco abarca — me cortó y continuó — Pero no es mi caso Beatriz.

Lo miré con asco y seguí cortando.

— Cuidado no te cortes — su tono de burla me superaba.

— Idiota — lo dije asqueada por lo bajo pero me oyó.

— ¿Idiota por qué? ¿Por montármelo con otra mientras tú te rozas con tu jefe?

— No compares Sebas.

— ¿Por? ¿Es que no es verdad?

— Para nada — le dije secamente y mintiendo. Si él supiera...

— El sexo es sexo, Bea — dijo con mucha calma.

— Pero hay diferentes maneras de sentirlo y tú lo hiciste con la primera que pillaste.

Sin darme cuenta, se puso detrás de mí y al notar sus manos en mi cintura, me sobresalté. Sebas apretó mi cuerpo contra el suyo y su pene rozó mi espalda.

— ¿Esto es sexo Bea?

Tragué saliva por el cúmulo de sensaciones; quería y no quería.

— Dime, ¿lo es?

— Claro que sí — contesté al final.

Sus manos subieron despacio por ambos costados.

— ¿Y esto? — preguntó con frialdad, como si yo fuera su experimento.

— Sí — mi voz sonaba insegura.

Noté mis pezones erguirse.

Repentinamente me abrazó con sus fuertes brazos, se me cayó el cuchillo

encima de la fruta y puso su boca en mi cuello. Apretó de nuevo y noté lo excitado que estaba. Me besó suavemente en ese punto que me volvía loca y sentí flojear las piernas.

— ¿Y esto qué es entonces? ¿Sientes lo mismo con él?

Joder con Sebas. No, no sentía exactamente aquello...

— Lástima que lo nuestro no pueda ser — su voz fría me dejó vacía y se separó igual de sigiloso.

Lo miré asombrada por lo que acababa de hacer y decir. Me ponía la miel en la boca y me la quitaba con maldad. ¡Menudo estúpido!

— Primero dices que sí y después te vas con la cola entre las piernas ¿Te funciona con todas? — le pregunté acabando de cortar el postre.

— Con todas, tú incluida.

— ¿Y hablas con Toni de todas?

Lo miré directamente y vi sus ojos brillantes, *touché*. Su amigo había hablado demasiado.

— Toni siempre exagera.

— ¿Les haces el amor a todas?

Sebas iba cambiando su sonrisa sarcástica por una de sorpresa.

— Tranquilo, Sebas — cogí la bandeja y pasé por delante — Te guardaré el secreto, machito.

Sonrió por mis palabras.

Nos sentamos en la mesa y me tocó entre Marco y Sebas, como no. Carlos con Martina y Ari con Alejandro, por supuesto. Carlos saludó a Sebas pero no hacían buenas amigas, sabía perfectamente quién era mi vecino. A Sebas le daba igual Carlos y hablaba con él lo justo y necesario.

Comenzamos a comer con calma mientras charlábamos y bebíamos de un vino excelente que había traído Marco. Pasamos al segundo plato y los chicos se encargaron de todo: recogieron, prepararon nuestros platos y nos sirvieron. Nosotras hicimos broma pero nos gustó el detalle y Sebas, como siempre, se



desenvolvía con toda la naturalidad del mundo. ¿Qué tenía Sebas que allá donde fuera parecía que estaba en su casa?

Todos alabamos la comida y Martina nos los agradeció. Era una gran cocinera, cosa que no le pegaba nada y yo siempre se lo decía bromeando, aunque ella sabía cuánto me gustaban sus platos.

Fuimos terminando y relajándonos en nuestras sillas, satisfechos. Tenía a Sebas a mi izquierda y hablamos con cordialidad pero sin hacernos demasiado caso el uno al otro. Pero en mi cabeza lo tuve presente toda la noche y a medida que iba avanzando iba sintiendo unas ganas enormes de estar bien con él. No me gustaba acabar el año con alguien a mi lado de mal rollo. No eran supersticiones pero tenía mis rarezas, lo reconozco.

Recogimos entre todos la mesa y comenzamos con los postres. Brindamos de nuevo por décima vez y nos reímos. Sebas y yo nos miramos con esa intensidad que me tenía en vilo y bebimos refrescando así nuestras gargantas. Me atreví a decirle lo que hacía rato rondaba por mi cabeza.

— Oye Sebas — dije flojo para que sólo me oyera él.

— ¿Qué? — me miró con ese brillo especial.

— Te propongo un trato.

Me miró divertido y alzó las cejas para que continuara.

— No soy supersticiosa pero hay algunas cosas que me gusta respetar para Año Nuevo.

— ¿Me vas a decir que llevas las braguitas rojas? — rió por lo bajo y yo también.

— Listo, no es eso — le dije — Pero vamos a hacer las paces hasta que empiece el año ¿sí? — le hice morritos y rió de nuevo.

— ¿Y después? — preguntó más serio.

Nos miramos de nuevo de aquella forma.

— Está bien, nada de estar enfadados — lo dijo con su preciosa sonrisa y me quedé mirando sus labios perfilados demasiado rato — ¿Bea?

— Eso es — uf, que difícil era no comerme esa boca.

— Ahora que somos amigos —seguimos hablando flojo y entre nosotros  
— ¿Puedo ver esas braguitas rojas?

Le di un codazo y nos reímos.

— Son negras y rosas.

— Y seguro que vas conjuntada — dijo en mi oído como si me contara un secreto.

Yo hice lo mismo y él se acercó para escucharme.

— Es otra manía; cada año lo empiezo con un conjunto nuevo, de encaje a poder ser.

No se retiró y su rostro quedó junto al mío, nos miramos como si quisiéramos entrar el uno dentro del otro. Ay, Bea, ¿qué ocurría allí? ¿Era el vino? ¿Era la llegada de un nuevo año? ¿O era algo que no me atrevía a nombrar?

— ¡Vamos chicos, a por las uvas! ¡¡Quedan cinco minutos!! — gritó Martina sacándonos de esa ilusión.

Nos levantamos animados y cogimos el platito con las uvas. Las copas estaban preparadas y el cava en hielo. Hablamos, reímos y gritamos excitados por el momento. Aquello se repetía año tras año pero era emocionante. Empezar un año nuevo era importante y hacerlo al lado de los que querías, más aún. Miré a Sebas y lo vi hablando con Marco, feliz, sonriente, contento y me encantó tenerlo ahí.

— ¡Callad! — Ari nos hizo callar y mis pensamientos también se silenciaron

Pusimos todos los ojos en la televisión y empezaron a repicar los cuartos. Alguno soltó una risita por los nervios y empezaron a tocar las campanadas y las seguimos comiendo las uvas. En las tres últimas nos miramos entre nosotros y nos dio la risa pero pudimos comérnoslas todas, tal y como mandaba la tradición.

— ¡¡Feliz Año Nuevo!! — fueron las primeras palabras que se oyeron junto con los besos que nos fuimos dando entre todos.

— Feliz Año, preciosa — me dijo Sebas dándome los besos muy cerca de mis labios.

— Feliz Año — le dije melosa con mis manos en su cuello y estampándole un beso en los labios.

— ¿Beso de amigos? — sonrió en mi boca.

— Trae buena suerte — le dije coqueta.

Y entonces me besó él y no me lo esperaba. Fue un beso casto, sin lengua, pero apretó sus labios como si quisiera dejar su huella en los míos.

Al separarnos Martina y Marco silbaron y me sonrojé. Carlos me miró serio y entonces me acordé de Lucas pero le di una patada mental.

— A ver si es verdad que tengo suerte — dijo mientras brindábamos por el Año Nuevo.

Tomamos cava, sentados en la mesa y Carlos nos sirvió las copas. Empezamos el año riendo y charlando. Más tarde, ayudamos a Martina a recoger aquello antes de salir de marcha y entre todos lo hicimos con rapidez. Dejamos su piso más o menos presentable y fuimos hacia una de las discotecas de moda. Martina se fue con su pareja, Ari hizo lo mismo junto a Marco y me vi en el coche de Sebas, los dos solos.

De repente me sentí nerviosa. Miraba por lo ventanilla mientras pensaba en Lucas y lo que había ocurrido en mi piso. ¿Debía decírselo a Sebas?

## **Dime que me quieres**

Sebas aparcó el coche.

— Bea — dijo apagando el motor.

— ¿Sí?

Nos miramos con intensidad y empecé a notar ese calor que me subía por la espalda. Que guapo estaba con traje, que ojos, que boca tan apetitosa...

Nos lanzamos el uno a por el otro, sin pensarlo. Y fue como un choque de dos meteoritos.

Nos besamos con esa pasión desenfrenada, reaccionando los dos al mismo tiempo. Nuestras lenguas se enredaron y me acarició la cara. Dejé mi mente en blanco, no quería pensar en nada, solo sentirlo. Me devoró la boca entera y le correspondí del mismo modo, con ansia, con unas ganas contenidas de hacía días.

— Bea... — su voz ronca me encendía.

Empecé a desabrocharle la camisa con rapidez y toqué su pecho desnudo y terso. Adoraba la dureza de su piel y cómo marcaba sus pectorales. Sebas enredó sus dedos en mi pelo, los bajó por mi espalda hasta mis nalgas y crispó sus dedos en mi trasero mientras seguíamos con aquellos besos desesperados.

Mi mano bajó hasta su erección y la acaricié con suavidad. Sebas soltó un leve gruñido y sentí que necesitaba oírlo de esa forma. Su mano se hizo paso hasta mi clítoris y comenzó a frotarme flojo pero de forma continua. Gemí inevitablemente y presioné su sexo.

— Bea...

— ¿Qué?...

Hablamos entre susurros y jadeando.

— Te necesito.

Aquellas dos palabras entraron en mí como si Sebas fuera el que me penetrara y gemí con más intensidad. Sentía mis mejillas ardiendo y el calor me

envolvía. Sus dedos resbalaban por mis labios empapados de humedad y no paré de revolverme en mi asiento, gimiendo con su boca besándome.

— Sebas...para...

— Quiero que te corras para mí, nena...

Cogió uno de mis pechos y apretó con cuidado mientras seguía martirizándome con ese placer.

— Bea...voy a follarte...hasta que pierdas el conocimiento...

Cuando lo oí hablando de aquella forma en mi oído no pude más y me corrí sintiendo aquellos espasmos brutales.

Abrí los ojos y vi su mirada perversa puesta en mí. No había nada más erótico que Sebas con ganas de tomarme.

Sacó su mano de mi sexo y se bajó la cremallera del pantalón. Se desabrochó el botón y sacó su erección, dura, erecta y hermosa.

Los cristales estaban empañados y pensé en sentarme encima de él pero Sebas tenía otra idea en la cabeza.

Me cogió del pelo con suavidad y me guió hasta ahí. Me la metí en la boca y succioné con fuerza. Era la primera vez que lo hacía de ese modo con él pero no me extrañé y seguí deslizando mis labios húmedos en su erección, acariciándolo con la punta de mi lengua.

Sebas sujetó mi cabeza y empujó sus caderas hacia mí. Lo oí gemir a la vez que decía mi nombre y aquello me gustó tanto que la introduje un poco más, forzando mi boca y notando que casi llegaba a mi garganta.

Creo que volví loco a Sebas porque gruñó demasiado fuerte y sentí la presión de sus dedos. Me concentré en su sexo y lo saboreé con ganas hasta llegarme a doler la boca pero continué.

— Bea...voy a correrme...

Me avisó por si quería retirarme pero no era para nada mi intención. Sentí como se endurecía y comenzaba a palpar. Sebas tiró de mi pelo y se corrió en mi boca gimiendo. Tragué y esperé a que terminara, retirándola con suavidad de mis labios.

Al incorporarme Sebas me miraba serio. ¿No le había gustado? Porque no me lo había parecido...

— Bea...

Miró mis labios hinchados y sonrojados, húmedos y brillantes.

— ¿Qué?

— Me vas a hacer perder la cabeza.

Me abrazó con cariño y sentí que me subía una mezcla de emoción y de culpabilidad.

Buscó mi boca y nos besamos despacio, con el sabor salado del sexo. Ya no fueron besos desbocados sino tranquilos y llenos de sentimiento. Nos separamos y al mirar a Sebas sentí un pinchazo en el estómago y seguidamente vértigo. Me apartó el pelo de la cara y me miró sonriendo.

— Bea, ¿qué voy a tener que hacer contigo?

— Puedes besarme...

Me besó de nuevo despacio y me miró juguetón.

— O puedes hacerme mimos...

Me acarició resiguiendo mis labios con su dedo.

— O decirme... — que me quieres, pensé.

¡Joder!, ¿de dónde salía eso? Me mordí el labio y me callé pero Sebas lo pilló.

— ¿Decirte qué?

— Nada — no supe reaccionar, como muchas otras veces.

— ¿Decirte que te quiero?

Sentí un escalofrío al oírlo en su boca. Sebas me miró fijamente, sin parpadear.

— Creo que es pronto para ti — concluyó en mi oído mientras me abrazaba otra vez.

Me quedé muda y blanca, seguro. Me impactaron sus palabras, su tono, su

forma de hablar de nuestros sentimientos, o de los míos. Como si supiera más que yo o como si yo me estuviera perdiendo algo. ¿Podía ser Sebas tan maduro?

¿Por qué había pensado yo que quería oír esa declaración de su boca?

— Beauty, deja de cavilar tanto — dijo besando mi cuello — Vamos.

Sebas me soltó y al segundo añoré sus brazos y su cuerpo. Suspiré hondamente.

— ¿Puedo? — cogió mi mano y señaló hacia ella.

— Puedes — le dije sonriendo.

Sebas necesitaba de mi contacto como yo del suyo y eso me gustaba pero me daba miedo pensar hasta cuándo iba a durar. Con él siempre era una de cal y una de arena, y lo jodido ahora era que cada vez me implicaba más en nuestra relación y no quería acabar llorando por algo que se veía venir.

Entramos en la discoteca y buscamos a nuestros amigos. Estaban en una de las barras laterales. Nos miraron riendo al llegar, todos excepto Carlos. Supuse que no sabía que entre Lucas y yo se había terminado todo.

— ¿Empezando bien el año? — preguntó Martina poniendo cara de vicio.

— Que va, Sebas me ha contado un cuento — les dije bromeando.

— Sí, el de la María Sarmiento... — respondieron Ari y Martina a la vez y nos reímos las tres.

— Estás un poco despeinada, cielo — me dijo Marco colocándose un mechón de pelo.

— Es que se ha levantado aire — le respondió Sebas sonriendo y mostrando su dentadura perfecta.

— Habrá que celebrarlo — Alejandro llamó a la camarera y nos pidió dos gin-tonics secos.

Sebas y yo brindamos con los demás. Carlos asumió lo que había y se sumó a las risas del grupo. ¿Pero qué había? Sebas y yo habíamos tenido sexo en el coche y poco más. ¿Por qué sentía que había algo diferente? ¿Por qué había terminado con Lucas? Tampoco era eso porque la mayoría de veces Sebas

anulaba a Lucas, y lo mismo sucedía al contrario. Miré a Sebas charlando animadamente con Ari y Alejandro y pensé en lo que sentía por él.

— Preciosa, ¿cómo puedes no tenerlo claro? — Marco me habló flojo para que solo lo oyera yo y dimos un par de pasos para separarnos del grupo.

— Buf, me encanta Sebas pero no sé a qué atenerme con él. — no habíamos hablado de ese tema desde que ellos dos se habían hecho tan amigos.

— ¿Crees que te hará daño?

— Sí.

— Bea, contigo es distinto.

Lo miré frunciendo el ceño. ¿Distinto?

— No tiene nada que ver — susurró y ambos lo miramos un segundo.

— Sebas no quiere compromisos, Marco, le gusta divertirse, demasiado. No tardó nada en irse con otra.

— ¿Sara?

— Sí — al recordar su llamada con ella en la cama, sentí unos celos tremendos.

— Ella no es nadie para Sebas, lo sabes. — dijo muy seguro — Eres tú...

Lo miré inspirando fuerte.

— Te quiere a ti Bea.

— ¿Eso te lo ha dicho él? — pregunté con rapidez y Marco sonrió.

— Directamente no pero hemos hablado bastante de ti.

Lo miré pensativa. ¿Sebas me quería? ¿Podía estar...enamorado de mí? Incluso pensarlo me resultaba extraño.

— Lo que no entiendo es lo tuyo preciosa, ¿por qué dudas de lo que sientes?  
— Marco me acarició la mejilla cariñosamente — Solo puede ser por una cosa.

Lo miré a la espera de su conclusión.



— Tienes un miedo tremendo a empezar una relación.

Miré de nuevo a Sebas y él me miró a mí. Fueron unos segundos en los que sentí la necesidad urgente de estar en sus brazos.

— Eres tú Bea, la que no quiere compromisos. No él.

Volví la vista hacia Marco, con los ojos abiertos por lo que acababa de oír.

— ¿Y tú cómo sabes tanto? — le pregunté.

— Porque me pasó algo parecido y sé que estás escaqueándote de lo que sientes. Lo disfrizas de sexo y te conformas. Te engañas a ti misma, eso lo primero. Y trasladas tus miedos en él, y sí, vale, es un tío que ha ligado lo que ha querido y más. Pero contigo sabes que es distinto.

¿Había escapado de mis sentimientos? ¿Tenía razón Marco? Era cierto que Sebas había tenido miles de detalles conmigo. Pasaron por mi mente varias imágenes de nuestra caótica relación y realmente, no todo parecía sexo...había algo más y yo no lo veía o no lo había querido ver.

— Bueno Marco, ¿vas a robarme mi ligue de fin de año? — Sebas me abrazó por detrás y me dio un salto el corazón.

— Preferiría robárselo a Bea — dijo Marco y los tres reímos.

Sebas me giró hacia él.

— ¿Secretitos? — me besó en la boca con suavidad.

— Alguno que otro — le dije en sus labios mientras él me abrazaba con más fuerza.

— ¿Inconfesable?

— Nunca se sabe — le solté coqueta mirando sus preciosos ojos.

— Pero a tu vecino sí se lo vas a decir...

— Al vecino ni agua — le dije sonriendo.

— Vamos a ver si te convenzo — me susurró bajando por mi cuello mientras sus manos acariciaban mi espalda.

— Sebas...

— Nena...

Cuando me nombraba así y de esa forma tan sexi me dejaba noqueada.

Me miró sonriendo y feliz. Se le veía feliz y yo también me sentía radiante. Ni siquiera pensé en Lucas y en la putada del día anterior. Mi mente lo borró como si no hubiera sucedido. Aquella noche era mía y la iba a disfrutar lo mejor que pudiera. Y si era con Sebas perfecto.

Los demás nos reclamaron e hicimos una ronda de chupitos. Tequila con sal y limón. Nada más tomarlo Sebas me besó introduciendo su lengua en mi boca y no me resistí, lo deseaba tanto como él. Al terminar Ari y Martina me miraron sonriendo y yo me limpié los labios riendo con Sebas.

— Estás buenísima — me dijo acercándose otra vez a mi boca.

Le mordí el labio con suavidad y él suspiró en los míos.

— Bea, no quiero correr pero ¿quieres casarte conmigo?

Nos reímos los dos por su tontería y seguimos bromeando entre besos, abrazos y caricias. Como una pareja más.

Cuando fuimos al baño las tres, Ari y Martina me hicieron un interrogatorio exhaustivo, pero no mencionaron a Lucas, cosa que agradecí. Me preguntaron entusiasmadas qué estaba pasando entre Sebas y yo.

— Creo que estoy...

— ¿Qué? — preguntaron a la vez.

— No sé, siento algo extraño con Sebas.

— ¡Ni que fueras novata! — exclamó Martina sonriéndome.

— ¿Estás enamorada de Sebas? — preguntó emocionada Ari.

¿Enamorada? Entonces recordé su llamada.

— ¿Por qué hablaste con él?

Ari me miró sorprendida primero y después alzó los hombros resignada.

— Se me fue la lengua pero porque lo vi tocado.

— ¿Qué quieres decir?

Ari y Martina se miraron de manera cómplice. Sabían algo que yo no sabía, estaba más claro que el agua.

— Sebas estaba jodido por tu viaje con Lucas.

— Muy jodido —recalcó Ari. — El martes, después de salir el lunes y pillar una buena, nos lo dijo.

Las escuchaba atenta y alucinando.

— Nos lo confesó. Y también nos dijo que te había llamado con Sara en su cama — Martina estaba muy seria.

— Ya lo sabíamos por ti pero Sebas estaba hecho una mierda y entonces le pregunté por qué hacía aquellas cosas. Me dijo que tú estabas con Lucas y que te habías acostado con él.

— Tuvimos que decirle la verdad, estaba destrozado, maja.

— Se nos fue la lengua —Ari repitió me miró esperando mi reacción ante toda aquella información.

Las miré con cariño. Realmente me habían hecho un favor al descubrir mi mentira.

## Un beso esclarecedor

Al volver del baño, fui yo la que hizo un interrogatorio a Ari sobre lo suyo con Alejandro y me explicó que él le había pedido que se fuera a vivir con él o al revés, le daba igual, pero que quería estar con ella. Cuando la oí hablar y vi la cara que ponía, supe que su decisión era la correcta y que yo me había adelantado juzgándola. Me alegré muchísimo por los dos y Ari me abrazó feliz.

¿Quién era yo para dar consejos si últimamente parecía una veleta?

Todos teorizaban sobre mis sentimientos, todos excepto Sebas. No me preguntó sobre Lucas y me extrañó. Quizás aquella noche él tampoco quería malos rollos. Cuando regresamos lo vi hablando con su colega Toni. Estaban riendo y charlando animadamente. Me gustaba observarlo sin que él se diera cuenta; así podía recrearme en sus rasgos. No sabía qué me atraía más si su boca perfecta o sus ojos color avellana.

Saludé a Toni con una sonrisa pero Sebas me cogió de la cintura y me acercó a él.

— Feliz Año, peligrosa — soltó Toni riendo mientras me daba dos besos.

— Feliz Año, simpático.

— Ha venido Marta — le dijo Toni a Sebas y él puso mala cara.

— ¿Has venido con Núria?

— Sí, mírala, por allí viene.

Vi a una chica menuda, muy estilosa y que andaba con paso seguro hacia nosotros. Sebas y ella se abrazaron; se saludaron y me quedé en un segundo plano sin saber qué hacer.

— Núria, ella es Bea — me miró unos segundos y sonrió.

¿Y quién era Núria?

— Núria, la futura de Toni.

— Encantada, Bea — me dio dos besos y yo le correspondí del mismo

modo.

— Se casan en tres meses — me informó Sebas.

— Enhorabuena — le dije pensando que hacían buena pareja. —  
¿Trabajáis juntos? — le pregunté a ella por curiosidad.

Sebas y Toni hablaban de algo del trabajo pero no soltó mi mano ni un momento.

— No, que va, no me fastidies — nos reímos las dos — Donde pongas la olla no metas...ya sabes — me reí de nuevo y pensé que tenía un aire a Martina.

— Sí, sí, ya sé — pensé en Lucas y en cuanta razón tenía el dicho.

— Soy economista y trabajo en *Bandge*.

— Una mujer de negocios — le dije sonriendo.

Núria me iba a caer bien, lo intuía.

— ¿Estás en *Synch*, no? — me sorprendió que lo supiera — Me comentaron algo este par de leones.

Le sonreí y asentí con mi cabeza.

— Luego dicen de nosotras pero ellos marujean mucho más, te lo aseguro — reímos de nuevo y entonces aparecieron por allí Ari y Martina antes de que pudiera indagar que más sabía. Parecía que Sebas hablaba de mí más de lo que imaginaba.

Hicimos las correspondientes presentaciones y automáticamente Martina se enganchó a hablar con ella. Sonreí pensando que quizás había encontrado a su hermana gemela y lo confirmé cuando las oí reír a carcajada limpia a las dos.

— ¡Sorpresa! — me giré y vi a Marta abrazando a Sebas por la espalda. Le solté la mano y sentí una quemazón: celos.

— Marta... — él quitó sus manos de su cintura y ella se puso delante, colgándose de su cuello.

Iba vestida muy sexi, con un escote exagerado y una falda ajustadísima. Tenía buen cuerpo y podía llevarlo aunque para mí gusto enseñaba demasiado.

— Feliz año, cariño — ¿Cariño? Marta se lanzó a su boca y me quedé

mirando sin creer lo que veía.

Sebas reaccionó y se la quitó de encima.

— Marta, vas bebida — le dijo cansado. Me miró a mí en un gesto de preocupación y retiré la vista de ellos dos.

— Lo que voy es falta de ti — lo dijo lo suficiente alto como para que yo lo oyera.

— Marta, por favor, estoy con mis amigos — le dijo con educación.

Estuve a un tris de irme de allí pero no quise huir, como siempre. Aguanté el tipo esperando ver qué hacía Sebas. Con un gesto rápido se puso detrás de mí y me abrazó. Marta lo miró con los ojos bien abiertos y después me miró a mí con desdén.

— La vecina...

No quise decirle nada, estaba todo dicho.

— A ver lo que te dura — me dijo de forma despectiva mientras se iba de allí.

— Me has usado — le dije girándome hacia él y haciéndome la ofendida.

— Sí, culpable — dijo sonriendo.

— Menudo abogado estás hecho.

Pensé en cómo sería trabajar con aquel acoso por parte de su ex.

— ¿Y en el trabajo cómo lo haces?

— Nos vemos muy poco. Le pedí a mi jefe que no la quería más de compañera.

— ¿Y accedió?

— Sí, por supuesto. O eso o me iba.

— ¿Y quién te quiere perder a ti verdad?

Nos miramos a los ojos sintiendo esa conexión especial entre nosotros.

— Estoy pensando en cambiar de aires, no lo sé todavía.

Me cortó la respiración porque creí que se refería a irse de Barcelona.

— ¿Qué quieres decir? — pregunté preocupada.

Sebas me miró sonriendo.

— Cambiar de bufet pero en Barcelona, Beauty. ¿Te has asustado?

— No quiero que te vayas de... — mi lado, joder, ¿qué tontita estaba no?

Él no terminó la frase por mí pero sí se acercó despacio a mi rostro, con esa mirada increíble que me hacía temblar de pies a cabeza.

Me beso lentamente, un beso, otro y otro más. Introdujo su lengua tan despacio que parecía que íbamos a cámara lenta. Me saboreó enredando nuestras lenguas, mezclando saliva y el sabor del alcohol. Al retirarse me miró igual de cerca. Iba a decirme algo, lo leía en sus ojos y yo quería decirle ¿lo mismo? Sí, Sebas era con quien quería pasar el resto de mis noches.

Le...quería...

Ahí me di cuenta de todo. Le quería de verdad. Estaba enamorada de Sebas pero no había dejado que fluyera por miedo. Miedo de un chico como él. Miedo a no ser correspondida. Miedo a que me hiciera daño. Había creído que dudaba entre él y Lucas, y hasta cierto punto había sido así, pero no me había dado cuenta de todas las concesiones que había hecho a Sebas, lo presente que había estado siempre, en todos los momentos, ni que lo que había entre los dos no era simple sexo.

Lucas era aquella parte salvaje de la vida, enigmática, sexual, impulsiva pero sin sentimientos reales. Me había engañado a mí misma creyendo que quizás Lucas podía ser el hombre, pero era Sebas quien me llenaba con sus detalles, su sonrisa y sus palabras.

— ¿Por qué me miras de ese modo? — Sebas me sacó de mis pensamientos.

— Porque me tienes loca — le dije usando sus palabras.

Se quedó mudo porque yo no solía hablar de lo que sentía.

— ¿Y sabes qué? — toqueteé su pelo mientras lo miraba con coquetería  
— Creo que vas a ser mi perdición... — seguí usando expresiones suyas.

— ¿Ah sí? — respondió sonriente.

— Sí, estoy segura.

Parecía que hablábamos con un código secreto con el que solo nosotros dos nos entendíamos. Él sabía que acababa de decirle indirectamente que quería estar con él.

— ¿No vamos a bailar hoy? — era la oportuna de Martina cogida con Núria del brazo.

Me separaron de Sebas quien me hizo un guiño mientras me arrastraban hasta la pista junto a Ari. Y bailamos, las cuatro, divirtiéndonos de lo lindo mientras ellos parloteaban. Volvimos al cabo de un rato a la barra y nos sentamos para pedir un chupito solo para las chicas. Nos reímos porque ellos se quejaron pero no los dejamos participar.

— ¡Un brindis por las amigas, las que tengo, las que tuve y las que tendré!  
— Martina miró a Núria y ella sonrió de oreja a oreja.

Lo bebimos de un solo trago y en cuanto dejé el vasito vi que a Sebas se le acercaba una chica... era Sara. Qué bien, éramos pocos y parió la abuela. Vi de reojo como se saludaban y él sonreía. Me mataba pensar que aquella había estado con él. Hablaron un par de minutos que a mí se me hicieron eternos aunque lo disimulé muy bien porque ninguna de ellas se percató de esa aparición fantasmagórica.

Sara se fue y Sebas me miró. Yo retiré la mirada pero él vino igualmente hacia mí.

— Os la robo un segundo — les dijo a las chicas.

Nos apartamos un poco.

— No quiero saberlo — le dije cerrándome en banda.

A veces prefería no saber para no sufrir, inmaduro pero efectivo.

— Sólo la he saludado, educadamente.

— ¿Te gusta?

— ¿Sara?

Oír su nombre en sus labios me sabía a hiel.

— No — su contundencia me alivió un poco pero saber que rondaba por



allí no me hacía ninguna gracia.

¿Y si de repente los veía morreándose como aquel día? No lo iba a soportar y menos ahora.

— Nena, ya está. Se acabó todo con ella ¿entiendes? — Sebas vio mi cara de angustia.

Puso sus manos en mi cara y me obligó a mirarlo. Cerré los ojos, no quería que me viera tan vulnerable.

— Estuve con ella porque no soportaba no tenerte — lo miré desconcertada ante tal confesión — Sara no significa nada para mí.

Me abracé a él, sintiendo que los dos habíamos hecho muchas cosas al revés, empezando por mí, evidentemente. Pero todavía estaba a tiempo de hacer las cosas bien, de que Sebas y yo pudiéramos ir por buen camino.

— Pues ya me tienes toda para ti — le dije alzando los brazos y Sebas rio abrazándome.

Ninguno de los dos pensó en Lucas, o yo no lo hice hasta que estando en el baño, esperando a que saliera Ari, vi un mensaje en mi móvil.

“Feliz Año Nuevo Beatriz, te deseo lo mejor. Tenemos que hablar de lo que pasó ayer.”

Lo leí y lo volví a leer. ¿Debía responder? Joder, ¿Y cómo iba a ser trabajar con él ahora? Lucas iba a seguir con su mujer y estaba claro que yo no quería ya nada con él, pero ¿cómo olvidar todo lo ocurrido? ¿Tiempo al tiempo? ¿Y si había otro viaje? Si lo mío iba bien con Sebas... ¿cómo iba a irme de viaje con Lucas?

Eliminé el mensaje y no le dije nada, ya lo haría cuando me apeteciera. De momento, seguía muy cabreada y no tenía nada que hablar. Lo que yo veía era que se había aprovechado de mí justo el mismo día que sabía que iba a ser padre. Me daba igual si se había dejado llevar o no. Tan maduro y yo tan niña, y al final habíamos intercambiado los papeles.

## **Desnúdame despacio que no tengo prisa**

Pero Lucas no me iba a estropear la noche y cuando llegué hasta ellos lo hice con la mejor de mis sonrisas. Eran las tres de la mañana y la gente empezaba a desmadrarse. A Marco lo perdimos, Núria y Toni iban y venían, y nosotros bebíamos, charlábamos y bailábamos o todo a la vez. Sebas no se fue de mi lado ni yo del suyo.

— ¿Te ibas a París esta noche? — le pregunté recordando la conversación con mis amigas.

— Sí, con mi padre. Tiene allí varios amigos y no me apetecía quedarme por aquí.

— ¿Por qué?

— Porque no quería verte.

Sabía la respuesta pero quería oírla de sus labios. Todavía me costaba creer que Sebas estuviera por mí.

— Y al final te ha salido mal — le dije sonriendo.

— Al final ha salido perfecto — me abrazó besándome y apretó su cuerpo con el mío.

Noté ese calor mezclado con una sensación de felicidad que no supe reconocer. Estaba asustada, la verdad. Temía que en cualquier momento comenzase a hacerme preguntas sobre Lucas y no sabía cómo se lo tomaría. Podía parecer que Lucas me había abandonado a mi suerte y que entonces había optado por Sebas, pero no era así, para nada. En ningún momento pensé en esa posibilidad. Me quedo sin uno y me voy con el otro. Yo creía que lo mío con Sebas era imposible, que no quería nada y que no sentía por mí.

Era cierto que sin Lucas en mi cabeza, lo veía todo más claro. Veía que lo vivido con Sebas tenía mucho más significado de lo que creía. Veía que cada vez que me había peleado con él me había dolido, cuando lo veía con otras no lo soportaba y que había estado muy ciega ante gestos de Sebas. Alejandro, Marco, Ari... todos lo tenían claro antes que yo. Me había escudado en cómo era Sebas, y la verdad era que él conmigo había sido siempre... distinto.

Y estaba feliz, mucho, sonriente, contenta y entusiasmada con lo que podía venir pero a la vez iba con pies de plomo. ¿Demasiado precavida? Quizás sí pero no quería sufrir y Sebas tenía todos los números para ser de esos que podían hacerme llorar durante días.

— Beauty... — murmuró en mi oído mientras bailábamos pegados.

— Mmm...

— ¿Y si nos vamos a celebrar nuestro fin de año?

— ¿En qué estás pensando?

— En escaparme contigo — un escalofrío recorrió mi columna. — Solos, tú y yo durante todo el fin de semana.

Uf, me encantó la idea y le dije un sí con mi mirada.

Nos despedimos de nuestros amigos, quienes, lógicamente, bromearon sobre nuestra huida. Era pronto para irse pero nos apetecía disfrutar de un poco de soledad.

Al subir al coche nos miramos con complicidad. Arrancó y miré cómo conducía; me ponía incluso así, tan serio y concentrado.

— ¿Qué tienes en mente?

— ¿Me dejas a mí? — preguntó mirándome un segundo.

— ¿Puedo fiarme?

— Coge poca ropa, no la vas a necesitar — nos reímos a la vez.

Cuando llegamos al piso, preparamos nuestras respectivas bolsas, con una rapidez increíble. Me reí al verme a esas horas de la madrugada, vestida de fiesta, preparando algo de ropa para irme con Sebas no sabía dónde. Estaba que no me lo creía y estaba claro que con él no existía el aburrimiento, menudas ocurrencias. Y yo estaba tan loca que lo iba a seguir sin pensarlo. Me puse unos vaqueros y las *Converse*, con una camiseta mona y una cazadora gruesa.

Cuando llamó a mi piso, estaba mirándome en el espejo y entonces pensé que quizás me había equivocado de atuendo. Abrí la puerta intrigada y vi que se había quitado el traje y que llevaba unos vaqueros que le quedaban de vicio.

Salí y Sebas me besó con pasión. Apretó sus labios contra los míos y me dejó sin respiración.

— Avisa — le dije sonriendo y cogiendo aire.

— Ni lo pienses, me gustan tus gemiditos cuando te beso así.

Lo miré sonriente y entramos en el ascensor cogidos de la mano. Bajamos al parking y me dijo que iríamos en moto. No había subido nunca con él y, la verdad, me apetecía abrazarlo y sentir el aire junto a su espalda. Sebas metió las bolsas en una maleta rígida que puso detrás. Nos colocamos los cascos y me sujeté a su cintura. Salió despacio y condujo con mucho cuidado. Aquella noche había demasiada gente bebida y no era recomendable despistarse ni un segundo.

Salimos de Barcelona y se dirigió hacia el sur. Cuando llevábamos unos treinta minutos de carretera vi hacia dónde íbamos: ¿Sitges? No me dio tiempo a pensar mucho más porque entró por un camino asfaltado y llegamos hasta una valla cerrada. Sebas la abrió con un mando y siguió camino arriba. Miré con interés el lugar porque parecía de algún particular, con unos jardines grandes y cuidados aunque no se veía demasiado. Llegamos a una pequeña casa hecha de piedra y madera.

— Hemos llegado — dijo Sebas quitándose el casco.

— ¿Y esta casa? — pregunté.

Bajé de la moto y di una vuelta sobre mi misma.

— ¿Te gusta? — preguntó con interés.

Miré sus ojos.

— ¡No me digas que es tuya! — sonrió ante lo evidente.

— Cuando termine de pagarla lo será — dijo orgulloso.

Vaya, menuda sorpresa. Creía que Sebas no era de esos...de esos que ahorran, que invierten, que piensan con la cabeza. Pero me había equivocado tanto con él.

— Esa caseta de ahí es para...trastos, ya sabes — vi una caseta de madera con una puerta y una ventana — ¿Entramos? — me invitó a pasar y abrió la puerta.

Lo miré todo con mucha curiosidad. Cada detalle de aquella casa me decía cosas de él. Nada más entrar, estaba el salón con un sofá y un sillón de color marrón a juego con una mesa grande que estaba situada detrás. En la pared había varios cuadros, entre ellos alguna imitación de Velázquez.

— No es muy grande pero es acogedor — dijo subiendo la persiana con un mando a distancia.

Las vistas eran preciosas, se veía todo el jardín y el perfil de las montañas sobre el cielo negro. Sebas me miró esperando mi opinión.

— ¡Me encanta! — le dije entusiasmada.

Me tiré a sus brazos y él se rio mientras me besaba una y otra vez cogiéndome a pulso. Bajé deslizándome por su cuerpo.

— ¿Te enseñó el resto de la casa?

— Me muero por verlo — le dije cogida de su mano.

A un lado estaba la cocina, pequeña y coqueta. Tenía una mesa para dos pero estaba equipada con todo lo necesario y estaba impecable.

— ¿Cómo es que está todo tan limpio? — le pregunté.

— Vienen dos mujeres de la limpieza cada martes, así no tengo que preocuparme de nada.

Sebas me enseñó un par de habitaciones, una más menuda con una cama individual y otra con una cama de matrimonio. Las dos decoradas con muy buen gusto. Entre ellas había un baño completo y muy grande.

— ¿Qué te parece? — preguntó impaciente.

— ¿Qué me va a parecer? Que tienes muy buen gusto Sebastián.

— Gracias Beatriz — nos reímos como dos niños — ¿Te apetece un café?

Fuimos hacia la cocina y mientras él preparaba la Nespresso, yo me dediqué a mirar cada rincón. Me tenía muy impresionada.

— Explícame de dónde sale ese Sebas inversor — sonrió ampliamente.

— La compré hace un par de años — me pasó el café y preparó el suyo mientras charlaba — Mi padre me comentó que el dueño estaba en quiebra, que iba a perderla, debido a la crisis, y pensé que podía ser un buen lugar para

escapar de Barcelona. Se la compré a un buen precio, no puedo quejarme.

— No sabía esa faceta tuya — tomé un sorbo del café. Sentaba bien algo caliente a esas horas.

— No sabes muchas cosas — dijo haciéndose el interesante.

Era verdad.

— ¿Y traes aquí a tus conquistas? — lo solté sin pensar y me mordí el labio porque realmente no quería saber la respuesta. — Déjalo —le dije con la mano viendo su sonrisa de ligón.

— No, esta casa es sólo para mí.

Me miró fijamente y tragué saliva. Buf.

— Ni siquiera he traído a Marta.

Casi se me resbala la taza de las manos y Sebas sonrió con sus dientes blancos ante mi torpeza.

— ¿Y...eso?

— No quería compartirla, con nadie...

Dejó la taza en la mesa y se acercó a mí como un depredador. Dejé también mi café antes de que terminara por el suelo. Inspiré sintiendo un temblor en las rodillas.

— Hasta que te conocí.

Madre mía. Eso significaba muchas cosas, ¿verdad Bea?

— He pensado más de una vez, en pedirte que vinieras aquí, conmigo. — me abrazó por la cintura y me quedé embobada — Solos los dos.

Vaya, menuda caja de sorpresas. Estaba alucinando toda la noche con él y sus confesiones.

— Me dejas sin palabras — abracé su cuello y olí su perfume.

Me sentí a gusto, cómoda y como en casa.

— Y eso es difícil en ti.

— Lo es.

— Eres muy complicada, Beauty.

Pasó sus labios por mi cuello mientras me decía aquello.

— Que va — le repliqué cerrando mis ojos.

— No lo niegues — fue a buscar mi boca y la abrí para dejarle paso.

Volvimos a besarnos y apretar nuestros sexos. Sentí su erección inmediatamente y me encantó que estuviera siempre tan a punto. Sebas cogió mi mano y me llevó a su dormitorio. Miré su ancha espalda y me sentí nerviosa, como si no hubiera estado nunca con él.

Sus ojos vidriosos me miraban de esa manera que ahora sí sabía qué querían decirme. No me corté en mirarlo de la misma forma y Sebas medio sonrió mientras me quitaba la camiseta con cuidado. Se quedó fijo en mi pecho y resopló.

— ¿Este es el conjunto?

— Sí — respondí sonriendo.

— ¿Y las braguitas son igual de sexis?

— Son muy pequeñas. No sé qué opinarás — le dije juguetona.

Me acordé que al comprarlas coincidí con Lucas pero lo aparté de mi mente.

Me desabrochó el vaquero y lo bajó un centímetro. Suspiró exageradamente y me reí. Sus manos estaban en mi cadera.

— Esto es maltrato, Beauty — me miró a los ojos feliz — No puedes ir así, tan tranquila por el mundo.

— ¿Me vas a meter en prisión abogado? — me lamí los labios y se fijó en mi boca al instante.

— Debería hacerlo — volvió a mirar mis ojos y sus manos cogieron las mías.

Con suavidad pero con contundencia me tumbó en la cama, con nuestros dedos entrelazados. Me reí al sentirme atrapada por él.

— ¿Y esa risa? — sonreía tanto o más que yo.

— Estoy feliz — le dije sintiéndome como nunca.

— Perfecto nena... porque ahora vas a tocar el cielo — lo miré más serio y sentí que se me ponía la piel de gallina — Y no bromeo —dijo con su voz grave.

Uff, Sebas sabía cómo encenderme en pocos segundos.

— Quiero que tus manos no se muevan ni un milímetro — su orden llegó a mis partes y comencé a sentir esa calentura — Si lo haces, tendrás un castigo.

— ¿Qué castigo? — pregunté mordiendo mis labios.

— No quieras saberlo — dijo tan severo que me lo creí.

Dejó mis manos encima de mi cabeza, una encima de la otra. Y bajó despacio acariciando mis brazos desnudos. Sentí estremecer todo mi cuerpo y sin querer bajé una de mis manos.

Sebas me miró, avisándome y puse de nuevo la mano en su sitio. Aquello iba en serio, madre mía, y me tenía en ascuas. Con Sebas nunca se sabía. ¿Qué quería hacerme? El no saber y el estar bajo su dominio me excitaba. No hubiera pensado que el rollito de Grey me pusiera tanto en la vida real.

Sebas se detuvo en mi sujetador y resiguió el escote mirándome con puro deseo. Realmente le gustaba, no había duda alguna. Sus labios se posaron en el nacimiento de mi pecho izquierdo y comenzó a besarme despacio, sin dejar de mirar mis ojos hipnóticamente. Suspiré al sentir esas caricias y quise mover mis manos para coger su pelo revuelto pero me detuve y seguí en aquella posición. Pasó a mi otro pecho pero esta vez con su lengua y sentí que algo dentro de mí se contraía. No me quitó el sujetador y continuó hacia abajo, siguiendo el camino hacia mi ombligo con pequeños besos. Al notarlo cerca de mi sexo me moví y Sebas se detuvo.

— Nena...no puedes moverte.

Joder con Sebas...

Bajó con su boca hasta mi sexo y di un respingo. Me miró serio pero de forma muy sensual y cerré los ojos porque me estaba saturando.

— Mírame — Ay...si es que no podía. — Bea.

Abrí los ojos y Sebas continuó dándome besos cortos en mi estómago, cerca del principio de mis braguitas pero sin ir más allá. Me estaba torturando con



esos mimos y él lo sabía porque me iba mirando, observando, supuse que quería saber qué era lo que me gustaba más. Cogió mi ropa interior con sus dientes y los deslizó hacia abajo ayudándose de una mano. Uff. Su aliento tan cerca de mi sexo me estaba derritiendo por dentro aunque en parte me daba vergüenza. El sexo oral era algo muy íntimo y aunque no tenía problema en saborear el suyo, me daba corte que él hiciera lo mismo. Cerré las piernas, por inercia y Sebas me miró con interés mientras me quitaba las *Converse*, los pantalones y las braguitas. No preguntó y me besó el principio del monte de Venus; me estremecí aunque seguí apretando mis piernas y mordiendo mi labio inferior, sin dejar de ver sus preciosos ojos. Puso su dedo con delicadeza en el clítoris y empezó a acariciarlo con suavidad provocando mis primeros gemidos. Levanté mi cadera hacia él y abrí mis piernas, Sebas me besó de nuevo en el mismo punto y gemí, suspirando. Su boca en mi sexo más su dedo en mi parte sensible, daban como resultado que yo me dejara hacer lo que le diera la gana.

Sebas comenzó a pasar su lengua despacio por mi clítoris y mis labios, subiendo y bajando con suavidad, a la vez que me iba coronando de pequeños besos que acariciaban mi piel. Cerré los ojos al instante, dejando mi mente en blanco y sin pensar en nada, solo sintiéndolo a él. Mis manos cogieron su pelo y se lo revolví, a la vez que yo me revolví en la cama. Sebas me sujetaba las caderas mientras su boca seguía dándome placer. Gemí quejosa porque no quería correrme tan pronto. Quise que parara pero no podía ni hablar, estaba extasiada y cuando noté el hormigueo en mis piernas, ese hormigueo que me indicaba que mi orgasmo estaba a punto, Sebas paró.

Con un rápido movimiento se puso encima de mí y me penetró con maestría.

— Joder... — me dejó sin respiración.

Buf, notaba el palpito de mi sexo alrededor del suyo. Mi orgasmo que quería venir y él, dentro de mí, sin moverse un pelo.

Nos miramos fijamente.

— Nena...

— Sebas...

Tragué saliva porque quería decirle un “te quiero” pero tuve miedo y me callé. Cerré los ojos de nuevo.

— Bea, mírame por favor — me costaba hacerlo pero lo miré. — Nena, eres tú ¿lo sabes?

Ay madre, no iba a aguantar más si encima me decía aquellas cosas.

— Sebas... Quiero estar contigo — le dije aquellas palabras que debería haber dicho el primer día que me hizo el amor.

Sonrió ligeramente y me besó despacio, sin mover su cuerpo dentro del mío. Fue un beso distinto, sentido, como si los dos supiéramos que nos pertenecíamos, que nos queríamos de verdad, que estábamos enamorados.

Se separó y clavó sus ojos en los míos mientras salía lentamente deslizando su sexo por el mío. Inspiré con fuerza y él suspiró. Volvió a entrar del mismo modo, a cámara lenta, y eché mi cabeza hacia atrás gimiendo. No podría aguantar mucho más, estaba al borde. Sebas comenzó a embestir acelerando en cada entrada y gemí como nunca, grité incluso del placer, intentando coger aire para poder respirar. Sentí al momento mi orgasmo y las convulsiones de mi cuerpo. Mi sexo atrapó el suyo y Sebas aceleró su ritmo, apretando dientes y marcando todos los músculos de su cuerpo. Era la viva imagen de la lujuria y acabé gritando su nombre cogiendo su cuerpo con mis piernas para facilitarle la entrada. Sebas gruñó y jadeo al correrse dentro de mí varios segundos después.

— Bea...

Susurró en mi cuello, rozándome con su pelo y respirando agitado. Inspiró con fuerza y me abrazó llevándome hacia un lado. Me quité el sujetador, me acurruqué entre sus brazos y su pecho y nos quedamos en silencio, dejando que nuestros cuerpos se relajaran. Y tanto me relajé que me dormí con una tranquilidad infinita, vestida por su piel.

## Tengo miedo y te quiero

El olor del café me despertó y cuando abrí los ojos recordé donde estaba. Sonreí al pensar que tenía a Sebas detrás. ¿Estaría dormido?

— Buenos días dormilona — su voz grave detrás de mí respondió a mi pregunta.

— Buenos días — me giré y toqué su pecho desnudo y vi que llevaba puestos sus pantalones de pijama de rayas y que acababa de ducharse.

Enredamos nuestras piernas a la vez que nos miramos amorosamente. Nos besamos castamente en los labios.

— ¿Has dormido bien? — me colocó un mechón de pelo y temblé con su contacto.

— Como nunca — y era cierto. Hacía muchos días que no dormía tan bien.

— Eso es buena señal — dijo sonriendo y deslizando sus dedos por mi pelo.

— Necesito una ducha — le dije abrazándome más a él sin pensar que yo iba desnuda.

— No sé si dejarte ir — Sus manos acariciaron mi espalda y un escalofrío me recorrió entera.

— Bufff — rebufé.

— Es tu olor, tu piel suave que me tiene ido, nena.

Sus ojos se clavaron en los míos y sonreí.

— Una duchita y te prometo que voy como una buena niña — le dije poniendo morritos.

Sebas miró mi boca y alzó una ceja mirándome incrédulo.

— ¿Sí? — le dije divertida mientras me separaba de él.

Salí de la cama pero Sebas fue demasiado rápido y me atrapó entre sus brazos de nuevo. Me eché a reír.

— ¿Vas a irte sin darme un beso? — preguntó envolviendo mi cuerpo.

Pellizcó mis labios con los suyos y ladeamos la cabeza para que nuestras bocas encajaran. Nos besamos lánguidamente, sin prisas. Nos miramos suspirando ambos.

— Esto es... — estaba acojonada, era la verdad.

— ¿Qué es? — me miró intentando averiguar qué quería decirle.

— Demasiado intenso — le dije con sinceridad.

Sebas sonrió ampliamente y me gustó que no se lo tomara mal.

— Beauty, esto tiene un nombre — soltó con su habitual naturalidad.

Temblé de pies a cabeza al pensar que Sebas podía estar enamorado de mí, como yo de él.

Yo seguía desnuda y él pensó que tenía frío, pero de frío nada vamos.

— Ve a la ducha, ya hablaremos — me besó dulcemente en la mejilla.

Bajo el agua pensé en el giro que se había dado entre nosotros. Había empezado la noche vieja sin hablarle y había comenzado el año con él, en aquella casa en Sitges. Era increíble pero me sentía feliz. ¿Podría por fin disfrutar de Sebas? ¿O era algo pasajero? Tenía miedo de lo que sentía por él porque realmente las sensaciones eran extremas e intensas. ¿Y si él se echaba atrás? Como muchas otras veces... ¿Y si venía diciéndome que no quería una relación? Salí de la ducha preocupada, mucho. Él mismo me había dicho que en ese momento de su vida prefería estar solo y no le había costado nada encontrar a otra chica que me sustituyera. ¿Podía estar yo segura a su lado?

Lo encontré en la cocina, calentando el café que ya había hecho.

— ¿Te apetece comer algo? — preguntó sonriendo.

— No, gracias — tenía el estómago cerrado.

Me pasó el café solo y lo tomé en silencio mientras él ordenaba cuatro cosas. Me miró serio y cruzó sus brazos.

— Bea, ¿qué pasa?

Apreté mis labios porque no sabía ni por dónde empezar. Estaba confusa, la verdad.

— Si empezamos siendo sinceros, mucho mejor — dijo con suavidad.

— Sinceros... — dije para mí. Estaba tan acostumbrada a poner florituras a las cosas que me costaba ser tan directa como él, pero lo intenté y me salió disparado. Sin filtros. — Estoy acojonada.

Pensé que se echaría a reír pero Sebas me miró diciéndome que me entendía. Como si ya lo esperara.

— No sé, si eres tú o soy yo, que me como la cabeza cuando no debería, pero temo que me hagas daño — bufé por la presión que sentía en el pecho pero me quedé más descansada al decirlo.

— Bea, te has hecho una idea de mí y crees que solo soy eso. — Sebas sentó enfrente y me cogió una mano, acarició mis nudillos mientras hablaba — Es verdad que he estado con muchas y que he tenido solo dos relaciones largas, no te voy a mentir, pero ¿por qué piensas que no puedo enamorarme?

— Porque... — ¿por qué? — Te he prejuizado, ya lo sé, pero me da miedo que te levantes un día y no quieras estar conmigo.

Sebas me miró sorprendido.

— No nena, ese miedo lo tengo yo — concluyó muy seguro.

Nos miramos unos segundos en silencio, pensando que los dos teníamos una idea equivocada del otro.

— Intenté convencerme de que no me convenías pero desde el principio lo tuve claro contigo, Bea. — le miré alucinada — Si me lié con aquella de tu curro fue porque te vi con ese tío rubio y pensé que si me lo hacía con otra, dejaría de pensarte, pero fue al revés.

— ¿Al revés? — pregunté recordando aquella noche de la cena.

— Después de estar con ella, me quedé vacío. Con una sensación extraña en el cuerpo. Creí que la culpa era de aquella chica y no mía. Pero con Sara me ocurrió lo mismo.

No hizo falta que me diera más explicaciones. Yo sabía cuál era esa sensación: la había vivido con Lucas después de acostarme con él. ¿Era el momento de confesarme? ¿Y si la fastidiaba? Había sido solo un polvo y tampoco había significado tanto. ¿Por qué Sebas no me preguntaba nada de él?

Me miró esperando que le dijera algo.

— Me siento rara Sebas, llevo pensando tanto tiempo que no quieres estar conmigo, que me cuesta creerlo — cambié el rumbo de mis pensamientos.

— Han pasado mil cosas entre nosotros, pero quiero estar contigo.

Le creí y supe que lo decía de verdad al ver sus ojos. Nos cogimos de las dos manos y sonreímos.

— No voy a hacerte daño, no voy a irme con otra ni nada por el estilo. — Me encantaba su desparpajo y cómo hablaba sin miedo — Ven.

Me estiró para que me sentara en sus rodillas y nos abrazamos. Retiró el pelo húmedo de mi cara y mordisqueó mi labio inferior.

— Bea...

— Mmm...

Miré su boca perfecta y después sus ojos color avellana. Toqué su barba de tres días y acaricié su cuello. Todo en ese maravilloso silencio que nos envolvía.

— No sé si decirte que... — su voz se tornó más oscura.

— Que...

— Te quiero — lo dijo a un centímetro de mí pero pude ver su expresión.

Uffffff.

— Y yo — me salió sin pensarlo — Te quiero...

Sebas abarcó mi cuerpo con sus brazos y nos quedamos unos momentos sintiendo lo increíble que era sentirse correspondido. Estaba en una nube y no quería bajar de ella nunca jamás.

Cogí su cara con mis manos y nos dimos un beso tras otro, mordisqueándonos, enredando las lenguas y succionando nuestros labios. Madre mía, podía pasarme horas así, con esos besos saboreando el calor de su boca. Seguimos abrazados y besándonos hasta que nos entró a los dos la risa; parecíamos dos chiquillos morreándose por primera vez.

— ¿Puedes repetir...lo de antes? — bromeó Sebas.

— Te quiero — le dije sonriendo.

— ¿Cómo? — puso su mano en la oreja.

Le mordí el lóbulo y Sebas me besó el cuello. Y nos reímos de nuevo.

— No hay nada como verte reír.

Me miraba con esa intensidad abrumadora y me quedaba prendada de sus ojos.

— ¿Bea? — Su tono divertido me hizo sonrojar.

— Me tienes... — no encontraba la palabra.

— ¿Loca? ¿Feliz? ¿Cagada de miedo?

Reímos los dos.

— De todo un poco — le dije intentando controlar aquella risa floja.

— ¿Te apetece dar un paseo por Sitges?

Por supuesto, me encantó la idea y nos dirigimos con su moto hacia allí. Antes pero, observé la casa con detenimiento a la luz del día. Sebas tenía buen gusto; el lugar era precioso. La casa estaba rodeada de un amplio jardín con algún que otro ciprés y césped recién cortado.

— No habías dicho nada de este lugar.

Sabía que era su guarida particular pero no hablar de ella me resultaba extraño.

— Bueno, es algo que guardo con bastante recelo — me miró y le sonreí mientras cogía el casco — Pero no te lo dije antes porque quería traerte.

— Y sorprenderme.— le dije sonriendo de oreja a oreja.

— Eso es — se puso el casco y me dio la mano para subir. — Cógete fuerte.

Me abracé a él y me apoyé en su espalda. Pensé que no quería que aquel fin de semana terminara.

Paseamos por Sitges, siempre con nuestros dedos entrelazados, charlando de mil temas y riendo, sobretodo riendo por nada, como dos niños felices. Comimos en un pequeño restaurante que él conocía disfrutando el uno del otro. Me encantaba sentirme tan a gusto, y tener la certeza de que él deseaba estar

connmigo. Me hacía sentir segura por primera vez. Siempre dudando, siempre creyendo que Sebas era la opción más inestable y al final no había atinado ni una. Ni queriendo la podía haber cagado más. Y aún me quedaba un tema pendiente que me martirizaba por dentro: Lucas.

Más tarde regresamos a la casa y Sebas me mostró otro de sus secretos tan bien guardados.

— Si te ríes te mato — avisó bromeando.

— Me va a dar algo, venga, dime de qué va — rogué sin resultado alguno.

Sebas me llevó hacia aquella caseta de madera adosada a la casa. Abrió la puerta con otra llave y pasó él para observar mi reacción al ver todo aquel montaje. Me quedé de piedra.

Estaba todo como revuelto, lleno de pinceles, pinturas al óleo, paletas varias y cuadros. Lo miré con la boca abierta y Sebas sonrió con cierta timidez y no sé qué me impresionó más si saber que pintaba o verlo tímido ante algo.

— Pintas... — dije admirando el primer cuadro.

Era un paisaje abstracto, un cielo azul intenso contrastando con un campo de trigo. Me gustó la combinación de los colores y la graduación de la luz. Pasé al siguiente y me sorprendió la mezcla de colores: rojo, negro, azul y un naranja chillón. Inspiraba vitalidad y fortaleza.

Vaya...

— Ya sabes más de mí — dijo muy comedido.

— ¡Me parece fascinante!

Fui mirando con minuciosidad los que tenía a la vista.

— Sebas, me gustan...

— ¿De veras? — Su tono inseguro me agradó.

— Sí y no te lo digo porque esté colada por ti.

Nos reímos los dos.

— ¿Desde cuándo pintas? — le hablaba pero seguía admirando el color y la textura de sus pinturas.



— Desde siempre — dijo siguiéndome con la mirada — De pequeño lo hacía con mi abuela y después he seguido por mi cuenta.

— Autodidacta — le dije más para mí que para él.

— Algo así, aunque hace años hice un par de cursillos sobre el tema. Y aquí me escapo para pintar.

— Es el lugar perfecto — le dije imaginando que el silencio era el compañero ideal para poder disfrutar de ese arte.

— Lo es — confirmó.

Llegué al último cuadro y me impresionó lo oscuro que era. Me quedé observando aquellas líneas rojas que destacaban en el centro entre todas aquellas tonalidades de negro. No sabía que podía haber tantos tonos de un mismo color, pero lo que me llamó la atención era que aquel cuadro parecía sacado del mismísimo infierno. Me aventuré a hacer una predicción.

— Oye...

Sebas se acercó a mi lado.

— Este lo pintaste un día que...

Me miró sonriendo a ver qué decía.

— Llevabas un cabreo del quince mil — dije sonriendo también.

Me miró asombrado.

— *Touché* — alcé las cejas — Lo sabía.

— Sí, tal cual — me abrazó y me besó en los labios.

— Va a ser divertido tener un... — ¿novio?...

— ¿Un novio pintor?

Sebas se rio al ver mi cara.

— Te comería a besos Bea cada vez que bajas la guardia de esa manera.

— Quería decir un novio, sí, un novio pintor. ¡Joder, estoy alucinada! No lo hubiera imaginado nunca. Mi vecino el “buenorro” y pintor.

Sebas soltó una carcajada y me sumé a su risa.

— Eres única — dijo mirando mis ojos cuando pudimos parar.

— Y tú eres la leche, ¿por qué no sales del armario?

Me refería al tema de la pintura, claro, pero Sebas me miró sin entenderme.

— ¿Se lo has dicho a alguien más? ¿Lo sabe Marco?

Sebas relajó el gesto y sonrió con aquella sonrisa de macarra.

— No, claro que no. Somos amigos pero esto es cosa mía — lo dijo un poco a la defensiva y supe el porqué.

— ¿Así que no soy la única cagada de la familia, eh?

Nos reímos de nuevo. Nos entendíamos a la primera.

— No es eso, es que... vale sí, tienes razón. No quiero verme expuesto y que me digan que no es bueno — fue tan sincero que lo miré pensando que Sebas era especial de verdad. Era directo e impulsivo en muchos temas que a mí me acobardaban, pero en cuanto se abría, era capaz de mostrarse sin miedo, confiaba en mí y aquello me llenó más que mil palabras de amor.

— Veamos señor Ferrer, creo que nos privas de tu arte, eso lo primero. No soy una experta pero sí una aficionadilla y quizás podríamos preguntar, no sé, si quieres de entrada a Ari, que ella es una entendida y después a Alejandro y Marco. ¡Más fácil no lo podemos tener!

Sebas me miró pensativo.

— Te quiero, ¿te lo he dicho? — Sus palabras me hicieron perder el hilo de la conversación.

— Y yo, te quiero, te quiero y te quiero — rozó su nariz con la mía y sonreímos tontamente.

## Píntame lo que quieras

Estuvimos un rato más en su estudio y me fue contando historias de sus pinturas. Lo escuché atenta y entusiasmada al ver como reflejaba sus sentimientos a través del color. Me gustaba la pintura pero me veía incapaz de hacer algo parecido, era una negada en el tema.

Sebas me dijo que todo era ponerse y empezar algún día. Me colocó un lienzo delante y me preparó algunos pinceles y la paleta de colores. Usó diluyentes y cuando lo tuvo a punto, cogió mi mano. Me hizo elegir un color; el rojo. Cuando tuvo el pincel a punto, Sebas se puso detrás y fue guiando mi mano. Me reí sin poder evitarlo.

— ¿Por qué te ríes? — preguntó riendo también contagiado por mí.

— Porque me recuerda a la escena de la película Ghost — intenté aguantar la risa y ponerme seria — Vale, venga.

— Eres boba — dijo Sebas pellizcándome el culo.

— ¡Eh! Profe, no te pases.

Sebas comenzó a pintar el lienzo con mi mano, delante de mis ojos que no creían lo que veían: como un lienzo blanco iba convirtiéndose mágicamente en una pintura real. Él fue escogiendo el resto de los colores e iba marcando los diferentes trazos. Oía su respiración pausada en mi oreja, notaba su cuerpo relajado pero su brazo fuerte haciendo presión. Estuve a punto de girarme para no dejar de besarlo pero me concentré en su trabajo, intentando entrever qué decía con aquella mezcla de colores.

Paró unos segundos y dio un paso atrás. Me quitó el pincel de la mano y me abrazó por la cintura, llevándome con él.

— No está terminado... Espera un segundo — cogió un pincel más grueso y se acercó al cuadro.

Pude disfrutar durante unos segundos viéndolo pintar. Transformaba su cara y se ponía exageradamente serio, casi enfadado diría. Su boca perfecta no se movía un ápice y se iba tocando la frente casi sin darse cuenta. Sonreí al ver alguna que otra mancha en su rostro.

— Más o menos — dijo mirando hacia el frente.

Dirigí la vista al cuadro y supe inmediatamente qué era aquello. En un fondo de lilas, rojos intensos y rosas apagados acababa de dibujar en negro el perfil de una pareja abrazada o enroscada, más bien.

— Vaya...

— Tu primer lienzo — dijo mirándome.

— Realmente eres bueno en esto — dictaminé muy segura.

Sebas rio.

— Me gusta como mezclas los colores y cómo los contrastas...es diferente — le dije pensando que era un lástima que no quisiera compartir aquello.

— Eso lo dices porque soy tu novio — nos reímos y le di un codazo.

— Lo digo porque es verdad. Y es una pasada verte pintar, ¿lo sabías?

— Ni idea — dijo sin darle importancia.

— Mejor, porque si no lo hubieras usado para calzarte a la otra mitad de chicas del mundo. — iba a protestar pero no le dejé hacerlo al estamparle un beso en los labios. — Que sexi estás, Sebastián — pasé un dedo por su frente y le mostré mi dedo rojo.

Pasó su mano por su piel y se quitó parte de la pintura. Me miró con malicia y di un paso atrás.

— Ni se te ocurra — le señalé con el dedo.

— Solo es para ver lo sexi que puedes estar, Beatriz — me reí dando otro paso hacia atrás pero me atrapó antes de poder escapar. — Voy a hacerte un poquito mía, ¿te parece?

Me parecía que podía hacer lo que quisiera conmigo. Píntame, pensé, píntame y bésame y hazme tuya a todas horas.

Me quitó la camiseta con rapidez y el sujetador siguió el mismo camino. Pasó su dedo manchado por mi cuello, marcando una línea hasta mi espalda. Se quitó su camiseta y juntamos nuestros cuerpos para sentir el calor del otro. Sebas me dio un giro rápido y desabrocho el botón desde atrás.

— Mira mis manos — me ordenó con suavidad.

Estaba bajando mi cremallera y suspiré por lo que venía. Bajó de un tirón mis pantalones y sentí un tremendo calor al notar su erección en la parte baja de mi espalda. Madre mía...me excitaba tanto saber que yo provocaba esa reacción en él.

— Nena... quiero que gimas...que me digas qué quieres...que me supliques que pare...

Su voz susurrando palabras en mi oído me dejaban salivando y con ganas de más.

Observé como sus dedos manchados cogían la goma de mis braguitas a la vez que apretaba su pene contra mi trasero. Me mordisqueó el cuello y solté un leve gemido.

— ¿Qué desea mi chica?

Uff, mi chica... no podía ni pensar en sus palabras de lo excitada que me tenía.

— Bea... quiero que te sueltes...

Ay madre, yo no solía hablar en mis relaciones sexuales. Era como más comedida, no sé, tenía cierto reparo.

— ¿Sigo? — preguntó retirando sus manos.

— Sí, no pares...

Le cogí sus manos y las puse en mis pechos, junto a las mías. Me acarició con suavidad y apoyé mi cabeza en su pecho, cerrando los ojos.

— Estaría toda la vida acariciándote — su voz ronca era una caricia más.

— No dejes de hacerlo — le dije entre suspiros.

Bajó sus manos por los costados y me cogió de las caderas con más fuerza, acercándose a su cuerpo. Rocé mi trasero con movimientos rotatorios contra él subiendo y bajando y Sebas gruñó.

— Sebas...

— Sí...

— Hazme lo que quieras — le dije dejándome llevar.

— Joder nena...

Nos quitamos con desespero el calzado y los vaqueros y quedamos completamente desnudos, uno frente al otro.

Ví su hermosa erección pidiendo guerra y me relamí como una viciosa. Sebas me convertía en puro deseo. Me cogió a peso y me levantó para que lo rodeara con mis piernas. Me llevó contra una de las paredes, besándonos sin parar, con cierta prisa. Apoyó mi cuerpo en el frío de la madera y me estremecí por el contraste de temperaturas, pero duró un segundo.

Nos miramos y entreabrí los labios de nuevo para recibir los suyos, esta vez con mucha más calma. Era uno de aquellos besos de amor en los se implicaban todos los sentidos. Sentí su peculiar perfume, la suavidad de sus labios, saboreé su lengua...

Sus besos bajaron por mi cuello y me eché hacia atrás, curvando mi espalda en sus brazos. Siguió el camino hacia mis pechos y los lamió con suavidad hasta quedarse en uno de mis pezones. Lo mordisqueó con mucha delicadeza y me hizo gemir. Seguidamente volvió a por mis labios pero antes me miró, como si quisiera grabar en su mente lo que veía.

— Te quiero — le dije manteniendo su mirada.

— Y yo — dijo con la voz tomada.

Y entonces Sebas me folló, entonces sí me folló. Clavó sus dedos en mis muslos y comenzó a penetrarme brutalmente. Me sorprendió aquella manera de tomarme pero me sentí sexi y salvaje con él. Mi cuerpo comenzó a notar las convulsiones y Sebas estaba al borde de su orgasmo. Empezaba a conocerlo y sus dedos crispados en mi piel me lo indicaban. Me dejé llevar y nos corrimos casi a la par en un abrazo apretado y gimiendo nuestros nombres sin ningún orden.

Mi último jadeo lo aspiró con un beso y apoyó su frente en la mía. Recordé la primera vez que hicimos el amor, antes de darnos aquel beso desesperado. Él estaba con su frente junto a la mía y me preguntó si podía confiar en mí, si yo era de fiar. ¿Lo era?

Sebas me bajó con suavidad y nos miramos sonriendo, manchados de pintura y sudorosos. En pleno enero, desnuda y sudando, quién me lo iba a decir.

Nos vestimos y fuimos hacia la casa. Ambos necesitábamos una buena ducha.

— Tú primera preciosa — me ofreció con galantería.

Entré en la ducha y abrí el grifo pensando en Sebas. Estaba enamorada de él y apenas le conocía, pero cuanto más sabía más me fascinaba. Aquella casa, la pintura,... ¿Qué más me esperaba a su lado? No pude más que sonreír.

Sebas entró en la ducha y solté un grito.

— ¡Que susto me has dado! — le recriminé frunciendo el ceño.

— Quería saber a qué venía esa sonrisa — me abrazó de nuevo y nos pusimos los dos bajo el agua caliente.

Me enjabonó con mucha calma y me dejé mimar. Yo hice lo mismo y me deleité a observar cada detalle de su cuerpo. Nos sonreímos como dos tontos y nos reímos después. Nos abrazamos con el jabón por nuestro cuerpo y Sebas abrió el grifo de nuevo para quitarnos la espuma con suavidad. Pasó su dedo corazón por mi clítoris y sentí una punzada de placer. No, no podría otra vez.

— Voy a dejarte descansar nena, porque vas a acabar siendo un vicio — lo dijo entre dientes y miré su pene que empezaba a levantarse de nuevo. Me miró enseñándome su perfecta sonrisa y alzó una ceja — Agua fría.

Reguló la temperatura del agua, poniéndola mucho más fría y me pegué a su cuerpo, riendo y cagándome en todo.

— ¡Para, para!

— Es bueno para las tetas — soltó con ironía y riendo.

— ¡Pues pon las tuyas!

— Así no se caen, Bea.

— ¿Me estás diciendo algo? — lo miré simulando un enfado y con esa risa continua.

— No, no, Dios me libre. Tus tetas son mmmmm — me miró con ese deseo peculiar y mi sexo reaccionó al instante.

— Joder Sebas, me tienes todo el día mojada — ¿Perdonaaa? ¿Era yo la que hablaba así?

Sebas me miró primero con los labios apretados aguantando la risa y después acabó soltando una carcajada. Me sumé a sus risas pensando “a tomar por

saco con mi estrechez”.

Más tarde preparamos entre los dos la cena porque preferimos quedarnos en aquella preciosa casa. No dejaba de observar a Sebas, su naturalidad y aquellos besos que me iba regalando sin ton ni son. Me sentía feliz por primera vez en mucho tiempo, no recordaba ni haber estado en ese estado eufórico con Javi. No quería hacer comparaciones entre ellos, sino de mí. Me veía distinta, me notaba cambiada, más segura, más tranquila y disfrutando de muchos aspectos de aquel inicio de relación. Sebas era un hombre maduro aunque en un primer momento no me lo hubiera parecido, sabía lo que quería e iba a por ello, sin miedo. Me fascinaba su forma de hablar, tan directa y sincera, aunque cuidadosa si hacía falta. Me gustaba que fuera tan auténtico y que viviera la vida al cien por cien. En el sexo era una máquina y cada vez que lo hacíamos era distinto, por un motivo u otro. Me sentía llena con él. Me complementaba y empezaba a entender muchas de las cosas que habían sucedido entre nosotros. Yo no había dejado que lo nuestro siguiera su curso al toparme con Lucas.

¿Y dónde quedaba él en mi vida? Seguía enfadada pero sobre todo estaba dolida. Lucas había acabado demostrando su debilidad ante mí y supuse que aquello me había abierto los ojos de una vez. Me había decepcionado y me había caído la venda. Afortunadamente para mí, había ocurrido antes de que Sebas tirara la toalla definitivamente.

Debía resolver dos asuntos antes de poder continuar con Sebas en serio.

Hablar con él sobre Lucas.

Y hablar con Lucas sobre nuestro final.



## Bye bye

Después de cenar vimos una película. Yo, recostada en sus pantorrillas y él, acariciando mi pelo. Se estaba en la gloria y no quería terminar aquel fin de semana. Tenía claro que amaba a Sebas y que quería estar con él, pero también iba pensando cómo afrontar el tema de Lucas en mi vida.

Era mi jefe e iba a estar ahí presente día tras día, cosa que no nos convenía a ninguno de los dos. Supuse que él no querría nada más conmigo, lógicamente, seguiría con su mujer para formar una familia. Mi presencia en el trabajo no le iba a ser cómoda.

Por mi parte, también estaba segura de que no quería nada con él. Pero nada en ningún sentido. De momento, me veía incapaz de perdonar lo que había hecho. Su vida con Lidia era suya pero podía haberme dicho algo antes, no sé, aquello era realmente importante. Para mí, Lucas había actuado como un cobarde porque debería haberme explicado, en un momento u otro de aquella mañana, que su mujer esperaba un hijo. Lo podíamos haber hablado con cierta tranquilidad y aunque me hubiera jodido, no me hubiera hecho el mismo daño.

¿Cómo afrontar toda aquella situación en el trabajo? Era imposible ignorarle o no hablarle o estar a malas, porque nuestro trabajo pedía exactamente todo lo contrario; muchas horas de papeleo, mucho codo a codo y mucho viaje. ¿Solución? Empezaba a tenerla clara; dejar *Synch*. Realmente no me apetecía seguir con él currando, ni dejar que pasara el tiempo para que se estabilizara nuestra relación. Prefería saltarme todos aquellos malos rollos y que desapareciera de mi vida.

El trabajo era bueno y el sueldo más pero ¿me valía la pena? No. ¿Tendría problema en encontrar otro trabajo? Quizás un poco pero tenía algunos ahorrillos para ir tirando. Entonces no hacía falta darle más vueltas al asunto. El lunes iría a la empresa para despedirme y pedir el finiquito.

Respiré, orgullosa de mí y pensando que empezaba a hacer bien las cosas. Por fin.

Por la noche, ya en la cama, quise decírselo a Sebas. Alguno de los dos debía empezar a afrontar algunas cosas entre nosotros y pensé en primero, decirle lo

del trabajo. Y más adelante contarle el resto.

Estábamos abrazados y pensé en aquel cuadro tan llamativo de su estudio.

— Oye, aquel cuadro, el diabólico — Sebas rio por mi comentario — ¿Lo pintaste hace poco?

— Sí, cuando me dijiste que estabas con Lucas. Estuve varios días aquí y fue mi forma de desahogarme — nos miramos a los ojos.

Ese era mi momento de comenzar a confesar algunas cuestiones.

— Te lo dije porque me jodía que estuvieras con aquella. Me moría de celos, Sebas.

Me miró con dulzura y suspiró.

— Me equivoqué nena, intentaba olvidarte con otra pero no servía de nada. Incluso te llamé a Madrid, joder, no sé qué debiste pensar...pero necesitaba oír tu voz, ni que fuera un segundo. Y saber que estabais juntos me mataba...

— Voy a dejar el trabajo — le solté de repente.

Se separó de mí y se apoyó con sus manos en la cama. Me miraba fijamente esperando mi explicación.

— Mañana iré a despedirme. No quiero seguir ahí y no tengo ninguna necesidad de tener más malos rollos.

— ¿Lo haces por mí? — preguntó serio, muy serio.

— No Sebas, lo hago por mí — su gesto se relajó al momento.

— ¿Estás segura Bea?

— Sí, se acabó — Sebas entendió mi mensaje. — No tendré problemas en encontrar otra cosa, y tengo ganas de estar tranquila. No me vale la pena el mal rollo de trabajar con él.

— Bien — dijo abrazándome de nuevo aunque algo tenso.

— Sebas...

— ¿Qué?

— Quiero estar solo contigo, lo tengo muy claro. Te quiero y no necesito más.

Me abrazó con cariño y me besó en el pelo.

— Bea...

— ¿Mmm?

— No voy a soltarte de la mano.

Busqué su boca sonriendo y nos besamos con suavidad. Pequeños besos iban marcando el inicio de nuestra felicidad.

— ¿Por qué no me has preguntado por él? — le murmuré con cierto temor.

— Esperaba que lo hicieras tú.

— Pero siempre me has pedido tener las cosas claras antes de estar contigo.

— Sí, quizás te he presionado demasiado. Lo estuve pensando y hablando con Marco el otro día. Creo que a veces te he puesto entre la espada y la pared, y siempre salía perdiendo.

— Marco me dijo que no tuviera miedo de estar contigo...

— Y a mí me dijo algo parecido — Sebas sonrió — “Si la quieres, lánzate y olvida a Lucas” — dijo imitando a Marco y los dos nos reímos. — Y pensaba hablar contigo un día de estos, con calma y pedirte perdón por muchas cosas. Por lo de Sara, lo primero. Pensé que no te importaba...

Un error encadenado con otro nos había llevado casi a separarnos. Pero, afortunadamente, ninguno de los dos era tan orgulloso como para no querer continuar con nuestra historia.

Nos dormimos abrazados y nos despertamos enredados. Me encantaba sentir sus brazos a mí alrededor y su respiración cerca. Podía acostumbrarme sin ningún problema. ¿Estaba pensando en que me gustaría dormir con él cada día? Ufff, sí.

Sebas se despertó en nada y empezamos a besarnos y acariciarnos. Una cosa llevó a la otra y volvimos a hacer el amor apasionadamente, parecía que no había un mañana para nuestros cuerpos.

Nos separamos exhaustos, respirando agitados y sonriendo.

— Voy a tener que ir más al gimnasio — dijo entre jadeos.

— Y yo voy a tener que apuntarme — nos reímos felices.

Estaba ya dolorida, la verdad, no estaba acostumbrada a tanto meneo, pero no me quejaba. El sexo siempre era bien recibido.

Nos duchamos juntos, jugueteando y riendo, y desayunamos charlando. Pasó el día demasiado rápido y por la tarde regresamos a nuestros respectivos pisos. Nos despedimos melosos y como dos tortolitos. Reíamos por ello pero no lo podíamos evitar. Jamás hubiera dicho que Sebas fuera tan cariñoso.

Al llegar a casa miré el móvil, había pasado de él durante todo el fin de semana: buena señal. Sonreí. Tenía varios mensajes de felicitación de Año Nuevo, de Ari, Martina, Marco y como no, de Lucas.

Los fui leyendo tranquila, sentada en el sofá e iba respondiendo a todos ellos. Al de Lucas no contesté, no quería saber nada más de él y no me valía la pena darle vueltas a lo mismo. No necesitaba sus disculpas ni sus explicaciones. A mí, con su forma de actuar, me habían quedado muchas cosas claritas.

A Ari y Martina las llamé directamente y estuve casi una hora hablando con las dos. Mostraron su alegría por mí y estuvieron de acuerdo en que la mejor opción a día de hoy era la de dejar el trabajo y alejarme de Lucas. Con Ari hablé extensamente de lo que había sucedido en mi casa y ella me dijo que quizás me había hecho una idea demasiado idílica de él. Que Lucas la había cagado pero que no lo apedreara por eso. Ari creía que seguro que para él también era complicada aquella decisión. Yo no lo había visto de ese modo porque estaba algo ciega con mi cabreo, pero como siempre, Ari demostraba tener más juicio que yo.

El lunes por la mañana, inspiré fuerte y casi temblando, antes de entrar a la oficina. Miré directamente hacia su despacho pero Lucas no estaba. Bueno, mejor, así podría recoger tranquila mis cosas y no haría falta sentir que estaba ahí mientras lo hacía. Antes de nada me dirigí al despacho de Vallès y le expliqué mis razones (inventadas) para irme de la empresa. No puso ninguna objeción y lamentó mi marcha pero me dijo que si necesitaba algo de ella, que no dudara en pedírselo.

Llamé seguidamente a Amanda y le expliqué resumiendo el motivo de mi auto despido. Ella aprovechó para decirme que Lucas no vendría en unos días. Supuse que estaría con Lidia o que habría ido a buscarla o lo que fuera. Me

daba igual.

Después comencé a recoger las cuatro cosas que tenía en mi mesa y les dije adiós, algo apenada, a Pat y al resto de compañeras.

Al salir no quise mirar hacia atrás porque aunque llevaba poco tiempo allí, había vivido una serie de cosas en *Synch* que no iba a olvidar jamás.

De vuelta a casa me puse algo melancólica pero lo vi como un final de etapa y el comienzo de una nueva Bea.

En cuanto llegué me llamó, Ari quien estaba súper pendiente de mí.

— Estoy bien loca — le dije sonriendo mientras entraba en el piso.

— ¿Seguro?

— Sí...

— ¿Has hablado con Lucas?

— No estaba, casi que mejor. No me apetece hablar con él.

— Tendrás que hacerlo Bea.

— Lo sé, ya quedaremos — no tenía ninguna prisa por enfrentarme a esa conversación.

Ari suspiró.

— Bueno, vacaciones más largas de lo esperado, hay que mirar el lado positivo — le dije para que no se preocupara por mí.

— ¡Y a dos días de tu cumpleaños! — exclamó Ari más entusiasmada.

Vaya...ni me había acordado con tanto lío arriba y abajo. El cinco de enero cumplía ya veintiocho, madre mía.

— ¡Tendremos que celebrarlo! — le dije sabiendo que Ari y Martina me tendrían preparada alguna de las suyas.

— Tú tranquila, que eso es cosa nuestra.

— Pero cae en miércoles...

— La mayoría estamos de vacaciones y el que no, que no duerma esa noche.

¿Qué haría yo sin mi Ari?



## Hace muchos días que te quiero

Al cabo de un ratito llamó Sebas y cuando abrí me cogió en brazos y me dio un beso que casi me deja sin aire. Nos reímos y le hice pasar. Observé que venía directamente del trabajo y que iba trajeado, guapísimo, como siempre. Se aflojó la corbata y me quedé embobada mirando aquel gesto tan cotidiano y tan sexi en él.

— ¿Cómo ha ido eso? — Directo y al grano.

Le resumí mi despedida con Vallès y el resto de compañeras.

— Y Lucas no estaba. — me miró sin decir nada — Está fuera y vendrá en un par de días. Ya hablaré con él.

Nos miramos y Sebas me acercó a él besando mi cuello.

— ¿Sigues estando segura?

— Por supuesto — respondí sin pensar.

Besó mis labios despacio y me miró pensativo. Supuse que temía que cambiar de opinión en cualquier momento, como a mí me ocurría con él.

— Oye, no me he sentado a tomar una decisión y me he dicho: Sebas es lo que quiero. Ha surgido... ¿entiendes? La noche de fin de año lo vi claro, que te quiero y que hace muchos días que sentía cosas por ti. Tenía miedo de que no sintieras lo mismo — Sebas me miró sonriendo — Aquella noche, en tu casa, quise decírtelo pero no me dejaste. Y hasta hace poco estaba convencida de que tú no querías una relación, y menos conmigo.

Sebas y yo nos abrazamos.

— Joder Bea, he dicho tantas gilipolleces. Los celos podían conmigo...

— Hace muchos días que te quiero — necesitaba que supiera que no era el segundo plato.

— Y yo, nena.

Encajamos nuestras bocas en un beso dulce.

Mi chico, sí, sí, mi chico se quedó a cenar y a dormir. Por la mañana nos

despertamos perezosos y nos quedamos remolones en ella.

— Bea, me ha dicho un pajarito que mañana es tu cumpleaños.

Ari, por supuesto, que debía estar preparando mi fiesta.

— ¿Y sabes si ese pajarito va a liarla mucho? — le pregunté con ironía.

— No tengo ni idea.

— Mentiroso...

— Si hablo, Martina me da una paliza — se quejó bromeando.

— Dame solo una pista.

Estábamos tumbados y bajé mi mano hasta su entrepierna.

— Nena...

— Si no hablas, te torturaré — lo amenacé cogiéndosela por encima del pijama.

Sebas rió.

— No por favor, no lo soportaré — dijo de forma teatral.

Me reí con él. Después mi mano se adentró en sus calzoncillos y provoqué su completa erección. La acaricié despacio, subiendo y bajando su piel, y Sebas empezó a soltar algún quejido leve.

— ¿Va a hablar señor letrado? — pregunté en su oído y Sebas gruñó. — ¿Eso es un no?

— Tus amigas me matarían — dijo entrecortadamente.

— Entonces tendré que dejarte a medias — dejé de acariciarlo y lo miré sonriendo y él resopló.

— Creo que van a traer unos chicos de esos que se desnudan — soltó con sorna.

Me reí y salí de la cama, antes de que me cogiera.

— Pues voy a ponerme mona por si acaso, no sea que me pillen sin depilar — seguía riéndome por haberlo dejado allí y me metí en la ducha.

Sabía que vendría y en nada lo tuve ahí. De pie. Desnudo, como un Dios



griego. Le di un repaso de pies a cabeza y no había desperdicio, por favor, que cuerpo...

— ¿Vas a enjabonarme? — pregunté mordiéndome los labios.

— Voy a comerte entera — su voz sensual se deslizó por mi piel de gallina.

— ¿Ah sí? — me abrazó por la cintura y se puso debajo del agua, junto conmigo.

— ¿Te vas a hacer de rogar?

— ¿De qué me serviría? — señalé su esplendorosa erección.

— Te lo dije; me estoy viciando a ti, y no hablaba por hablar — su nariz dibujó un camino por mi cuello mientras cerraba el grifo.

Me miró el cuello, los labios, los ojos y volvió a por mí cuello. Un beso y bajó hasta mi hombro. Un mordisco, que me hizo estremecer y nos rozamos de cintura para abajo. Uff, me tenía a cien mil con un par de roces, no sé cómo lo hacía. Respiré hondo y él siguió hasta uno de mis pechos. Lo lamió con suavidad mientras sus manos subían por mi espalda.

Lo cogí de la nuca y lo acerqué más a mí. Mordisqueó flojito uno de mis pezones y gemí inmediatamente. Sebas gruñó en él y aquello me excitó más.

— Fóllame — le dije casi sin oírme pero él sí me escuchó. Tenía todos sus sentidos puestos en mí.

— ¿Duro? — preguntó marcando cada letra.

Me volteó y me empujó con suavidad contras las baldosas. Su cuerpo se pegó al mío y comenzó a rozarse con mis nalgas.

— Sí...duro...

Creo que oírme le ponía y empezó a friccionar con más fuerza. Levanté mi culo hacia él y Sebas me clavó los dedos en las caderas.

— Bea...

— Fóllame — le repetí más segura y él resopló.

Cogió mi cara y me hizo mirarlo. En sus ojos pude ver todo lo que sentía por mí. Mis labios entreabiertos recibieron los suyos y saqué la calidez de su saliva. Succionó mi labio inferior al retirarse, uff.

Cogió mis manos por detrás con una de las suyas y tiró un poco de ellas.

— Hemos quedado que duro — su voz grave me hizo contraer las piernas.

Con su otra mano preparó la entrada de su pene y después cogió mi pelo, tirando mi cabeza hacia atrás, ligeramente.

Mi posición era sumisa y me excitaba sentirme dominada por Sebas. Me hacía sentir sexi y curiosamente más fuerte, como si realmente el que estuviera bajo mi dominio fuera él.

Noté que se adentraba despacio en mí y suspiré aliviada al tenerlo dentro.

— Te quiero — susurró en mi cuello y tirando un poco más de mi pelo.

Soltó mis manos y cogió con fuerza mi cintura. Puse las manos en las frías baldoses y me apoyé en ellas esperando sus embestidas.

— Te quiero — le dije en un murmuero.

Comenzó a penetrarme con fiereza, casi salvajemente, y empezaron a mezclarse mis gemidos con los suyos y con los golpes de nuestras caderas. Sus dedos se clavaban sin compasión y yo llegué a morderme la mano del placer que sentía, era algo fuera de la común. Sebas llevaba un ritmo frenético y en cuestión de segundos llegó otro orgasmo glorioso y pasional. Dio sus últimos empujones con firmeza y noté cómo palpitaba dentro mientras dejaba ir un gemido seco.

Uffff, era todo demasiado intenso...

Suspiramos ambos y Sebas me abrazó con ternura, atrayéndome hacia él. Abrió el grifo y dejamos que el agua caliente recorriera nuestros cuerpos.

Dormimos como ángeles, y que menos después de aquel asalto. Al despertarme, él me estaba observando y le sonreí. Era increíble estar en aquel estado, no reconocía muchas de las sensaciones que tenía con él, como si fuera la primera vez que me enamorara.

Aquella conexión en nuestra mirada se trasladaba a muchos otros aspectos y sentía que lo nuestro iba más allá. Me daba la impresión que era la primera vez que amaba de verdad. Que mis otras relaciones se habían quedado a medias y que Sebas era mi compañero de vida.

¿Qué más podía pedir?

Aquella tarde quedé con las chicas en el *Nostre* y nada más verme, comenzaron a hacer broma.

— Menuda sonrisa llevas — me dijo Ari al sentarse.

— Que bonito es el amor cuando tienes a alguien que te folle — Martina y sus frases...

— Gracias locas, estoy que no me lo creo.

— Ya te veo — Ari sonreía al verme tan contenta.

Nos pedimos una cerveza y comenzamos a parlotear como tres cotorras dando un repaso a mi escapada de fin de semana. Les expliqué, con previo aviso de Sebas, dónde habíamos estado. Les describí aquella preciosa casa y lo bien que había estado con él. A Sebas no le importó tampoco que les comentara que allí tenía un espacio muy especial para pintar y ambas alucinaron tanto o más que yo. Ari insistió en que quería ver algo de lo que pintaba y le dije que hablara directamente con él, que de momento no le interesaba hacerlo público.

Finalmente, hablamos de mi cumpleaños. Me avisaron de que fuera bien mona, que cenaríamos en un restaurante de lujo y que más tarde iríamos a un pequeño local de moda para celebrar mi fiesta. Me avisaron de que la gran sorpresa venía después y que debía preparar mi maleta.

— ¿Cómo? — les pregunté muy sorprendida.

— La maleta maja, con ropa, neceser, zapatos y esas cosas — respondió Martina.

— Ya sé que es una maleta, lista — le repliqué riendo.

— Tú prepara una maleta con ropa de abrigo para tres días. No podemos decirte nada más.

— ¿Nos vamos las tres? — pregunté mirándolas alternativamente y entusiasmada con la idea.

Ari y Martina se miraron y afirmaron con la cabeza.

— Vaya... ¿Y no podéis decirme dónde, verdad?

— Creo que de tanto follar se te ha encogido el cerebro — Martina se reía de su propia ocurrencia y le tiré una patata encima.

— Mañana fiesta y el jueves tienes que estar preparada para las diez de la mañana, ¿cómo lo ves?

— ¡Me encanta! — respondí feliz.

Cuando hablé con Sebas de la gran idea de mis amigas, sonrió y me repitió una y otra vez que me echaría de menos pero que me fuera preparando para cuando volviera, porque debería resarcirle por no estar a su lado.

— Y creo que voy a empezar ahora mismo a cobrarme esas horas...

Ufff....

## Feliz Cumpleaños

El día de mi cumpleaños me llegaron felicitaciones por todas partes, mi padre y Sofia, mi hermano y futura cuñada Mamen, Ari, Martina y el resto de mis amigos. Aunque el primero fue Sebas, en su cama y con mi cuerpo envuelto por el suyo. Ni en mis mejores sueños.

Me dijo que el regalo me lo daría por la noche y por mucho que intenté averiguar qué era, no hubo manera. Nos besamos largamente, enamorados, sabiéndonos correspondidos y seguros el uno del otro.

Sonó el móvil en su mesita de noche y me lo pasó. Creí que el segundo en felicitarme sería mi padre o mi hermano pero no acerté.

— Es Lucas — dijo escueto.

Miré la pantalla de mi *Iphone* y le di al botón lateral para dejarlo en silencio.

— Ya hablaré con él, hoy no.

Sebas me miró.

— ¿Qué? — me vino a la cabeza que todavía no le había dicho nada sobre lo que había pasado en el sofá con Lucas ni tampoco que iba a ser padre.

Me puse a la defensiva.

— No deberías dejar pasar mucho más Bea — me aconsejó serio.

— Lo sé, no te preocupes.

— Lucas debería saber ciertas cosas, ¿no crees?

Me levanté de su cama y comencé a vestirme.

— Vamos, nena, ¿por qué te pones así?

Miré sus ojos y me senté en la cama resoplando. Joder, era el día de mi cumpleaños. No quería discutir con Sebas.

— Estoy tan bien contigo que no quiero ni acordarme de él.

Sebas me abrazó y yo me dejé querer. Me estaba equivocando y lo sabía, pero no me apetecía nada dar explicaciones sobre Lucas. Todavía sentía que me

había utilizado y era complicado reconocerlo delante de él.

Por la noche nos vestimos todos guapísimos y Sebas, para mí, el que más, por supuesto. Ari y Martina con sus respectivas parejas, estaban espectaculares. Marco también nos acompañó y fuimos a un restaurante muy moderno donde cenamos de lujo.

De ahí pasamos al pub que me habían comentado mis amigas y me gustó el ambiente discreto que se respiraba. La música estaba a un volumen que te permitía hablar con la gente y eso se agradecía. Nos juntamos con algunos amigos más, entre ellos Toni i Núria, y apareció por sorpresa mi hermano y su chica.

Estaba encantada de poder celebrar mi cumpleaños con todos los que más quería. No podía desear más. Charlaba con unos, con otros, me reclamaban por aquí y por allá, pero no dejaba pasar demasiado tiempo sin estar con Sebas.

— ¿Sabes? Estaba pensando en meterte mañana en mi maleta.

Sebas rio y me besó cariñosamente.

Ari me llevó aparte con Martina y me dieron un par de regalos.

— ¿Pero no nos vamos mañana?

— Esto es de más — dijo Ari sonriendo.

Uno de los regalos estaba claro qué era y además ya me lo había dicho. Un retrato de Alejandro. Cuando le quité el papel sonreí ampliamente. Era el cuerpo de un chico, de espaldas, desnudo y marcando toda su musculatura. Me encantó el brillo que desprendía su piel, parecía que acababa de follar, tal cual. Y pensé en Sebas.

— Ni por encargo lo hubiera hecho más auténtico — le dije admirando sus pinceladas.

— Ese te lo cuelgas en la habitación — dijo Martina enseñándome su dedo corazón.

— Que cerda eres — le di un golpe en la mano y nos reímos las tres.

Les di un fuerte abrazo a las dos y entonces abrí el otro regalo. Eran un par de zapatos de Hermès. Ya solté un gritito cuando vi la caja que los envolvía pero

cuando los tuve en mis manos casi me da algo. Eran negros, con un tacón muy alto y una letra hache discreta y plateada justo en el centro. Monísimos y sobretodo carísimos. Las reñí por gastarse esa pasta.

La fiesta continuó y el ambiente estaba muy animado. Bebí con discreción porque no quería tener resaca el día siguiente pero les invité a una ronda de chupitos, no me dejaron pagar nada más.

— ¡Por Bea! — brindamos entre risas y me fijé que Carlos no estaba entre nosotros.

Lo busqué con la mirada, mi sexto sentido me decía algo. Estaba en una esquina hablando por teléfono, serio, muy serio. Me miró unos segundos y retiró la mirada. Intuí que hablaba con Lucas pero no quise pensar más en él. Ya le había dedicado demasiado tiempo de mi vida para nada.

— ¿Todo bien? — pregunto Sebas abrazándome.

— Todo perfecto, contigo a mi lado, claro.

Pero la perfección no existe, decía mi madre, y tenía tanta razón.

Nos retiramos pronto porque mis amigas y yo teníamos pendiente un viaje para el día siguiente. Me tenían en ascuas y nadie me había querido decir ni palabrita sobre aquella escapada. Cuando intentaba sonsacarle algo a Sebas, me besaba riéndose en mis labios. Aquella noche estaba especialmente cariñoso y me encantaba aquella sensación. Todavía me costaba hacerme a la idea, la verdad, pero estaba como una niña con zapatos nuevos.

Estuvimos un buen rato despidiéndonos de todos y Marco le preguntó a Sebas si ya me había dado mi regalo. Todos se echaron a reír y los miré enfurruñada.

— Ahora se lo dará, Marco — dijo Martina poniendo cara de vicio y reímos de nuevo.

Sebas me abrazó por la cintura y nos fuimos hacia el coche.

— Te voy a echar de menos — le solté mientras me ponía el cinturón.

Me miró sonriendo.

— Creo que no tanto — dijo bromeando.

Me acarició el pelo y me besó en la nariz. Antes de que se retirara lo abracé

por el cuello y besé sus mullidos labios.

— Ya tengo ganas de volver — le dije mirando sus ojos color avellana.

— Y yo de que vuelvas — susurró en mi boca.

Ufff, le iba a añorar de verdad. Mucho. ¡Muchísimo!

— ¿Te doy mi regalo?

— Me tienes intrigada — le dije sonriendo.

— ¿Y si te lo doy mañana?

— ¿Y eso?

— ¿Puedes esperar? — preguntó arqueando una ceja.

— Por supuesto — le respondí, divertida.

— Entonces mañana. Y no preguntes — añadió antes de que pudiera decir más.

Nos reímos y nos volvimos a besar con dulzura.

Al llegar a mi piso, Sebas se fue primero al suyo con la excusa de preparar mi regalo. Cada vez me tenía más en ascuas, ¿qué podía ser tanto misterio? Pensé que quizás podría ser algún cuadro suyo al que le faltara algún retoque. Mañana saldría de dudas; adoraba que fuera tan original en todo.

Me di una ducha rápida dando un repaso a la cena y a mi fiesta. Las chicas se habían portado bien; no me había montado una de aquellas fiestas exageradas que sabían que no me iban. Aunque se habían pasado con los regalos; aquellos zapatos debían ser la leche de caros. No debía olvidarme de meterlos en la maleta. Y eso fue lo siguiente que hice antes de secarme el pelo.

Cuando terminé llamaron a la puerta y abrí con una sonrisa amplia, sabiendo que Sebas iba a pasar la noche conmigo. Pero no era mi vecino, sino...Lucas Pero no era el Lucas de siempre; de un rápido vistazo saqué esa conclusión.

Iba con sus habituales pantalones de pinzas y una de sus camisas de marca, pero no la llevaba bien puesta e iba con un par de botones desabrochados, algo fuera de lo común en él. Su pelo, siempre immaculado, no presentaba el mismo aspecto. Miré su cara y él sonrió bordeando mi cuerpo y entró en mi piso. Me quedé sujetando la puerta, demasiado sorprendida, hasta que la cerré



y me giré.

— ¿Se puede saber qué haces aquí?

Lucas levantó un dedo, me señaló y sonrió de nuevo. Tanta sonrisa era preocupante, pero además sus pupilas estaban demasiado dilatadas. ¿Qué ocurría allí?

— He venido a felicitarte — ¿estaba borracho? Se sentó en el sofá, dejándose caer — A felicitar a mi secretaria.

Observé sus ojos intentando averiguar de qué iba la cosa.

— Me gusta tu sofá — dio un par de golpes en el cojín y volvió a sonreírme.

— Me doy por felicitada — le dije escueta y sin moverme del sitio.

— ¿No vas a invitarte a nada? — preguntó levantándose y yendo hacia mi cocina.

— Lucas, vete — le pedí alucinada por todo.

— ¿Qué me vaya? ¿Por qué? — abrió la nevera y cogió una cerveza, como si estuviera en su casa.

Lo oí desde allí y entró de nuevo en mi salón tomando un sorbo de la botella.

— Quiero repetir — dijo mirándome fijamente.

¿¿Cómo??

Me impresionaron sus palabras y me quedé bloqueada. Maldije ser tan lenta reaccionando pero cuando la gente actuaba de forma poco coherente, me costaba seguirles el hilo.

— Lucas, ni hablar. Tú y yo hemos terminado. No quiero seguir con esto.

— ¿Con esto? ¿Con esto te refieres a nosotros? ¿O a mí? ¿O a mi polla dentro de ti, Beatriz? — dejó la botella en la mesita, mirándome fijamente.

Joder, era la primera vez que lo oía hablar de aquel modo. Uno de los dos debía poner cordura y me tocaba a mí. Era evidente.

— Mira Lucas, tú estás casado y yo no quiero nada. No hace falta repetir.

— Fui hacia la puerta para invitarlo a salir pero se me adelantó y apoyó su

cuerpo en ella — Preferiría que te fueras, sin gritos ni dramas.

Se acercó para hablarme, demasiado y pude notar el aliento a alcohol que salía de él.

— No dejo de pensarte — confesó en un quejido y me supo mal pero yo no podía hacer nada por él.

— Lucas, lo hemos hablado muchas veces y además ahora...

— Lo sé, voy a ser padre, joder, lo sé pero ¿qué hago contigo en mi cabeza? Dime...

Sus manos cogieron mi rostro, unas manos temblorosas y frías. Lucas había tomado algo más que alcohol, estaba claro.

— ¿Te has metido algo? — le pregunté preocupada.

Bajó sus manos y me miró serio.

— Coca — confirmó con gravedad.

— Joder Lucas, tú eres idiota ¿o qué? — Él mismo me había explicado lo jodido que era aquel mundo y lo fácil que era caer en él creyendo que uno podía controlarlo. Y la única verdad era que el polvo blanco te controlaba a ti.

— Beatriz, ¿qué más te da?

— No digas eso...

— ¡No me has cogido ni una puta llamada! — exclamó de repente y di un paso atrás — Y encima me entero por otros que has dejado tu puesto de trabajo. ¿Quieres que crea que te importo? — Su tono no era nada amistoso y yo empezaba a sentirme saturada.

Era él quien la había cagado, no sabía a qué venía todo aquel numerito en mi casa. Y Sebas estaba a punto de venir, solo faltaba que lo encontrara allí.

— Lucas, ya hablaremos. Vete a casa y ya hablaremos — le repetí en tono de ruego.

— ¿Qué ha pasado contigo? — se acercó otra vez y puso sus manos en mi cintura, entrando por debajo de mi camiseta.

No me gustó. No sentí nada. No me estremecí. Ya nada iba a ser igual.

— Lucas se acabó — le dije dándole la espalda.

Me giró con brusquedad y me hizo mirarle a los ojos, cogiendo mis brazos con demasiada fuerza. No lo reconocí.

— ¡Y una mierda! ¿Quién te crees que eres jugando así conmigo? Has tirado por la borda todos mis propósitos ¿y ahora me vienes con esas? — me soltó y pasó sus dedos por su nariz, inspirando, y me repetí una y otra vez que Lucas no era así, no era aquel tío que tenía frente a mí. Aquel personaje estaba drogado hasta las cejas.

— Mentirosa... — gruñó por lo bajo.

— ¡Tú me mentiste, hostia! — no pude decírselo con la calma necesaria y le chillé.

— ¡¡Eres una auténtica zorra!! — Lucas dio una patada a una mesa pequeña donde tenía un jarrón y se rompió en mil pedazos.

— ¡¿Pero qué haces?! — le grité de nuevo.

Sonó el timbre y corrí a abrir antes de que Lucas se me adelantara.

— ¿Qué pasa? — preguntó Sebas al ver mi cara.

— Es Lucas, ha bebido y ha tomado... coca. Está algo... agresivo...

No me dejó terminar la palabra y entró como un torbellino en busca de Lucas. Cerré rápido, pensando que se iba a liar una buena y no quería que se hicieran daño.

Sebas miró la mesa y el jarrón y se quedó a mi lado.

— Aquí tenemos al vecino, ¿has venido a rescatarla o a follártela?

Joder con Lucas, no podía creer que aquellas palabras salieran de mi ex jefe el estirado y el *gentleman*. Estaba rebajándose a un nivel cero. Estaba segura que no me iba a mirar a la cara con dignidad nunca más, si recordaba algo de lo ocurrido, claro.

— No voy a discutir con un borracho — dijo Sebas con una tranquilidad contenida.

— Vete Lucas — le pedí de nuevo, no quería que ellos dos se enzarzaran.

Lucas me miró con desdén y se sentó en mi sofá, con una pierna encima de su

rodilla. Sacó una bolsita llena de polvo blanco y lo tiró en la mesita.

— Sírvete, Beatriz — me dijo con ironía — Y así quizás te sueltas y hacemos un trío en tu sofá.

Abrí la boca y no respondí. No podía creer lo que oía.

— Sal de aquí — le exigió Sebas apretando dientes.

— Es lo que ha estado haciendo, tonteando y rozándose con los dos hasta que nos ha follado — Lucas se levantó y siguió soltando toda su rabia dirigiéndose a Sebas — ¿También te lo ha hecho aquí? — lo dijo señalando el sofá.

— ¡Lucas basta! — le grité encarándome con él y le di con el dedo en su pecho — ¡¡Me usaste!! — le grité fuera de mí.

Sebas me cogió por la cintura y me giró hacia él, abrazándome. Inspiré hondo, intentando relajarme. Sabía que parte de culpa la tenía yo y que quizás había llevado a Lucas hasta ese extremo.

— Que imagen tan bucólica — soltó Lucas.

— No te lo voy a decir más, o te vas o te saca yo — le amenazó casi en un gruñido, sin dejar de envolverme con sus brazos.

— ¿Y cuándo te canses de ella, qué? — Le preguntó Lucas y oír aquellas palabras me dolió pero Sebas no picó y no le contestó.

Ví de soslayo que se levantaba de mi sofá, que cogía su droga y se iba hacia la puerta.

— Dime una cosa, Beatriz — no quise ni mirarlo — Siempre fue él, ¿verdad?

Siempre, pensé al segundo.

Cerró la puerta con fuerza y me estremecí al ver lo que yo había provocado con mis indecisiones.

## Siempre

Me mordí los labios, rodeada aun de sus brazos, pensando cuál iba a ser el siguiente paso de Sebas. Aquella situación tan tensa había sido demasiado y encima se había enterado por Lucas que nos habíamos acostado. Perfecto.

Sebas me soltó y lo oí suspirar.

— ¿Qué mentira va a ser la siguiente?

Estaba cabreado, era evidente. Así que yo debía mantener la calma.

— ¿Podemos hablar tranquilos? — le pregunté sintiéndome pequeña.

— Di lo que tengas que decir — se cruzó de brazos y me miró esperando.

Retiré el pelo de mi cara y bufé.

— Lucas va a ser padre, lo supe el mismo día que regresamos de Madrid. Vino aquí...lo hicimos y después me lo dijo.

— Te folló y te lo dijo — inquirió.

— Llámalo como quieras.

— ¿Juegas con nosotros Bea?

Su pregunta me sentó como una bofetada.

— ¡No! — exclamé tajante.

— Pues a mí me lo parece. Ese tío está colado por ti. No hay más que verlo — afirmó seco.

Miré al techo unos segundos, intentando aclarar mis ideas.

— A ver si me explico... Tú te estabas follando a Sara y yo creí que pasabas de mí. Eso lo primero. Lo segundo es que lo que pasó con Lucas fue un error, por mi parte y sobre todo por la suya. Tendría que haberme explicado lo del embarazo — añadí convencida.

— Y tú tendrías que haberme puesto al corriente de vuestro escarceo amoroso — me replicó.

Tenía razón, no podía decir nada contra aquello.

Di un paso hacia él, mirando sus preciosos ojos y él hizo lo mismo. Nos abrazamos y sentí un tremendo alivio en su pecho.

— Lo siento — apenas podía hablar.

— Joder nena, necesito que confíes en mí. No puedo vivir así.

— Quise decírtelo pero no sabía cómo y ha sido todo tan precipitado que... no sé, no quería hacerte daño — puse las dos manos en la cara y suspiré.

— Dime que confías en mí — me rogó con su boca en mi cuello.

— Sí... — respondí pensando en las palabras de Lucas: se cansará de mí.

— Bea...

— ¿Y si él tiene razón?

— ¿En qué?

— En nosotros. En ti. En mí. En que te cansarás...

— Nena, solo tiene razón en una cosa.

Con su dedo índice me tocó la barbilla y me hizo mirar aquellos ojos que me tenían hipnotizada.

— En que siempre fuiste tú y siempre fui yo.

Sonreí al escuchar sus palabras. Sí, siempre había sido así aunque ninguno de los dos lo viera.

Cogió mi rostro y me besó despacio hasta que mi boca se abrió y la lengua de Sebas entró y acarició la mía.

Aquella noche no hicimos el amor ni hubo sexo, solo hubo mimos, caricias suaves y besos cargados de amor. Antes de cerrar los ojos y dormir entre sus brazos pensé que en mi vida iba a haber un antes y un después con Sebas. Algo había cambiado en mí. Yo había cambiado. Me sentía libre con él, cómoda y con ganas de vivir un millón de cosas a su lado. Recordé el día que le había pedido que viniera de compras, había tenido una sensación parecida. Y ahora era tan evidente que no entendía cómo no me había dado cuenta antes.

Por la mañana, me costó levantarme, no quería irme de sus brazos pero no podía negarme a ir con las chicas y Sebas seguiría ahí a la vuelta, o eso esperaba.

Pensé en Lucas y aquella desagradable despedida. Asumía mi culpa, si hubiera hablado con él antes, quizás las cosas hubieran fluido de otro modo. Y Pensé también que Sebas me había demostrado una vez más que realmente quería estar conmigo; saber que me había acostado con Lucas no le había hecho cambiar de opinión. Suspiré aliviada por haber cerrado ese capítulo de mi vida. Ya no había más secretos y me sentía más relajada.

Sebas me ayudó a terminar de preparar mis cosas y entre besos y abrazos bajamos a esperar a Ari y Martina. Me hacía mucha ilusión, por supuesto, pero me parecía que dejaba a Sebas justo en un momento delicado, después de la movida con Lucas.

Mis amigas fueron puntuales como un reloj y me despedí de Sebas con un beso eterno. Tuvieron que cogerme del brazo para separarme de él. Nos reímos los cuatro y me subí en el coche que conducía Alejandro. Charlamos animadas, parecía que era la primera vez que salíamos juntas y no era así. Ya habíamos hecho más de una escapada. Pero aquella iba a ser diferente porque echaría de menos a cada hora a Sebas, debía asumirlo resignadamente.

“¡El regalo!” era un mensaje de Sebas y sonreí al pensar que ninguno de los dos había caído en ello.

“Mi regalo eres tú, bobo”

“Escríbemelo con purpurina”

Solté una carcajada y Ari y Martina me miraron sonriendo.

— Perdón — les dije entre risas.

“En cuanto vuelva te lo escribo de otra forma...”

“Uffff Beauty, no seas mala. Te llamo en unos minutos”

Joder, joder, ya le echaba en falta.

Llegamos al Prat, al aeropuerto de Barcelona, y por el camino no hubo manera de sonsacar cuál era el destino. Charlaba con ellas y Alejandro en una de las cafeterías cuando recibí la llamada de Sebas. Habíamos llegado pronto.

— Nena...

— Sebas, creo que voy a escaparme y volver contigo.

Se rio con ganas por el teléfono.

— Solo llamaba para decirte que te quiero.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

— Y yo...

— Oye, Bea.

— ¿Qué?

— ¿Por qué eres tan sexi? — sonreí de oreja a oreja y me toqué los labios húmedos — ¿Por qué te queda de miedo esa falda que llevas? ¿Y por qué te tocas los labios de esa forma?

¡Joder! Miré a mí alrededor y lo vi viniendo hacia mí. Destacaba entre la gente sin poderlo evitar. Uffff. Había venido a despedirse.

Corrí hacia él y me colgué de su cuello, en plan película. Nos reímos y me besó con cariño.

— ¿Qué haces aquí?

— Tenía que darte mi regalo.

Lo miré en plan “Oh que mono....”

— Venga, cierro los ojos — le dije cerrándolos de verdad.

Noté que se acercaba a mi oído.

— *¿Vous voulez voler avec moi à Paris?*

Ay madre mía, casi me da un espasmo al oír su acento francés. ¿Podía haber algo más erótico por dios?

Traduje en cuanto pude reaccionar y lo miré pasmada.

— *Maintenant* — añadió sonriendo.

— ¿Ahora? — lo repetí en español y agudizando mi voz porque no me lo creía.

Miré a mis amigos y los vi con la sonrisilla. Vaya... estaba todo bien planeado y yo sin enterarme de nada. Sebas me mostró la pantalla de su móvil con los billetes electrónicos para despegar hacia París en una hora.



— *Oui madame...*

Di un salto y Sebas me cogió a pulso, riendo conmigo. ¡¡A París con Sebas!!

## Epílogo

¿Qué decir de aquel viaje? Que lo guardo en mi mente como un tesoro y que hay cosas que me las voy a guardar solo para mí durante toda la vida aunque puedo resumirlo en tres palabras: fue realmente mágico.

Sebas conocía la ciudad y fue mi guía personal durante todo el viaje. Dominaba el idioma a la perfección y verlo hablando francés me ponía mucho, tanto que ahora le pido a menudo que me susurre palabras en francés, que no le entiendo ni papa pero me entra por las venas. Él se ríe cuando se lo digo y a mí me encanta verlo feliz.

Visitamos lo más emblemático de la ciudad, obviamente, pero también me descubrió lugares no tan concurridos que tenían un encanto especial. Entendía perfectamente el orgullo de los franceses; París es una ciudad especial. Por algo la llamaban la ciudad del amor. Y a mí amor me salía por todos los poros de la piel.

Siempre nos quedará París, pensé mientras Toni y Núria se daban el sí quiero tres meses más tarde. Sebas era el padrino y estaba para comérselo, como siempre. Los novios estaban guapísimos, sobre todo Núria, quien tenía un gusto exquisito y caro, como una que yo conocía.

Ari, Martina y yo la habíamos adoptado en nuestro grupo de amigas y ya no éramos tres sino cuatro. Ahora había que lidiar con dos deslenguadas; Martina y Núria competían por ver quién la decía más gorda y Ari y yo nos reíamos con ellas.

Mis amigas también estaban en la boda, por supuesto. Ari con Alejandro, con quien ya compartía piso de manera oficial. Martina y Carlos seguían juntos aunque nuestra amiga empezaba a tener dudas... En fin, ¿quién no duda alguna vez? Que me lo digan a mí.

De Lucas recibí un mensaje varios días después del incidente en mi casa, disculpándose de forma muy breve. Supuse que Lucas el jefe, el estirado, el que siempre actuaba de forma correcta había vuelto a su vida normal y en parte me alegraba por él. Nos los encontramos un día por el puerto, con su mujer, e hicimos ver que no nos veíamos, muy típico. Tengo que decir que si

me preguntáis qué sentí, diré tranquilamente que nada.

Núria dio el sí quiero y pensé que me apetecía mucho trabajar en su empresa. Había una vacante en *Bandge* y ella pensó en mí inmediatamente. En un par de semanas me iba a incorporar aunque ya había conocido a mi nueva jefa. Nos gustamos mutuamente y supe que nos llevaríamos bien. En la vida laboral de Sebas también había habido algunos cambios. Su padre le propuso montar un nuevo bufet, ¿empezar desde cero? Por supuesto, cualquier reto le fascinaba. Toni y él se embarcaron sin miedo alguno y estaban seguros de que les iba a ir genial. Yo también lo pensaba.

— ¿Bailas Beauty? — Me preguntó mi chico mientras sonaban los primeros acordes de Wiz Khalifa con *See you again*.

Nos abrazamos y bailamos despacio, escuchando la triste letra de esa canción.

— Nena...

— ¿Mmm?

— Este vestido es tan sexi que quizás deberíamos irnos.

— No puedes irte Sebas, eres el padrino — le reñí riendo y sintiendo su mano por mi espalda.

— Creo que no había visto a Toni nunca tan feliz — dijo sonriendo.

— Están radiantes los dos y el vestido de Núria es precioso, ¿verdad?

Había escogido un vestido *vintage* de Rosa Clará espectacular.

— A ti te sentaría mejor — me dijo y lo miré alzando las cejas.

— No creo...

Cogió mi mano, la besó y con una agilidad increíble colocó un anillo en mi dedo y me miró serio, muy serio. ¿Era aquello lo que estaba imaginando? Miré el anillo, a él, al anillo otra vez y me mordí el labio sin poder decir absolutamente nada. ¡¡Madre mía!!

— Beauty, no te acojones — nos reímos los dos y después continuó hablando — Sé que parece pronto pero necesito que lo sepas.

— Qué...

— Que eres tú.

Me envolvió en sus brazos y me besó.

— Para siempre — afirmé en un susurro, segura de que Sebas era el hombre con quien quería pasar el resto de mis noches.

Cogió mi mano, con el anillo y ambos lo miramos sonriendo.

— ¿Sebas?

— ¿Sí?

— ¿Y si te hubiera dicho que no? — le pregunté curiosa.

Dudaba que él tuviera clara mi respuesta.

— Tenía un plan B. — soltó con tranquilidad.

— Venga ya — le di una palmada en el culo.

Sebas levantó la mano y la agitó de un lado al otro. Miré para ver a quién se dirigía; hacia el grupo de música quien en ese momento dejó de cantar inmediatamente.

—Perdonen señores, interrumpimos esta maravillosa boda para darle un mensaje a una de nuestras invitadas. Señorita Beatriz Vela... — ¡la madre que lo parió! Todos los que me conocían se giraron para mirarme. Tierra trágame. —... tiene una propuesta de matrimonio del señor Sebastián Ferrer y quiere saber su respuesta. Dice que está enamorado hasta las trancas y que no puede vivir sin ti.

La gente soltó una carcajada y yo también aunque ¡¡muerta de la vergüenza!! Todos me observaban, esperando mi respuesta, claro y miré a Sebas quien estaba tan tranquilo con su sonrisa de macarra.

— ¿Y quién te dice que no a ti?

Una oleada de aplausos y vítores nos envolvieron mientras Sebas me cogía de la cara y me acercaba a él.

— ¿Siempre va a ser así? — me refería a las sorpresas, a la intensidad de vivir a su lado, a la magia, ¡a todo!

— Siempre — me dijo besándome entre risas.

FIN.

## Agradecimientos

Gracias de nuevo a Mamen, Roser y Paqui, sin ellas no estaría por aquí.

Gracias a mi marido Joan por prestarse a salir en la portada con una foto nuestra (sí, sí, somos nosotros dos hace unos añitos).

Gracias a tod@s por leer esta bilogía. Un placer escribir para que paséis un buen rato.

Si Bea os ha gustado, os espera Daniela y Paula con ganas de más.

Daniela es mi prota preferida porque es una tía fuerte, decidida y dispuesta a comerse el mundo. La encontraréis en *Daniela: no voy a seguir las reglas del juego*, en cuanto lo publique en Amazon.

Y Paula es la esencia de una trilogía recién salida del horno que subiré lo más pronto posible para que sigáis disfrutando tanto como yo.

Por si os apetece seguirme por Facebook: Susana Rubiowriter o por Instagram: susanarubiowriter.´:

Gracias de nuevo y os animo a que escribáis una reseña con sus estrellitas; se aceptan críticas de topo tipo, por supuesto.

PD. “Sed muy malas, lokasss” (Martina)